

CINCO NOCHES

MANUELA ZHUK





EDITORES

Cinco noches

Manuela Zhuk

Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798803045700

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Álvaro D'Marco

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Una noche para descubrir tu piel

El cielo está especialmente azul. Cierro los ojos para acostumbrarme a la luz del sol cuando el ocaso cae en la ciudad. Cada tarde a las cinco y media tomo mi auto para ir al bar *Passione*, donde trabajo de miércoles a domingo, contra la voluntad de mis padres, quienes creen que laboro en un *Call Center* nocturno. Todos los días al verme salir, mi mamá repite como un disco rayado “Cata, no tienes necesidad de trabajar de noche”, y mi papá, cada vez que nos vemos, dice: “María Catalina, yo te doy todo ¿Qué más necesitas?”. Y quizás tienen razón, pero necesitaba libertad.

Hace seis meses terminé mi noviazgo con Leonardo Spencer, joven fuerte y caballeroso. Aunque sus conversaciones eran sobre temas superfluos y banales; su sola presencia era capaz de llenar cada momento juntos. Tenía problemas de celos, no le gustaba que estudiara, ni mucho menos la mínima posibilidad de salir a trabajar. Me había alejado de mis amigas, solo debía estar con él; a pesar que algunos fines de semana se perdía con sus amigos.

El domingo que cumplíamos tres años de novios fui a su casa a llevarle una sorpresa. Eran unos pasajes para Los Roques, soñando que en este viaje paradisíaco por fin sucedería el encuentro íntimo tan deseado por mí. Casilda, su tía, ese día, como de costumbre, me dejó entrar y sorprenderlo. Al abrir la puerta de su cuarto encontré una escena de la que jamás creí ser

testigo, Leo estaba teniendo sexo con otro hombre. Al verlos cerré la puerta con cuidado.

Salí llorando. Camino a casa me topé con Tavagnoti, un buen amigo de mis padres. Soy la hija de un ex político venezolano, que llegó a ser ministro de vivienda, Ítalo Villafañe y de su ex asistente, la periodista Katiana Strauss, hija de inmigrantes portugueses y alemanes, una mujer hermosa, blanca y rubia; cualidades que no heredé, pues por el contrario soy morena clara, cabello castaño y ojos verdes: una gata total.

Aquel día lo vi, buenote como siempre. Mario, a pesar de ser considerado como hijo por mi padre, es mi delirio sexual desde que tengo quince años. Le conté la escena de Leonardo. Tenía el alma destrozada por lo que había visto, pensé “para qué tantos celos si iba a resultar un puto mariquita”. Estaba realmente molesta. Ver a Tavagnoti fue un bálsamo para mi espíritu.

—Mario, invítame a tomar algo. Quiero emborracharme esta noche —dije entre sollozos.

Tomé hasta embriagarme. Estábamos en su local, el *Passione*, un exclusivo *night club* en La Castellana, donde hay shows de bailarinas eróticas y el servicio de las más exclusivas y caras *escorts*. Desde pequeña este mundo me había llamado la atención, pero no fue hasta ese momento que por primera vez lo visité.

—Yo quiero trabajar aquí —manifesté borracha. Tavagnoti desestima mis palabras, cree que se trata del momento de ebriedad— quiero sentirme deseada, querida, admirada. Quiero sentir lo que nunca sentí con Leonardo en tres años de novios, a un hombre follándome duro.

David, su hijastro y socio del negocio, escucha atentamente cada una de mis palabras.

—¿Tú estás loca, Catalina? Yo no quiero peos con Ítalo, no joda. Eso sí que no me lo perdonaría jamás, Katiana tampoco y yo no quiero problemas, mi niña, vamos a quedarnos tranquilos como estamos —interrumpe Mario serio.

—Anda mi Tavagnoti bello —dije insistente. Acercando mis labios a los suyos, seduciéndolo, o en un intento burdo de hacerlo. Intenciones esquivadas por él.

—No inventes, Carajita, ya te dije que no —responde, mientras se separa.

David se acerca a Tavagnoti. Ambos intercambian algunas palabras difíciles de entender dentro de mi estado de embriaguez. Los miro pícaramente desde la lejanía, guiño un ojo y ambos sonríen.

—Bueno ¿Realmente quieres entrar a este negocio?

—Pregunta David acercándose a mí por detrás, colocando sus manos en mi cadera y susurrándome al oído— yo puedo convencer a mi papá, pero tienes que pasar la prueba de entrada que te haré yo —me voltea. Nos miramos fijamente, aproximando sus labios a los míos. Tiembla.

David es hijo de Laura, la ex esposa de Tavagnoti, una prostituta con la que tuvo un amargo matrimonio de tres años. Se casó para olvidar un fuerte amor del pasado y Laura estaba sola con un niño de cinco años.

—La prueba es sencilla, debemos hacerla en el reservado —susurra, mientras acerca sus labios calientes y temblorosos a los míos. Me da un beso fugaz.

—Vamos a hacer la prueba —dije en ese acento castellanizado que se salía cada vez que estaba borracha. Y como no, si nací en España.

La primera parte, para entrar como bailarina de ese lugar, era hacerle un show privado, bailar en un tubo. David es moreno de ojos negros. Su mirada es intensa, perversa. Humedece sus labios cuando me ve, ni decir de su miembro que se excita. Bailé vulgarmente *Jaded* de *Aerosmith*. En un torpe acto con más traspiés que aciertos, producto de la borrachera y de mi poco conocimiento de este arte.

—¿Te atreves a hacer la segunda parte, primita? En la primera no has estado tan mal —propone luego de terminar mi danza. Observaba de arriba abajo mi cuerpo expuesto a sus apetecibles ganas.

—¿De qué se trata? —Pregunté tratando de parecer ingenua.

Se aproxima, detallando mi trasero y mis senos. La prueba era follar con él. Respiro profundo, hasta ese momento solo me había acostado con dos hombres en mi vida, perdí mi virginidad a los dieciséis años con mi primer novio, una experiencia totalmente terrible y olvidable. El segundo, fue un compañero de la Universidad con quien tuve un tórrido romance. Ahora estaba frente a mi tercer hombre.

Me acerco, visto un tanga negra. Lo miro directo a los ojos, y sin cruzar palabras, lo beso intensamente. Según él, yo había sido por años la musa de muchas de sus masturbaciones púberes, pero para mí, él solo fue la puerta de entrada al deseo y la libertad. Mi pri-

mo, él que no me inspiraba ni el más mínimo pensamiento sexual.

A medida que lo beso, voy quitándole la camisa, botón por botón. Mientras él, con sus temblorosas manos aprieta firmemente mi trasero. Su pecho es delgado, escuálido; a pesar de sus veinticinco años. Su cuerpo adolescente no me atrae, ni me provoca; pero realmente quería entrar a este trabajo. Termino de desnudarlo. Me subo sobre sus piernas y en un intento rápido por acabar el momento, comienzo a cabalgar, como una yegua desenfrenada.

—Bonita —dice con dificultad por la excitación— ven para enseñarte. —Lo miro con incredulidad— a los hombres nos gustan las cosas despacito, no llegar directo al final. Nos encanta que nos vayan narrando la historia escena a escena ¿Me entiendes?

No entiendo nada. Me pide que me arrodille, que abra mi boca e introduce su excitado miembro en ella, lo hace tan fuerte que corren lágrimas por mi mejilla, siento que me ahogo.

—Cata, ahora vas a imaginar que mi pene es una chupeta, la que más te guste, vas a chupar como lo hacías cada vez que me querías excitar ¿Recuerdas?

Afirmo con la cabeza. Cuando llegue a Venezuela y lo conocí. Tenía quince años y saboreaba una chupeta, sin darme cuenta que mi forma de comerla lo excitaba. Ya a esa edad mis senos y trasero eran grandes, cubiertos cotidianamente con un short corto y una franelilla ajustada. Pensaba y actuaba como una niña malcriada y consentida.

Mientras voy camino al *Passione*, esa tarde del miércoles quince de junio, recuerdo todo. David me enseñó las mieles del sexo. Él me mostró que había más de una manera de follar. Fue divino estar con él: tuvimos un fantástico sexo oral, uno con el que exploté más de una vez, su lengua me recorrió, haciéndome gritar, gemir, disfrutar; por primera vez gozar con una relación sexual. Me poseyó con fuerza. Ese día descubrí que era multiorgásmica e insaciable.

—Coño, Cata, pasaste la prueba. Nojoda, eres una hembra —aseguró entre jadeos, sin poder respirar.

Recuerdo el momento con una sonrisa. Desde ese día me acosté con militares, ingenieros, gerentes, periodistas, actores, productores, médicos y uno que otro político de corta edad y mucho dinero.

Llego al *Passione* corriendo pues los shows iniciarían pronto. Usualmente visto con ropa poco extravagante, casi sin maquillarme y con lentes por mi miopía. Como era rutina, al entrar, ya estaba en el camerino Mater, María Teresa Capetillo, mi mejor amiga, cuyo vicio por lo sexual la había llevado desde muy joven a practicar una promiscuidad descrita por ella como divina. Se definía a sí misma como una puta: “no necesito dinero, solo placer, venga de quien venga”, ambas compartíamos esta filosofía de vida.

—¡Mater! —Grita desde la puerta del camerino David —Hoy viene un periodista, amigo mío, trabaja junto al presidente y queremos regalarle la sesión con el mejor escort del lugar. Hazme sentir orgulloso, ganemos mucho dinero. Se llama Tomás.

Le muestra una foto en la pantalla del celular, también la observo, es un hombre guapo. María Teresa es la mejor en seducción, en coger y cumplir cualquier clase de fantasía sexual a los hombres.

—Seguro, mi rey —responde Mater.

Se acerca y lo besa con ternura en los labios. La candidez de un noviazgo nacido bajo la pasión y la lujuria del *Passione*.

Al salir me mira con detenimiento y perversidad, ya me había puesto el traje del show del día, un vestido corto y ceñido al cuerpo de cuero negro y mi máscara negra de todas las noches.

—Cata, quiero pedirte un favor, David y yo vamos a cumplir dos años juntos y quiero regalarle algo exquisito, algo que nos encanta a ambos, y tú, desde hace meses te has convertido en mi fantasía. Acercándose a mí, sugiere con tono seductor ¿Me ayudarías a regalarle un trío? —. Me sorprendo.

—No sé, Mater. Más allá de uno que otro show hecho con Manu, con unos besos y toqueteos mutuos, a mí no me gustan las mujeres y no podría tener sexo con una. Además, David no aceptará.

Mater es seductora, rubia, de ojos azules, con senos y trasero operado. Simpática, en el fondo, es amorosa y romántica. Ante mi incrédula mirada me súplica.

—Es la semana que viene, solo será una noche, un ratito.

—No sé, lo pensaré —respondo a sus suplicas.

Salgo a escena. Mi vestido deja en evidencia mi tatuaje en la parte superior de la pantorrilla izquierda,

es una libélula sentada. Bailo inspirada al ritmo de *I want to break free* de *Queen*, en un pequeño escenario, ubicado en el centro del local, cuya visual de todo el lugar es perfecta.

Al lado del escenario, sentados en una mesa están cuatro jóvenes. Uno es Tomás, el cumpleaños, gran amigo y compañero de juerga de David. Los cuatro son periodistas, guapos. Tomás llama poderosamente mi atención. Es alto, delgado, de contextura fuerte. Me mira como si quisiera devorarme con lentitud.

—¡David! -grita Tomás, mientras me observa.

Continúo realizando mis acrobacias y movimientos sensuales. David se acerca, ambos conversan, sin dejar de posar sus ojos en mí. Volteo hacia la puerta, me percató que el hombre que entra al local es Oviedo, mi profesor de Historia de las Ideas Políticas Modernas, cátedra que cursaba en ese momento. Soy estudiante de Estudios Políticos y Administrativos, en la prestigiosa Universidad Central de Venezuela.

Llega solo, dentro del local se reúne con sus amigos, dos cincuentones. Eduardo Oviedo es inteligente y pícaro. Cada clase suya es interesante y sublime. A pesar de ser tres veces a la semana, a las siete de la mañana, y que muchas veces iba sin haber dormido, su discurso es tan bueno, que me es imposible dormirme en ellas. Sus ojos café se cruzan con los míos. Parece un hombre con poca afición a los puticlub. Su actitud recta, impoluta, contrastaba perfectamente con mi lugar de trabajo. Viste un traje negro. Al verme no me reconoció, sin embargo, cuando me des-

poje de mi vestido y quedé en ropa interior, me miró con detenimiento, a través de sus lentes y sonrió con picardía. Entre el juego de luces con la oscuridad es difícil distinguirme.

De un solo golpe abro mi sujetador, quedando solo en tanga. Ya tenía un montón de dólares en el escenario. Éste es un bar distinto, donde el dinero para las bailarinas se tira en el piso. El cliente para acercarse a nosotras y tocarnos debe pagar mucho dinero a Tavagnoti, excepto que alguna, durante su show, bajase a público. Los guardaespaldas son los encargados de recoger cada billete y entregárnoslo luego.

Casi finalizando mi show, miro otra vez a la puerta, y allí están las tres personas que me dieron la vida: Katiana, mi mamá; Ítalo, mi papá y Santiago, mi padrastro. Este último es el único que sabe a qué me dedico por ser también mi ginecólogo. Todos los meses debía llevar un informe médico y exámenes de sangre que dijeran que no tenía ninguna enfermedad de transmisión sexual. Cada vez que iba, mi padrastro me repetía que estaba en desacuerdo con lo que hacía “Catalina, coño, lo que necesites pídemelo”. A lo que respondía “lo que necesito, lo que me satisface de mi trabajo, tú no me lo puedes dar”.

Al verlos entrar al *Passione*, mi mundo se vino abajo. Mi mamá cruzó miradas conmigo, nunca había ido a ese bar y lo veía todo extrañada, apenas me miró, me reconoció. Mi papá sí sonreía ante todo ese mundo, le fascinaban las mujeres hermosas, por algo se había fijado en mi madre. Aunque intento voltearme

y doblar mi cuerpo para solo mostrar mi trasero. Mi tatuaje me delata. Mi padre lo miró fijamente, callado y sin dejar de sonreír.

Recuerdo que la primera vez que Ítalo Villafañe vio ese tatuaje se sorprendió; supo que había pasado de ser la nenita consentida de papá a ser una mujer, una difícil de domar, de comprar, comprender y engañar. “Coño, Katiana no te parió, te cagó, muchachita”. “Eres idéntica a tu madre”, decía cada vez que teníamos una discusión por algo que él deseaba que hiciera y yo me revelaba.

—¿Y ese tatuaje? —Preguntó.

—Me lo hice ayer, papi ¿Te gusta? -respondí, mientras se lo mostraba. Lo observó con detenimiento.

—Te quedó lindo, mi muñeca —afirmó con una tierna sonrisa en el rostro.

Al terminar mi show todos aplauden. Tomás no deja de admirarme. Eduardo es más recatado y solo me lanza una pícaro sonrisa y una sonrojada mirada. Es tímido y reservado, de pocas, pero exactas, palabras. Entro al camerino pálida, como quien ha visto un fantasma, en mi caso habían sido tres. Mater se sorprende al verme, ya se está preparando para el show privado del cumpleaños. Me preparo para salir a “cazar” clientes, a pesar que en realidad lo que cazaba solía ser espantado por Tavagnoti, pues sólo podía acostarme con quienes él decidiera.

—¡Catalina! —Grita David desde la puerta del camerino— El cumpleaños, quiere que seas tú quien le haga el show —gruñe— Mater —la mira fijamen-

te— con quien quieras, eres libre —dirige su mirada hacia mí— tienes tres minutos para estar lista.

—¡David! —Grito antes de salir del camerino— ¿Sabrás por qué vinieron mi mamá, mi papá y Santiago? —Pregunto inquieta.

—No lo sé, ni me interesa. Y corre, nojoda. Te quiero en tres minutos en el reservado —responde con un estruendoso grito. Y Sale.

— ¿Qué coño le pasa? —pregunto, aún impactada por el grito de David.

—Nada, —dice mientras me ayuda a atarme cada broche de mi corset rojo— déjalo que está celoso porque eres tú la que va a estar con su amiguito.

—¿Celoso por eso? No entiendo —respondo.

Ya para este momento hemos salido maquilladas del camerino, y yo con mi máscara negra. Ella camino a cazar algún cliente y yo a mi show.

—Mi vida, tú le encantas a David, muere por volverse a acostar contigo, por sentirte de nuevo. Más de una vez me ha dicho “Qué rico, mi Cata” —lo imita— cuando me coge. Pero yo no le paro bolas, yo también le digo el nombre del amante con el que me encantaría estar —dice con picardía en su tono y mirada.

Mater es una mujer enigmática, nunca sabías qué sentía, cómo estaba, si le gustaban las mujeres o los hombres. Le maúлло en el oído. Me toma por el rostro y me besa en la boca. Cada vez que iba a salir a un show lo hacía, es como una especie de ritual de buena suerte entre ambas. Arreglo mi pintura de labios con un labial que lleva entre sus senos.

—Ahora sí estás bellísima, mi amor. ¡Cómetelo, mi Catal! Entro al reservado. En mis manos llevo un pequeño pastel que está en una mesa pequeña. Es un regalo de la casa para el cumpleaños. Allí está él, vestido con una camisa azul y unos pantalones negros, cómodamente sentado en el sofá rojo, el mismo donde hace seis meses estuve con su amigo David, viéndome fijamente. Interpreté el feliz cumpleaños, tal la imagen icónica de Marilyn Monroe al presidente Kennedy. Acercándome poco a poco con la torta y la vela encendida, la apaga de un soplo. Me vuelve a mirar, esta vez, nuestros ojos se encuentran. Me volteo para iniciar el show, pero me toma por el muslo derecho.

—No, no quiero un show. Te quiero a ti completa —susurra. Dejo la torta en la misma mesa.

Tomás se levanta, se pone tras de mí. Me gusta su presencia. Besa con delicadeza mi cuello. Me volteo y nos besamos con pasión, sus labios son suaves. Acaricia mi cabello hasta el final de mi espalda. Hago lo mismo con el suyo, descendiendo mis caricias a su rostro y su cuello. Se separa.

—Vamos a un lugar más discreto —propone y me vuelve a besar.

—Tienes que pagar antes —susurro.

Sus labios aún están cerca de los míos, nos damos otro beso. Me toma de la mano. Salimos del reservado, habla con David. Nos dirigimos hasta mi cuarto. Ya sus amigos han pagado, soy su regalo, como siempre, para los hombres soy eso: un objeto.

A medida que voy desabrochando su camisa, descubro su suave piel. Su pecho lampiño, lo acaricié de arriba abajo con las puntas de mis dedos. Se acuesta boca arriba, me subo sobre él, desabrochó su pantalón, bajando su cremallera. Acaricio su parte íntima a través de su ropa interior. Se la quitó. Beso su pene erecto. Disfruta. Toco su cuerpo con mis labios, me gusta el cuerpo de los hombres, probarlos, saborearlos. Se incorpora y me toma por la cadera, colocándose a su lado.

—Ahora me toca a mí disfrutarte —me besa y comienza con su mano derecha a desabrochar el corset de arriba hacia abajo, lo ayudo, hasta retirarlo completo. Nos vemos fijamente.

— Quiero conocer tu rostro —dice mientras acaricia mis mejillas.

—Aún no te lo puedo revelar —respondo. Entre tanto retiro su mano de mi rostro y la coloco en mi seno izquierdo— primero conoce mi cuerpo —nos volvemos a besar.

Este hombre me gusta tanto como mi primer cliente: Francisco Sepúlveda, era Coronel de la Aviación, gran amigo de Tavagnoti. Mientras él realizaba misiones, su esposa le era infiel con su mejor amigo. Aquel quince de enero, el Coronel Sepúlveda decidió acabar con la fidelidad y aceptar por primera vez la invitación de su amigo Mario Tavagnoti para ir a divertirse al *Passione*, a pesar que nunca le gustaron las prostitutas por su sentimentalismo y educación católica, que le reprimía las apetencias carnales. Al llegar allí se sin-

tió en el paraíso terrenal, creyó que el cielo debía ser tal cual era ese infierno. A mí me encantó desde que entró al local y a pesar que Tavagnoti no quería que yo estuviese con él, me impuse. No podía dejar pasar esa oportunidad de sentir esos apetecibles labios.

El Coronel y yo conectamos a primera vista. Esa semana había tenido un intenso entrenamiento con la experimentada María Teresa en el arte de la seducción. Nuestro flechazo fue instantáneo, me acerqué y aunque Mario no quería presentarme; ante mi presión lo hizo, desde ese día Sepúlveda asistía todos los sábados al Passione.

Tomás acaricia mi pecho, tiernamente besa mi cuello y mis senos. Yo acaricio su gran espalda, me gusta su suave piel, huele a 212. Sus besos y caricias. Cierro los ojos para sentirlo. Su boca se desliza hasta mi bajo vientre y lo besa con suavidad.

Acaricio su cabello. Me besa en los labios como si el mundo se fuese a acabar en ese instante. Estaba sumida en un cúmulo de sensaciones a las que este hombre me había llevado. Continúa besando mi bien depilado coño, hasta no sentir mi desborde de pasión no frena. —Te mostraré en lo que soy experta —digo entre gemidos.

Me arrodillo frente a su miembro, lo beso, es delicioso. Gime. Me acaricia el cabello, no dejo de moverme hasta que explota. Me excita ver a los hombres acabar de placer en mi boca. Me levanto y me limpio. Me agarra por la cadera. A gatas me acuesto en la cama y me embiste fuerte.

—Tengo muchas ganas —susurra— te deseo —sus ojos brillan de placer, de ganas.

Cierro los ojos, lo siento muy dentro de mí y rítmicamente me penetra. Se separa, me doy vuelta y enrolló mis piernas en su cadera. Me penetra. Me subo sobre él. Ahora soy quien domina la situación. Me muevo en un constante vaivén. Su rostro se torna rosa por la pasión que destilamos. Sonríó al verlo.. Masajea mis senos, mientras yo juego con mi cabello. No pude más, me recosté sobre él, fricciono su miembro, no puede más y también lo hago. Una y otra vez explotamos de éxtasis.

Usualmente, cuando acabamos, me acuesto al lado del cliente por unos cinco minutos para dar chance que termine el rato. Con Tomás no quería que el tiempo se terminase, quería continuar a su lado, así que sin pensarlo nos volvimos a besar, acariciar. Retiro el preservativo de su pene.

—Ahora sí me vas a dejar ver tu rostro —dice mientras sostiene mi máscara.

—¿Para qué lo quieres conocer? —pregunto tomando sus manos e impidiéndoselo.

—Para colocarle rostro a tanta pasión, para soñar contigo cada noche, para pensarte y recordarte —inmoviliza mi resistencia y retira con su mano derecha mi antifaz negro— ¡Eres bellísima! —Nos volvemos a besar con pasión y recorremos con estos besos toda la habitación. Cruzamos nuestras miradas y sonreímos, otra vez volvemos a hacer el amor.

Al salir de mi habitación se encuentra con David le paga el tiempo extra, pide disculpas por las molestias

causadas y se va. Se aleja como todos, sin dejarme un número de teléfono, solo un nombre sin apellido, ni un contacto en las redes sociales; con la esperanza que volviese al día siguiente. Me ducho para atender a otro cliente. David entra a mi habitación. Ya me he puesto un vestido negro.

—Dejaste escapar a un cliente —reclama— te hemos dicho una y mil veces que es una hora por cada uno. —¿Se fueron mi mamá y mi papá? —pregunto asustada. Con todo el disfrute que había tenido con Tomás se me había olvidado la visita de mis padres.

—Tranquila —dice Tavagnoti ingresando a mi habitación. Su rostro expresa ansiedad. Muerde su labio inferior en busca de calma— tú y yo tenemos que hablar a solas —dice mirándome a los ojos. Estoy asustada— Ítalo y Katiana vinieron a hablar de tí, por lo que...

—¿Sabrás si me descubrieron? —interrumpo preocupada.

—No, no lo sé, no me dijeron nada. Pero no quiero seguir corriendo riesgos con Ítalo. Yo lo quiero y se ha portado como mi padre, mal puedo traicionarlo prostituyendo a su hija, así que, mi bella, desde hoy tienes cinco noches de preaviso para irte de aquí —dice con seriedad, preocupado. Lo conozco muy bien, intuyo que hay algo que no me quiere contar.

—Te entiendo, pero no quiero, después de lo que me pasó, esto es lo que me ha alegrado ¡Coño descubrí al amor de mi vida follando con otro tipo! Además, me gusta ser puta y no quiero dejar de serlo —reclamo. Es irónico que mientras algunas mujeres desean

a gritos dejar este trabajo, yo me aferro más a él. Mi vida es una maldita contradicción, prefería vivir bajo el yugo de proxenetas, que ser libre ¿Pero qué coño es la libertad? Si no hacer lo que te gusta cuando te gusta. — No es justo, Tavagnoti, y lo sabes.

—Ven acá, mi niña —me abraza. Suelto a llorar de rabia.

Su abrazo es tan fuerte como sus brazos. Sus gruesas, pero delicadas manos, acarician mi cabello. Estoy desconcertada, no ante sus gestos, sino ante sus palabras. Vuelvo a preguntar un porqué, no contesta. Solo ordena que nos traigan una botella de Vino tinto español, un Ribera del Duero, mi favorito.

—Ya te expliqué, mi niña hermosa, tus padres hoy casi te descubren. Es más me atrevería a decir que tu mamá te descubrió y disimuló.

—Bueno, no hago shows, solo espero algún cliente y lo disfruto —suplico.

—Vale, Cata, dame estas cinco noches para pensarlo —responde convencido. Intento separarme, pero él me aferra más hacia sí, no me resisto; siempre me han encantado sus abrazos. Cruzamos nuestras miradas.

Toma mi barbilla con delicadeza, acerca sus labios a los míos, nos besamos con pasión y ternura. Estoy alucinando por éste, nuestro primer beso. Estoy sorprendida. Siempre me ha rechazado. Desde hace años intentaba seducirlo. Para ese momento ya era una mujer desarrollada, con tetas, culo y metas bien planteadas.

Solía participar efusivamente en las tertulias en mi casa con los amigos de Santiago, debates como mo-

narquía y República, situación entre Medio Oriente y Occidente; eran mis temas favoritos. Nunca dudé en cursar Estudios Políticos, lo que nunca imaginé era que terminaría siendo una puta.

A Tavagnoti, hombre de mis delirios sexuales, lo conocía desde mi concepción; mis delirios habían comenzado desde que lo vi, sin querer-,acostándose con una de sus tantas amantes, tal como lo hacía ahora mismo conmigo. De un solo envión arranca mi ropa, mientras se desviste lentamente. Desnuda, ante él, se maravilla con mi cuerpo.

—Estás buenota, carajita —nos volvemos a besar. Me carga, me lleva a la cama. Me lanza, es rudo en su intento de poseerme, está desesperado.

—Cálmate, mi amor —susurro mientras beso su oreja. —No puedo ¿Sabes cuánto tiempo imaginé esto? Lo imagino desde hace años. Y bueno ese día que te vi desnuda bañándote en el jacuzzi me contuve.

Explora mi cuerpo con su boca, besándolo totalmente, hasta llegar a mi parte íntima, abro mis piernas cual mariposa despega sus alas para volar, la besa, la acaricia. Cierro los ojos y disfruto. De vez en cuando, lo miro para cerciorarme que esto sucede en realidad, y no parte de mis delirios eróticos para autosatisfacerme. Se acuesta sobre mí y me penetra fuertemente, duele por lo grueso de su miembro, me quejo, disminuye la fuerza, pero no la intensidad. Me toma de las manos, se impulsa y me incorpora un poco, nos vemos. Sin dejar de poseerme, nos movemos. Tengo un orgasmo tras otro. Gimo, grito; disfruta tenerme así, delirando por él.

Me toma por la cadera, me carga y me sube, lo cabalgo. Acaricia mis senos, uno con cada mano, están frías y suaves, sus dedos tocan delicadamente mi abdomen. Toco su pecho, volvemos a unir nuestros cuerpos, ambos explotamos de pasión. Caigo rendida en su pecho. Me acaricia la espalda y mi cabello, coloco mis manos sobre su corazón, puedo sentirlo latir rápidamente.

—Tavagnoti —digo mientras dibujo con la yema de mis dedos sus fuertes brazos.

—Dime —responde, mientras con una mano acaricia mi largo cabello y con la otra hace lo propio con mi trasero.

—¿De verdad me viste desnuda bañándome en el jacuzzi de casa de mi papá? —pregunto.

—Te vi —me aferra más hacia él— Eso fue hace como un año. Estabas vestida con una franelilla negra y un short de *jeans*. Te provocó bañarte en el jacuzzi. Cuando te lo quitaste, te vi con una tanguita roja de encajes. No te percastaste de mi presencia porque estabas distraída hablando por teléfono, colgaste, miraste hacia los lados y me escondí.. Te quitaste el tanga —suspira— y entraste al jacuzzi. Te confieso que tuve la intención de acercarme, pero justo cuando lo iba a hacer, para bucearte de cerca, llegó Imanol con su familia a la casa. Allí me di cuenta que ya no eras una niña, sino una hermosa mujer —nos besamos.

—¿Por qué te reprimiste hasta ahora? —interrumpo nuestro beso.

—Porque si tu papá o tu mamá se enteran de esto, soy un hombre muerto.

A pesar de ser un hombre mayor, casi tan poderoso como mi padre, aún le es leal.

—Y hoy ¿por qué lo hiciste? —pregunto, aun abrazándolo.

—Porque tomé valor —me mira pícaramente.

Sabe que desde los quince años me estoy regalando a él lentamente. Nos besamos otra vez, y volvemos a hacer el amor, fue una madrugada de sexo hasta las seis de la mañana que estaba agotada y exhausta. Como un poco de chocolate. Quiero dormir, aunque ha sido una noche como muchas en la que me he acostado con dos hombres distintos; estuvo cargada de pasión, como hace tanto no las tenía. Estoy tan cansada que no sé si podré manejar.

—En ese estado no vas a manejar, estás muy agotada, Catalina —dice mientras acaricia mi cabello. A duras penas me vestí y me vuelvo a acostar.

—Tú nunca antes te habías preocupado por mí y miles de veces he estado así —reclamo con los ojos cerrados.

—Todos los días te veo, procuro vigilarte, no sólo ahora que te convertiste en mi mujer —sonríe plácidamente— se te olvida que eres la hija de dos de las personas más importantes de mi vida. Escucha María Catalina, no quiero seguir viendo cómo una fila de hombres se acuesta contigo. No quiero ser testigo cómo te exhibes ante otros ¿Te quieres sentir deseada? —Acerca su boca a la mía— yo te deseo, carajita, te cuido. Desde hoy eres mi mujer y desde hoy te llevo todas las noches hasta tu casa, te desnudo y te acuesto en tu cama.

Y así lo hizo. Tavagnoti me carga hasta mi camioneta, como cuando era niña. Me sienta en el asiento del copiloto, maneja la camioneta hasta mi casa. Al llegar, cuidadosamente me baja del auto y subimos hasta mi habitación. Me acuesta delicadamente en mi cama matrimonial, luego de por supuesto haberme desnudado.

—No es la primera vez que lo haces ¿Cierto? —digo entre dormida y despierta.

—No —responde acariciando mi rostro— pero más tarde te lo explico, mi niña, duerme, que hoy te espera una noche similar. Cierro los ojos y me duermo. Mario está a mi lado velando mis sueños.

Otra noche para procurar ser fiel

De un envión mi mamá abre la puerta de mi cuarto. Se encuentra con la escena más inesperada, Mario Tavagnoti, su mejor amigo y confidente, está acostado junto a su hija, sumidos en un tierno abrazo.

—¿Qué coño pasa aquí? —grita— ¡Tavagnoti!

Mario abre los ojos, se asusta al verla, cree ser víctima de una horrible pesadilla, pero es real. Mi mamá lo ha descubierto a mi lado.

—Katiana, cálmate —dice Tavagnoti intentando tranquilizarla.

Es imposible estar tranquila cuando ves a tu mejor amigo con tu hija. Un proxeneta junto a tu bebé. Mi mamá tenía la particularidad que al molestarse sus ojos brillan más, el verde es más intenso. Frunce el ceño, notándose las arrugas de su frente. Aunque estaba dormida, podía escuchar todo. Salen del cuarto.

—¡Mi bebé no, Coño de tu madre! Te lo dije cuando comenzaste a hablar de tu negocio de putas frente a María Catalina, todo muy bien con las putas, pero a mi bebé no la embauques en eso. —Al escucharla me percaté que mi mamá me reconoció la noche anterior en el Passione.

El inicio de Tavagnoti con las prostitutas se remonta a más de veinte años atrás, luego de la partida de mi madre a España. Hasta ese momento no entendía la relación entre este evento y el mal de amores de Mario. Comenzó a frecuentar bares, putas y todas

las maravillas de la vida nocturna. Entre una y otra meretriz conoció a Laura, una despampanante morena, de encantador cabello y ojos negros. Al principio fueron interminables noches de placer, luego descubrió la ternura en ella. La bondad de estar criando a su sobrino David, después de la muerte de su prima hermana en el parto. Esa, que poco a poco se convirtió en una especie de lastima, confundida con amor de parte de ambos.

Además, comenzó a empatizar con el chaval y éste le tomó tal cariño hasta llamarlo “papá”. El matrimonio entre Tavagnoti y Laura estuvo cargado de infidelidades, felicidad y fraternidad. Al separarse, David le pidió a su mamá que quería vivir con Mario y desde ese día han estado juntos.

La casa se inunda de gritos, que no me permiten conciliar el sueño. Me levanto y visto con dificultad, aún estoy somnolienta, salgo del cuarto.

—Ajá, pero yo te dije que con mi bebé no. —continuaba mi mamá discutiendo.

—Mamá —interrumpo— entre Tavagnoti y yo no pasa nada, ni tengo nada que ver con las putas —estoy entre dormida y despierta, cansada. No quiero pelear, no quiero escucharla gritar más— tomé mucho anoche en su bar, por lo que, él muy amable, me trajo y metió en la cama.

—Pero ¡Qué amable, Mario! —Dice con ironía— Cata, ahora hablamos tú y yo —ríe, desea arreglar las cosas primero con Tavagnoti. Procura no gritar

y hablar pausadamente. Vuelvo a mi cama a intentar dormir. Ésta será otra noche de trabajo y placer.

Un rato después siento a mi mamá entrar a mi habitación, acaricia suavemente mi frente y nariz, como lo hacía cuando era niña. Me despierto, la veo, tiene una sonrisa amorosa.

—¿Y Tavagnoti? —pregunto al despertar.

—Se fue —se levanta y comienza a acomodar mi ropa que está en la silla de la peinadora— necesito que hablemos de tu trabajo.

—¿Cuál es el problema con el *Call Center*, mamá? —Pregunto inquieta.

—María Catalina, mi amor, no me veas cara de tonta —responde en tono bajo, pero molesto— porque tonta no soy, yo te vi ayer en el *Passione* bailando.

—Mamá...—interrumpo nerviosa.

—Te vi ayer, desnuda, sobre el escenario del bar ese, mientras los hombres te vitoreaban. Por más máscaras que utilices, por más que te pongas de espaldas —dice mientras se acerca a mi cabizbajo rostro, me toma delicadamente por el mentón y la levanta— escúchame bien, yo siempre te voy a reconocer. Soy tu mamá, te llevé nueve meses en mi vientre, me costó la vida tenerte y tengo veinte años conociéndote, hija. —Lo sé —respondo avergonzada.

Mamá salió embarazada de mi en un viaje a La Orchila, para ese momento estaba comenzando a salir con mi papá. Trabajaba con él y pasó a convertirse en su

“Bella asistente”, como él le decía. Luego se percató de sus negocios “turbios”. Aunque asustada pensaba pasar por alto esto, hasta que uno de sus “socios” la secuestró cuando tenía seis meses de embarazo. Después, gracias a los consejos de Julietta, la ex esposa de mi papá, decidió alejarse. “No quiero que mi hija crezca envuelta en estos negocios”. Viajó a España, en medio de una gran tristeza, conoció a Santiago, quien le salvó la vida en todos los sentidos y bueno lo demás es historia: se casaron y fueron felices hasta que volvimos a Venezuela quince años más tarde. Mis padres se reencontraron y la llama de pasión entre ellos, que nunca se había extinguido, se reavivó con más fuerza.

—Mamá, yo te lo quería contar. Pero entiende, esas cosas no se cuentan y menos a una mamá —respondo.

Cómo contarle que su hija es prostituta. Nuestra relación es muy estrecha y cargada de confianza, pero esto es muy fuerte de confesar.

—¿Por qué, María Catalina? Nosotros te lo damos todo ¿Qué más necesitas? ¿Tienes alguna deuda? Porque sé que vicio no tienes, aunque ya te desconozco —me mira fijamente, y sus palabras se clavan en mi corazón.

—No, mamá, no me hace falta dinero, no tengo vicios, no tengo deudas. Pero...

—Entonces ¿En qué carajo me equivoqué? —Interrumpe llorando de rabia.

—En nada, mamá. Tú has sido la mejor. Pero siendo puta obtengo algo mucho más valioso que el dinero,

mucho más ardiente que el amor, el deseo. El sentirme deseada. Mamá, yo no conocía la pasión ¿Entiendes? —manifiesto con temple.

—Claro que te entiendo, mi niña, pero esa no es la manera. Ya la conocerás, pero así no. Tú no eres un objeto, hija bella. Eres una mujer, una hermosa, inteligente, capaz y vivaz. No necesitas de esa mierda para encontrar la pasión y mucho menos el amor. — Se vuelve a sentar a mi lado y acaricia mi cabello.

—Mamá —me incorporo y seco mis lágrimas— hasta que yo no me acosté con David, quien me hizo la prueba para entrar a trabajar al Passione, no supe lo que era la pasión, el deseo, la lujuria. Ha sido la mejor terapia para lo que vi. Mi vida, ahora, es otra. ¿Puedes entenderme? —suspira, mientras digo esto último.

—No, trato pero no puedo —responde molesta.

—Hace seis meses encontré en la cama a Leonardo con un tipo, no terminamos porque se acabó el amor, sino porque él estaba tirando con otro hombre. Mami, Leonardo era tan celoso, que no me permitía hacer nada, ni respirar. Porque le daba envidia el aire, no quería que saliese con mis amigos, nada. Me castraba —confieso.

—Tranquila, te entiendo, pero ahora entiéndeme tú a mí. Te puedes acostar con los hombres que desees, sentirte sensual, deseada. Pero no vendas tu cuerpo, hija, no vendas tu templo, no lo subastes. Entrégate a quien quieras, disfruta al hacerlo, que luego no vengan los arrepentimientos. Acuéstate por amor, por gusto, por deseo; pero no por dinero, no porque otro te diga

con quién acostarte y con quién no ¿Comprendes la diferencia, princesa? No te pido que te acuestes con uno solo por siempre, que con ese te cases, pero sí hazlo por tu decisión y no que otro, y menos un hombre, decida por ti —dice con tono comprensivo.

Asiento con la cabeza mientras la escucho atenta, quizás si le hubiese contado esto antes, me habría aconsejado y la historia sería otra. Veo la decepción en su mirada. Por un momento el arrepentimiento se apodera de mí.

—Bueno Catalina, ya tú eres mayor de edad y sabes lo qué haces. Eres responsable de tus decisiones. Solo te voy a pedir una cosa, cuídate, cuídate mucho, que no quiero que nada malo te suceda, porque si te pasa algo, yo me muero. No te imaginas todo lo que tuve que batallar para tener una familia —sentencia.

Mi mamá quedó huérfana de madre con tan solo cinco años por un accidente de tránsito, diez años después su papá murió de alcoholismo, luego sus abuelos de viejos. Hace seis años, en extrañas circunstancias encontraron muerto al tío Joao, único pariente que le quedaba. Por esto regresamos a Venezuela, ella debía encargarse de las panaderías de los abuelos. A>ún llora todas estas pérdidas familiares.

—Tranquila, mami, con todos mis clientes me protejo, uso preservativo —bromeo.

—Ese no es el único cuidado que debes tener, María Catalina, y lo sabes —me da un beso en la frente y sale de la habitación. Me quedo otra vez dormida.

Dos horas después vuelvo a levantarme. Me miro al

espejo, toco mi rostro, era cierto ni yo misma me reconocía, en estos seis meses había cambiado mucho, demasiado para mi gusto.

Escribo a Verónika, mi mejor amiga y compañera de la Universidad para saber qué había pasado, pues falté a clases. Me comenta que nada nuevo, todo bajo control, debía buscar unas guías en la fotocopidora de la facultad.

Salgo como todos los días, sólo que ese, mi mamá sabía exactamente dónde estaría. En el camino pienso nuestra conversación. Reflexiono cada una de sus palabras. Es cierto que debía acostarme con quien quisiera, estar con quien a mí me diera la gana. Tengo curiosidad por lo que hablaron Tavagnoti y ella.

Otra noche en el Passione. Es de *Ladies Night*, cuando se hacen las mejores bacanales entre hombres y mujeres que acuden al Bar. Mario solía alejarme de todo eso, sin embargo, cada jueves iba preparada para la posibilidad de estar con alguna mujer.

Al llegar paso rápidamente al camerino, Mater se está arreglando, usa un vestido rojo pasión que exalta su hermosa piel, su boca roja carmesí que resaltan mucho más sus ojos celestes. La veo fijamente. Si me tuviese que acostar con una mujer sería con este monumento. El vestido dejaba ver sus protuberantes senos.

—Nenita ¿Cómo estás? Pensé que no venías hoy después del peo con tu mamá. —se acerca. La miro con incredulidad, no sé cómo se enteró— Tranquila, puedes hablar con confianza —asevera, mientras se arregla las plumas de Marabú que

lleva el vestido por todos lados, parece incomoda— No me mires extrañada, Tavagnoti nos contó todo ¡Qué fuerte que ayer te haya visto haciendo un show! Pero ¿Qué te dijo?

—De todo, tía, me dijo muchas cosas que me hicieron reflexionar —expreso, mientras me coloco un sujetador brillante azul y una tanga a juego con éste. Ella dirige su mirada a mi coño. En el Passione tenemos la posibilidad de cambiarnos en las habitaciones o en el camerino.

—Pero ¿te vas o te quedas? —Pregunta inquieta.

—Me voy en cuatro noches, pero no por la conversación de mi mamá. Tavagnoti me botó —digo mientras me maquillo.

—¿Por qué? ¡No es justo! —Riñe molesta.

—No sé, pregúntale a él.

David se asoma en la puerta, ha escuchado nuestra conversación, su rostro muestra una inusual tristeza, siempre pensó que nos volveríamos a acostar. Mira a Mater con sonrisa fingida.

—¡Arrebátalos, mi amor! —Grita a Mater dándole ánimos. Ella sale al escenario.

Es la única de nosotras que podía bailar *I just don't know what to do with myself*, un *leitmotiv* total de la danza erótica. Pero su show está cargado de juegos con el *pole*, arrastrarse por el escenario, *striptdance* y jugar con algunos clientes. Ese día escoge a Tomás para jugar. Éste le susurra algo al oído, ella sonríe pícaramente y me mira desde lejos. Se levanta de sus piernas y va en busca de otro.

Corro, ya Mater terminó. Entra al *backstage*. Me coloco unas alas de mariposa de tela y mi antifaz azul, suena *Mariposa Traicionera*. Inicio mi show. Ya estoy prácticamente desnuda, los movimientos de mi cadera son sensuales, lentos, juego en el tubo con mi cabello, estoy ensimismada en mi propio placer. De repente, levanto la mirada y ahí están los ojos negros de Tomás, atónitos con mi danza. Nuestras miradas se encuentran, se reconocen y sonreímos. Realmente me gusta este hombre.

Veo hacía la puerta del local, está Eduardo. Viene solo. Arranco de un solo golpe mi sujetador, los hombres gritan, por un instante se detiene, me admira, no baja su cabeza de vergüenza; por el contrario, disfruta lo que está ante su vista. El lugar está lleno, se sienta junto a Tomás. Ambos inician una amena conversación, viéndome fijamente y deleitándose con mi show, tuve el impulso de acercarme, pero lo pensé tarde, la canción termina.

Al entrar al camerino para cambiarme, me topo con Tavagnoti, quien viene acompañado de uno de sus guardaespaldas. Nos miramos, tiene un traje negro ajustado, resalta su bien trabajado cuerpo, lo hace ver muy hermoso, combinado con una corbata azul. Podían pasar mil hombres por mi vida, pero mis delirios pasionales y eróticos por él no cesan, y mucho menos después de probarlo.

—¡Cata! —Dice sorprendido. Aún estoy desnuda de la cintura para arriba. Suspiro al verlo.

—¡Mario! —titubeo. Nos abrazamos con fuerza, besa mi hombro.

—Ahora nos vemos —susurra. Me guiña un ojo. Suspiro ante su dulce aroma a *Swiss Army*. Mater escucha, pues estoy entrando al camerino. Ella sonríe, está lista para buscar clientes.

—Ahí está otra vez el amigo de David, el periodista —insinúa Mater con picardía.

—Sí, lo vi —respondo mientras me pongo mi ceñido vestido negro, corto y escotado. Me vuelvo a maquillar.

—Me contó que te dejó algo en tu habitación —afirma Mater.

Tavagnoti interrumpe nuestra conversación. Su expresión es de desagrado, no comprendo, hace un rato nuestro encuentro había sido seductor.

—Mater, afuera hay un cliente, toma —le entrega un papel con el nombre— está sentado en la barra, vestido con camisa blanca y pantalón negro. Es un político influyente, trátalo como tú sabes y haznos ganar mucho dinero.

—Seguro, Mario —responde, lista para la acción.

—¡María Teresa! —grito. Ella se voltea. Me acerco y nos damos un beso ante la lasciva mirada de Tavagnoti. Nunca, en seis meses, había sido testigo de nuestro ritual.

— Buena suerte, mi bella —digo limpiando mis labios, ella también se arregla y sale a matar.

—¡Guao! —Expresa Tavagnoti entre maravillado y asombrado— nunca las había visto —está excitado por el beso. A pesar que tiene vasta experiencia acostándose con mujeres en tríos, orgías o en pareja, nuestro beso lo sorprendió.

—Es un ritual que me enseñó ella. Es nuestra manera de intercambiar buenas vibras y energías —digo, mientras sonrío con picardía. Me mira, le guiño un ojo— pero no hago tríos, la amo como mi mejor amiga —aclaro.

—¡Uf! Sería demasiado placentero tenerlas a ambas en la misma cama. —sonríe, se acerca y me da un corto beso en los labios. Mis ojos se iluminan, se separa— vine a decirte una cosa, tienes dos clientes. El amiguito de David que quiere estar contigo y un señor que es la segunda noche que viene y también quiere contigo. Por favor, no te pases de tiempo con ninguno, no podemos seguir perdiendo clientes, ni dinero.

—Lo sé, voy a pasar primero al periodista, la fidelidad hay que premiarla —propongo, me coloco el antifaz negro, mi cabello está suelto. Mario acata mi orden. Pienso en las palabras de mi madre, este hombre me provoca, lo deseo y necesito estar con él hoy de nuevo. Si me quedo sin los demás soy capaz de pagar por estar solo con él.

Al entrar a la habitación, allí está un ramo de flores, con rosas y girasoles, y una pequeña nota “Gracias por lo de anoche. Tomás”. Detesto las rosas. De las flores solo me gustan las orquídeas porque esconden tantas cosas, tienes que trabajarlas para que florezcan. Son únicas e irrepetibles. Sin embargo, para este hombre yo debía ser básica. Otra mujer linda dentro de su vida.

Al entrar a mi cuarto pide permiso, sonrío levemente. Me acerco a él y lo beso apasionadamente. Le quito la camisa. Sus ojos posados en mis senos, sus manos

en mi espalda, delicadamente abre el cierre de mi vestido. No llevo ropa interior. Tomo su pantalón y lo abro con una sola mano. Han sido muchas noches de práctica para lograr este arte. Su pene escondido tras un bóxer. Firme, duro. Lo ayudo a acostarse en la cama. Ninguno de los dos habla. Tenemos sexo oral intercambiando placer. Gime con el juego de mi boca. Siente que está por estallar de placer. Me levanta y coloca a gatas, me embiste como una bestia, es tan rudo que una lágrima cae por mi rostro.

Me doy vuelta, me besa dulcemente. Nos acostamos. Lentamente dibuja con su mano mi abdomen, lo miro, mientras acaricio su rostro, en silencio. Me besa todo el cuerpo. Me pone a mil. Abre mis piernas con delicadeza y entierra su cabeza. Suspiro de placer. Mis ojos cerrados. Mete dos dedos en mi vagina, vuelvo a suspirar, lo miro. comienza a masturbarse y a mí.

—Voy a acabar, Tomás —digo entre jadeos.

Deja de masturbarse, toma mis piernas, las abre rudamente. Lo miro extrañada, se cambia el preservativo y vuelve a penetrarme violentamente. Lo hace fuerte, siento placer y dolor. Es otro distinto al del día anterior, no es romántico. Es un hombre rudo, salvaje. Siento que me hace daño.

—Para, Tomás, me haces daño —grito, mientras lo empujo levemente con mis manos. Se levanta molesto— ¿Qué coño te pasa? ¿Por qué me tratas así?

—Tú eres una puta, coño ¡Complaceme, perra! —Grita. Era el primer cliente que me trataba de esa manera. Me toma por la cadera, me embiste varias veces a ga-

tas y acaba. Mientras me folla, me toma duro por el cabello, lo hala, me duele. Al terminar me levanto rápidamente y voy al baño, me duele un poco la vagina. Seco mis lágrimas y me baño. Tomás toma mi antifaz negro y se lo lleva. Al salir, me percató que se ha ido, no sin antes destrozar el ramo de flores, dejando solo un girasol sobre la mesa.

Llamo a Cleotilde, una de las chicas de mantenimiento para que recoja el desastre que dejó. No comprendo lo qué le sucedió, prácticamente me había agredido. La nota estaba rota.

—¿Boto también este girasol? —Pregunta Cleo. Acostumbrada a ver esto y cosas peores con los clientes de otras chicas.

—No, déjalo, ¿Has visto mi antifaz negro? —Pregunto, mientras lo busco por el cuarto.

—Se lo llevó el muchacho que estaba aquí. Iba como alma que lleva el diablo.

Tavagnoti entra al cuarto. Me anuncia la entrada del próximo cliente.

—¿Qué diablos pasó aquí? —Pregunta. Le cuento lo sucedido— ¿Te hizo daño? —Pregunta cerrando los puños en actitud agresiva.

—No, sólo estaba molesto. Pero fue al entrar aquí, porque lo vi durante mi show y estaba perfecto, sonriéndome ¿Sabrás qué pasó? —Pregunto inquieta, mientras me arreglo.

—David y él discutieron —responde— pero yo lo mato, sabe que viene a un prostíbulo, no puede pretender que tú dejes de ser lo que eres —ríe.

Sospeché esto, a David no le gustó el detalle de las flores. Cierro los ojos. Las palabras de Tomás retumban en mi cabeza. “Eres una puta, coño, compláceme, perra”. Sí realmente eso soy, pero me dolía que este hombre, o cualquier otro, me lo dijera fríamente.

—Cata, el otro cliente está esperando —me informa Tavagnoti. Busco otro antifaz negro aunque tengo de distintos colores, me lo pongo, pinto mis labios. Tavagnoti sale.

—A comenzar de nuevo —susurro. Siento que abren la puerta, es el nuevo cliente.

—¡Buenas noches! —Dice con voz fina un hombre, una que conocía, que mis oídos ya habían percibido antes, pero no recordaba dónde.

—Buenas... —respondo volteándome. Al verlo, siento que me voy a morir, es mi profesor de Historia. Una cosa era haberme visto casi desnuda en un show y otra es acostarnos— noches, profesor —saludé titubeante.

—¿Y cómo sabes que soy profesor? ¿Nos conocemos? —Pregunta viéndome fijamente.

—Tienes toda la facha para una fantasía, que tú eres mi profesor y yo tú alumna —bromeo y lo beso dulcemente.

Pienso en cada clase durante el semestre. Su mirada es triste pero pícara. Su cuerpo no es el de un Adonis, pero cada clase, cada discurso, cada idea le hacía lenta y apasionadamente el amor a mi cerebro. Me hacía querer escucharlo cada día.

Retiro su chemise, pecho robusto, brazos poco musculosos pero firmes. Con sus delicadas manos toca mi espalda, retirando mi vestido. Se queda unos instantes viéndome. Tomo su cinturón, lo arranco de un solo golpe. Abro lentamente su pantalón. A medida que lo hago me agacho. Su pene es grueso, grande y duro como una piedra. Lo beso con dulzura y pasión.

—No vayamos a lo común —propone. Me toma delicadamente por el mentón para incorporarme. Me besa dulcemente, estoy desconcertada.

Me acuesta en la cama, toma un pañuelo de su pantalón, se acerca. Al verlo creo que me va a drogar, “Coño, lo que le faltaba a mi día” pienso. Toma mi rostro. Me tenso.

—No te preocupes, no te haré daño —susurra. Pero más miedo me produce. Anuda su pañuelo en mis ojos por encima del antifaz. Me pongo en guardia—relájate, solo quiero que me sientas. Ésta es mi fantasía, hacer sentir a una mujer, sin emplear la vista.

Intento relajarme. Respiro profundo. El pañuelo tiene el olor de su perfume. Es excitante y aterra este juego. Siento sus manos recorrer mi pecho. Sus labios circulan toda mi piel. Me excita mucho, es tan delicado. Me toma de la mano y me incorpora. Me siento, sin soltar sus manos las lleva hasta su pene erecto. Me arrodillo y con dificultad me coloco frente a él, tanteo con mis manos su abdomen y su pecho, lo empujo y ahora es él quien se acuesta. Beso toda su humanidad, lo voy conociendo ¡Uf, no quiero que

este momento terminé! Sin penetrarme he sentido que voy a acabar varias veces, él también lo disfruta. Siento su fuerte respiración.

El antifaz con el pañuelo aprietan un poco, pero solo es una molestia. Hubiese dado lo que fuera por ver el disfrute y la excitación en sus ojos. Tal vez, en este instante, “el fin justificaba los medios”, como decía Maquiavelo.

—¿Cómo te llamas? —susurra, entre jadeos.

—Catalina —le digo al oído. Me toma por la cadera, me acuesta en la cama, abro las piernas y me penetra profundamente. Suspiro de placer.

—Me gustas mucho, Catalina —me dice pausadamente al oído.

Un frío recorre mi cuerpo. Estoy asustada, recuerdo que es mi profesor, las veces que desde su escritorio gritó mi nombre para entregarme un trabajo “María Catalina Villafañe”. Sigue penetrándome sin parar.

—Sigue, Eduardo, sigue —gimo mientras lo hace. Me gusta mucho, tiene buen ritmo. ¡Al fin tuve orgasmos esa noche! Es tanta nuestra excitación que él se desborda sobre mí.

Desata el nudo, suelta el pañuelo. Nos besamos con ternura. Su cuerpo está sudoroso, lo acaricio con la punta de mis dedos, él hace lo mismo con el mío.

—Yo te conozco, Catalina —asegura con tono dulce— reconozco tu voz.

—No —digo y lo beso. Se separa.

—Te he visto en la Universidad Central. Estás en Estudios Políticos —asegura, mientras me mira a los ojos.

Amo mis antifaces, pero maldición me tenía que reconocer en medio de los cincuenta estudiantes que hay en el salón, quizás llamé su atención. Justo cuando volvería a mentir negando mi nexos con él, tocan la puerta.

—¡Se acabó el tiempo! —Grita Tavagnoti. Respiro profundo, me ha salvado. Eduardo se viste, yo hago lo propio y nos damos un beso para sellar este momento.

—Te veo mañana, Catalina —susurra. Sonríe y sale. Tavagnoti entra al cuarto, me mira. La madrugada está avanzada. Me besa dulcemente en los labios, me carga, y enrolla mis piernas en su cadera. Me gusta este movimiento de serpiente.

—¿Disfrutaste? —Pregunta.

—Sí —respondo sonriente.

—Pues ahora disfrutarás mucho más —asegura. Coloca sus manos en mi trasero besándome apasionadamente, me recuesta contra la peinadora—, muero de las ganas por tenerte —se desnuda. Yo hago lo mismo.

Vamos juntos al baño. Nos besamos, mientras el agua de la ducha recorre nuestros cuerpos. Hacemos el amor. Acabamos y salimos del baño. Vuelve a cargarme, aún nuestros cuerpos están mojados. Me acuesta en la cama y hace lo propio sobre mí. Me penetra suavemente, disfruto mucho hacer el amor con él, de sus tiernas caricias.

—¿Te gusta, mi niña?

—Me encanta, Mario —susurro con suavidad.

—Me fascinas cuando me hablas así, carajita —Al decir esto, un corrientazo recorre mi piel.

Vuelve a penetrarme. Nuestra pasión es infinita y a pesar de haberlo hecho con otros hombres, para Ta-

vagnoti siempre tendré ganas. Al terminar me recuesto sobre su fornido pecho.

—Mario —digo mientras lo acaricio.

—Dime, Catalina

—¿Qué fue lo que hablaste con mi mamá esta mañana? —Pregunto inquieta. Se incomoda, mueve sus piernas.

—Cosas entre amigos. A tu mamá no le gusta que trabajes aquí y mucho menos le va a gustar esto que hacemos por eso, mi chiquita hermosa —besa mi frente— éste debe ser nuestro secreto —intenta levantarse. Lo atrapo subiéndome sobre él.

—Tavagnoti ¿Tú tuviste algo con mi mamá, verdad? Por eso no quieres que ella sepa que tú y yo estamos juntos. —Increpo sentada sobre él— Anoche, me dijiste que yo tenía la mirada de Katiana ¿Qué pasó entre ustedes? Yo me estoy acostando con el amante de mi mamá.

Un silencio reina en la habitación, Tavagnoti esquiva mi mirada, está pensativo. Cierro los ojos, por un momento. Me levanto y voy al baño, siento que todos estos años desee al mismo hombre que deseó mi mamá en algún momento. Me siento sucia, ya era hora de volver a casa.

—¡Catalina! —Grita Mario, mientras entra a la ducha conmigo— Por tu mamá sentí algo muy lindo y no pasó más nada. Katiana estaba con Ítalo, lo amaba, o lo ama, tanto que no fue capaz de tener nada conmigo. Luego, se fue a España, te tuvo, se casó con Santiago, lo demás ya lo sabes. —estoy de espalda a

él, me abraza por detrás, siento su cuerpo desnudo y más lo deseo— Catalina no quiero que ni Katiana, ni Ítalo jodan lo nuestro. Tú mamá y yo nunca tuvimos nada, ni un beso.

—¿A qué te refieres con lo nuestro, si solo nos acostamos, Tavagnoti? —vuelvo a increparlo.

—Te deseaba, me reprendí por hacerlo, cada noche cuando salías de aquí te cargué y te llevé hasta tu cama. Respeté que quisieras ser prostituta, aún cuando sigue sin gustarme la idea y hoy cuando te vi, acostada en la cama descubrí que... —insinúa, viéndome fijamente.

—¡Tavagnoti, Tavagnoti! ¿Estás por aquí? —Se escucha desde afuera la voz de Mater.

Me hace señas que haga silencio, salimos del baño, se seca, yo hago lo mismo, incluso seco mi cabello o eso intento. Se viste rápidamente, me besa con ternura.

—No te vayas sin mí —susurra.

Mater lo observa fijamente, él sale arreglándose el cabello y la camisa.

—¿Qué pasó, María Teresa? —Pregunta.

—Te llama David. Está en la oficina, parece que hay un problema con un cliente de Manuela —dice observándolo de arriba abajo con picardía.

—Coño, ¿Y no lo puede solucionar solo? —Refunfuña y va hacia la oficina.

Mater entra a mi cuarto, ya estoy vestida para irme a casa. Ella también está lista.

—¿Qué pasó con el cliente de Manuela? —Pregunto.

—Son dos, Cata. Recuerda, noche de tríos. —responde mientras se sienta en la cama.

—¿Hombre y mujer? —pregunto. Afirma ella con la cabeza.

Es un matrimonio, cuya mujer acaba constatar que su marido la ha traído a avivar la pasión al bar de putas al que asiste cada noche antes de llegar a casa. Él, ya se había acostado con Manuela, Daniela y Mater. Es un cliente fijo, tanto que nos trae regalos. El hombre trajo unos chocolates que ocultamente pasó a Manuela, que ella le agradeció. Volvió a la mesa, allí estaba su esposa que venía dispuesta a dejar su mente en blanco y a unirse a los tríos. Solo los había visto en películas y le generaba curiosidad probar. En todo el Passione las únicas que realizan esta maravilla son Mater y Manuela, por lo que, el cliente fascinado con esta morena de ojos café, fue junto a ella. Hacer este trío era una manera de tener a las dos mujeres de su vida juntas. Alberto, había mostrado su interés por Manuela. Casi todas las noches que acude al bar, se acuesta con ella.

En pleno acto la llamó por su nombre, con el que muchas veces había llamado a su mujer, en una aparente confusión “Manuela dale así ¡qué rico!” Graciela, su mujer, se molestó y lanzó toda clase de improperios “Con que esta es la famosa Manuela con la que te revuelcas todas las noches antes de ir a cogerme”, yéndose sobre nuestra amiga, cacheteándola. La pelea se hizo incontrolable, aunque estuvo caliente, no dejaba de ser un pleito común de los días jueves, en los cuales las mujeres corroboran que sus maridos y novios frecuentan el bar en busca de placer. David sospechaba que su padre y yo estábamos manteniendo relaciones

sexuales, sin saber desde cuándo, y con esto encontró la excusa para alejarlo de mi lado un rato.

—No sé cómo se dio cuenta de lo tuyo con Tavagnoti, supongo que sospecha que hace tiempo están juntos, por eso me mandó a buscarlo en tu habitación —me comenta Mater, mientras se acuesta— ¿Qué te parece si hoy dormimos aquí? —Propone. Asiento con la cabeza, me gusta la idea.

Entre nosotras es costumbre, cuando se nos hace tarde o no queremos llegar a nuestras casas por alguna razón, quedarnos a dormir en el *Passione*, donde, aunque parezca contradictorio, encontrábamos la paz que muchas veces nos robaba la cotidianidad de la vida. Muchas proceden de familias disfuncionales, de hogares con situaciones económicas o familiares precarias, o han sufrido abusos de todo tipo. Ellas ven este lugar como la puerta de salida para todo eso. Sueñan que algún millonario las ayude a escapar o sencillamente querían, con sus ganancias, mudarse a un buen apartamento con grandes comodidades.

Voy a la oficina de Tavagnoti a pedir permiso para quedarnos a dormir allí. Es muy comprensivo. Con todas, excepto conmigo, se había acostado para hacerles la prueba, es parte de su trabajo, probar la mercancía antes de venderla. Entro temerosa, está solo, tomando un Whisky, observado el Waraira, pensativo.

—¿Interrumpo? —Digo mientras abro la puerta.

—Solo mis pensamientos y estás en ellos a cada instante —responde con una hermosa sonrisa dibujada en su rostro. Sabía cómo ser galante con las mujeres,

es todo un seductor. Estoy consciente que todos sus pensamientos no son para mí. Sonríó al escucharlo.

—Tavagnoti, se nos hizo tarde a Mater y a mí, y queremos saber si nos podemos quedar —digo. Aunque no es tarde, no encuentro otra excusa para justificar nuestra pernocta. Me mira y sonrío.

—Quédense —responde— ¡Catalina! —Volteo antes de salir y advierte— de repente, me meta en la cama con ustedes —me guiña un ojo. Sonríó y cierro la puerta.

Está absorto en sus pensamientos y yo en los míos, después de esta noche cómo veré a la cara mañana a mi profesor de historia, cómo después de disfrutarlo. Vuelvo al cuarto pensativa. Tomo mi celular en forma mecánica y llamo.

—Mamá, me voy a quedar en el Passione —digo desenfadada. No era la primera vez que lo hacía, sin embargo, solía mentirle acerca de mi paradero.

—Bebé, aquí está tu papá. Te está esperando ¿Te vamos a buscar? —pregunta.

Me niego. Son las dos de la mañana y mi papá está en mi casa. Era usual que me visitase en la noche o madrugada, cuando sus ocupaciones y compromisos lo dejaban.

—Mamá, aprovechen y revivan su amor —propongo con tono pícaro. Más allá de querer ver juntos a mis padres, sé que son felices volviendo al pasado y sintiéndose de nuevo. Más de una vez los espíe besándose y haciendo apasionadamente el amor— aprovechen que yo no estoy y ámense.

—¡María Catalina! —Grita mi mamá a través del teléfono.

Sé que está ruborizada, no es la primera vez que hablábamos del tema. Se aman, estoy segura que uno mataría por el otro, que las circunstancias que los separaron a medida que pasan los años pesan menos y más son las ganas de terminar de envejecer juntos. Mi papá tiene sesenta y ocho años y ella cincuenta y uno, pero tienen la misma fogosidad de dos adolescentes. Al colgar pienso en ellos, imagino cómo habrá sido su historia de amor.

—¿Qué te dijo Mario? —Pregunta Mater sacándome de mis pensamientos.

—Que se nos va a meter en la cama en cualquier momento —respondo con una sonrisa en el rostro. Ambas nos reímos.

—Es muy ocurrente ¿cierto? —Inquieta Mater, mientras se acerca a mí y acaricia mi cabello— ¿te gusta mucho, verdad?

—¿Tavagnoti? —Pregunto sorprendida— Me gusta lo que un hombre debe gustarme, además, no me esperanzo con él —respondo desenfadada.

Aunque parezca increíble, Mater estaba más afianzada a la idea del príncipe azul que yo. Soy de las que sí el hombre me encanta, follo con él y si repito, bien. No creo en el amor y mucho menos en el de un putero como Tavagnoti.

—No digas eso, Cata, Tavagnoti también tiene sus sentimientos. Y para mí, tú a él le gustas mucho y no de ahora, sino de antes. Yo sabía que tarde o tem-

prano, ustedes, a pesar de ser como familia, iban a terminar empatándose —Sentencia Mater.

—¡Joder, María Teresa! Nosotros no somos novios. Pero bueno, es así, cuando uno es víctima de la pasión, no hay lógica que valga. La pasión lo arrastra todo hasta la moral y la ética —sentencie ahora yo. Mater se queda pensativa— ¿Qué pasó, recordando a tu hermana?

—Sí —responde absorta. Luego despierta— pero sí, tienes razón, la pasión no mide lógica, ni ética, ni razón —asevera.

Apago la luz y ambas intentamos dormir. Al rato pregunta

— ¿Cata, estás dormida?

—Eso intento ¿por qué?

—¿Cómo crees que reaccione tu profe?

—Pues no lo sé.

Otra noche para conocer la droga de tus besos

En la mayor profundidad de mi sueño, pues solo dormí tres horas, siento una robusta mano que acaricia mi cabello. Al abrir mis ojos, está Tavagnoti sentado a un lado de la cama.

—¡Buenos días, mi bella! Levántate, son las cinco de la mañana y hoy tienes clases —dice acariciando mi mejilla.

Me levanto, suelo hacerlo de mal humor por las pocas horas que duermo, voy al baño a acicalarme, estoy adormecida. Al salir están ahí, él y su mirada. Me ha traído café y un sándwich de desayuno. Es la primera vez, desde que me quedo en el Passione, que tiene este gesto conmigo. Le agradezco besándolo con ternura. No me gusta la tinta que está tomando esto, el proxeneta nunca es un príncipe azul. Acaricia mi rostro.

—Estás muy bella —murmura. Nos volvemos a besar y salgo.

Me llevo el desayuno a la Universidad, no me gusta comer tan temprano. Paso buscando a Verónika. Cada vez que tenemos clases a las siete de la mañana nos vamos juntas. Ella es la única en la Universidad que sabe mi verdad. Muchas veces fue mi coartada. Vive en el Valle, en un barrio cerca de la avenida Intercomunal.

Su madre falleció por problemas cardíacos, cuando apenas tenía diez años. Al ser la mayor de cuatro hermanos se había convertido en una especie de madre para ellos. A esa edad ya sabía cambiar pañales, preparar teteros, cocinar, limpiar la casa y muchas cosas más.

Samuel Ramos, su papá, trabaja como personal de seguridad del Ministerio de Vivienda. Conocido por mi papa y amigo de mi hermano. Es una persona honesta, trabajadora e incorruptible. Mi familia los acompañó en las verdes y maduras. Cuando Ramos enviudó su segundo hijo tenía cuatro años, la tercera dos y el cuarto era un bebé. Es un padre excelente. No se volvió a casar, tuvo novias, pero jamás las llevó a su casa.

Vero se convirtió en mi tabla de salvación con trabajos, apuntes y hasta firmando la lista de asistencia por mí en la universidad. Usualmente, los lunes después de clases, como no tengo que trabajar, va a mi casa y adelantábamos los trabajos. Ella si trabaja en un *Call Center* de noche. Es incasable, luego de la universidad se encarga de sus hermanitos y en la noche al trabajo. Ese viernes la invito a desayunar en una cafetería cercana a nuestro destino. Solemos hablar acerca de cada cliente con el que estuve, sobre todo si es conocido. Durante nuestras tertulias nos reímos a carcajadas. Ella y Mater son mis mejores amigas y confidentes. A Vero la conozco desde que estudiábamos bachillerato.

—¿A qué no adivinas quién tiene dos noches seguidas yendo al Passione? —pregunto con picardía.

—No ¿Quién? —dice intrigada.

—El ilustre profesor Eduardo Oviedo, nuestro respetado profesor de Historia —respondo con tono sensacionalista.

—¡No! ¿Es putero? —Pregunta impresionada.

—Creo que era la primera vez que lo hacía con una puta, porque es torpe, romántico. Lo que quiere es hacer el amor. Pero lo hace divino, llegue un montón de veces —digo con picardía.

Me mira con suspicacia, sabe que ha habido muchos cuentos. Varias veces había intentado halarla hacia mi mundo de perversión. Es hermosa: morena clara, ojos negros y cabello azabache rizado, hasta la cintura. Con cada una de mis insistencias, su respuesta era: “Amiga sabes que respeto tu trabajo, pero esa vaina no me gusta”.

Sin embargo, ese día cuando le insisto no se niega. Por el contrario, me confiesa que por primera vez, está barajando la idea de meterse a puta fina, como ella me dice.

—La situación económica en la casa está cada vez más ruda, con lo que gana mi papá en el ministerio y mi sueldo no llegamos.

—¿Y tú por qué no me has llamado? —reclamo molesta— yo te lo he dicho, Verónika, tú eres como mi hermana y lo que tú o tu familia necesiten me lo puedes pedir. Eres una tía de puta madre —la riño— hablaré con Mario a ver qué dice. Igual quedará mi campo libre. Me botó hace dos días. Dice que no quiere problemas con mis padres. Bueno y han sucedido otras cosas, que luego te cuento.

Le narro todo esto, cuando estamos en el salón de clases. Entra Eduardo, sobrio como siempre. Se ve un poco trasnochado, bajo sus ojos se dibujan unas ojeras. Las mismas que yo intento cubrir cada mañana y noche con el corrector de maquillaje.

Tras sus lentes la mirada es pícara. Lanza un vistazo panorámico a todo el salón. Cada clase hacia esta misma rutina, sube a la tarima donde está su escritorio, desde allí tiene una fantástica vista de los cincuenta estudiantes que hay en el salón. Pasa la lista sin despegar los ojos del papel, es un arma de doble filo, pues luego pregunta al azar a cualquier estudiante el contenido de los libros y guías que asignó.

Comienza a nombrar uno por uno los estudiantes de la lista, por orden alfabético. Al llegar a mi nombre, su delicada voz me llama “María Catalina Villafañe Strauss”. Tímidamente levanto la mano. Nuestras miradas se cruzan a través de los cristales de nuestros lentes haciéndolas brillar más. Sonríe pícaramente. Se me aceleran los latidos del corazón. “Claro que me descubrió”, pienso, mientras él continúa pasando la lista.

Nerviosa comienzo a sacar todo de mi mochila. Como no encuentro un bolígrafo, saco un lápiz y busco el sacapuntas. El profesor baja del estrado y comienza a caminar en dirección hacia mí, se me caen el sacapuntas y el lápiz, me inclino a recogerlos. El profesor pasa entre mi pupitre y el de Verónika, se detiene, se agacha para ayudar a recoger las cosas. Tengo un vestido corto de chifflón rojo, que deja al descubierto mis piernas, justo mi pantorrilla izquier-

da, donde tengo el tatuaje de libélula. Al inclinarse se detiene unos instantes para admirar mi tatuaje y mis piernas. Al subir volvemos a cruzar miradas.

—A ver señorita Villafañe —dice al volver al escritorio— ¿qué opina usted de la frase de Maquiavelo “Todos ven lo que aparentas, pero pocos experimentan lo que realmente eres”? —Era la prueba que faltaba para saberme descubierta.

—Creo que todos —respondo titubeante— nos dejamos llevar por las apariencias. La maravilla, sin embargo, está en quien quiera experimentar lo que realmente somos, quien esté dispuesto a descubrirnos, a conocernos, sin juzgarnos —sentencio.

Yo también le quise dar a entender que lo había experimentado, lo había descubierto. Esa fachada de hombre circunspecto y tímido, se había caído la noche anterior, cuando lo experimenté pícaro y apasionado. Sonríe ante mi respuesta.

—Muy bien, Villafañe —califica y continua dictando su clase.

Hablando de Maquiavelo, de príncipes, gobernantes y políticos. Y yo solo lo veía, a través de mis lentes, como una fanática ve a su ídolo. Solo quien nos experimenta, nos conoce.

Eduardo es apasionado con todo, no importa lo cansado que esté de su trabajo como director de informativos en una canal internacional de noticias. Llega sonriente a impartir sus clases, con entusiasmo y pasión por enseñarnos.

—¿Qué harás ahora, cariño? —Pregunta Verónika al

salir de clases. Tomándonos un refresco en el cafetín de la facultad de Ingeniería.

—Voy a almorzar a casa de mi papá y luego al Passione. ¿Y tú? —Respondo tomando mi Frescolita.

—Nada, cuidar a mis hermanos y hacer las tareas. Recuerda que estoy de vacaciones del trabajo —dice con un tono aburrido.

Pasa Eduardo, nos volvemos a ver y a sonreír, pide un jugo de fresa con mucha azúcar. Dejo a un lado mis nervios y me acerco.

—¿Te gusta lo dulce? —Le comento con picardía.

—Me gusta una fresita muy dulce que me comí ayer y quiero seguirla comiendo —susurra cerca de mi oído. Un corrientazo recorre mi cuerpo. Estoy acostumbrada a ese tipo de piropos, desde antes de ser puta— por cierto, ese vestido rojo te queda divino —sonrió.

Me encanta que me admiren y me fascina este Eduardo pícaro, no despegamos nuestras miradas, mientras volvía a la mesa con Verónika. De repente, choco contra un chico, siento la coraza de su pecho.

—¿Catalina? —Alerta el chico, se trata de Tomás.

—Hola —digo, antes de esconder mi rostro como un avestruz.

—¿Cómo estás? —Dice. Su rostro iluminado con una sonrisa. Toma mi mentón con su mano y lo sube — ¡Estás hermosa! Casi no te reconocía con esos lentes, mi vida —dice maravillado. Esa es la idea, pensé, parecer distinta a cómo mis clientes me veían en el prostíbulo— quería volverte a ver, pedirte disculpas. Creo que te atraje con mis pensamientos.

—Sabes dónde encontrarme Tomás —respondo parca. A lo lejos somos observados por Eduardo.

—Lo sé, mi bella. Hoy voy al Passione a verte —me abraza— a sentirte, a tocarte.

Mientras dice esto, rodea sus manos por mi espalda. Besa mi cuello. Intento zafarme, pero cada vez se aferra más a mí. Es tan básico y románticón en su forma de tratarme que me abruma. Se separa, nos despedimos y él me hace un guiño. Regreso a la mesa con Verónika. Recogemos nuestras cosas y vamos hacia mi auto.

—El profe está celoso, se nota en su cara —cuenta Verónika, mientras caminamos hacia la camioneta.

Tras de nosotras, sin percatarnos, viene Eduardo.

—Permiso, señoritas —dice pasando entre ambas.

—Hasta luego, profe —digo con tono sensual.

Su auto está estacionado cerca del mío. Oculta su rostro, siento superioridad mientras hace esto. Camino a su casa, Verónika promete que esta noche pensará bien su ingreso al Passione.

—Es una decisión difícil, Cata. Yo quiero ganar mucho dinero pero de ahí a acostarme con todos esos hombres ¿Y si me toca un viejo baboso? —pregunta Verónika con tono dubitante.

—Tranquila, Vero. Hasta el más baboso, tiene su encanto —Respondo— además, yo te ayudaré para que no te toque eso.

—¿Seguro? ¿Y cuándo te vayas? ¡Ajá! Y otra vaina ¿Cómo es la prueba famosa? —Pregunta inquieta.

—Presentas un baile sensual, un *stripdance*. Y luego,

pues, follas con David. Verás que es un maestro. No te pongas nerviosa.

Veo la hora, es la una, es tarde. Voy almorzar con mi papá. Debe estar furioso. No le gusta comer fuera del horario, costumbres militares.

Al llegar, me percaté que en el estacionamiento de la mansión está la camioneta de Tavagnoti. Me bajo del auto, mi papá me recibe, viene conversando con Marío y con una señora gorda y alta. Al verme, se acerca y me abraza fuerte.

—¡Papi! ¿cómo estás? —digo, mientras lo abrazo— Tenía muchos días sin verte.

—Mi muñeca, muy bien —responde sonriente— No sé si la conoces, ella es Dolores —me presenta a la señora— Dolly, ella es...

—No me digas, es tu hija con Katiana. Pero si es como volver a ver a Katy. Mira esos ojazos, es que eres igual a tu mamá. Ítalo, es bellísima. De verdad tú no hiciste nada allí —Bromea Dolly. Todos ríen, yo sonrío por cortesía.

Tavagnoti y yo nos miramos fijamente. Lo saludo con frialdad. Él se acerca y me abraza, no quiere que mi papá sospeche que, por mi timidez repentina, algo sucede entre nosotros. Usualmente, desde que tenía quince años y descubrí mi delirio sexual por él, buscaba la manera de abrazarlo, de rozar mis senos o mi trasero contra su cuerpo, de tocarlo y acariciarlo. Pero desde hace tres días, cuando mis delirios se hicieron realidad, esto cambió.

Dolly, es gran amiga de papá. Fue la directora del despacho un tiempo del que fue ministro, “una tipa de

cuidado” decía mi mamá. Es fría y calculadora. Cuando se fue del ministerio, todos hicieron una fiesta. Está de visita para conversar de negocios que ambos manejaban, en los que también está involucrado Mario.

—Vamos a pasar a la mesa, ya la comida debe estar servida —ordena Ítalo— ¿Comerás con nosotros, Mario? —Ambos se miran. Acepta. Está nervioso. Nos sentamos uno frente al otro en la mesa, Mi papá está en el centro.

—¿Y Mayra, papi? —Pregunto por mi madrastra.

—Está con las mujeres de la fundación, organizando otros planes de acción —mira a Tavagnoti— supongo que pronto irá a dictar algún taller o alguna charla a tu local, para rescatar a todas esas mujeres.

En ese instante, me ahogo con el jugo. Lo último que me pudiera suceder es que mi madrastra fuese al Passione a convencerme de la idea de dejar a un lado la prostitución. Ella también fue ministra veintidós años atrás, además presidió una Fundación que trabaja con jóvenes, con el nombre de Humberto Peralta, joven asesinado. Ahora, Mayra Arias preside otra fundación, cuya labor es rescatar mujeres prostituidas, agredidas y explotadas sexualmente.

—Allí la esperaré con los brazos abiertos —responde irónicamente Mario. Me mira otra vez, no podemos evitar que nuestras miradas se atraigan.

—¿Qué tal va la universidad, mi muñeca? —Pregunta mi papá.

—Muy bien —respondo. Despegando mi mirada de los ojos de Tavagnoti. Papá observa nuestro juego.

Tomamos postre y café en el área de la piscina. Ítalo quiere hablar conmigo un rato. Mario se excusa, debe pasar al estudio, pues está atendiendo algunos asuntos del negocio.

—María Catalina, mi muñeca —comienza. Coloca su mano derecha en la frente. Cuando hace este gesto sé que lo que me viene es un fuerte regaño— Tengo dos semanas intentando decirte esto, hija bella, de hecho ayer te fui a buscar y estabas en casa de Veronika. Pero no me gusta tu trabajo —quiero interrumpir— No me interrumpas —dice en tono fuerte— primero escúchame, que te voy a dar mis razones. No me gusta esa madrugadera, creo que puede afectar tus estudios sin ninguna necesidad —levanta el tono de voz— Aunque realmente coño, dejémonos de tapujos, lo que no me gusta que trabajes de bailarina en el dichoso Passione. Un lugar de perversión como ese. Es imperdonable que todos esos hombres te estén viendo desnuda. Tú, María Catalina, eres la hija de un político con renombre. Se lo advertí hoy a Tavagnoti. Él sabe que cuando no me gusta una vaina y se me desobedece, termina mal, carajo.

Sin saber que muchos de esos hombres que me ven desnuda, se acuestan conmigo. Acepto sus razones. Estoy desconcertada. Hace dos semanas se enteró de mi secreto. Tavagnoti lo sabía y guardó la información. Además, conocía perfectamente la situación y a pesar de ello, me botó por miedo a que mi padre se enterase. No entiendo nada. Aún estoy anonadada.

—Papá, papá ¿Por qué le estás riñendo a Cata? Que-

damos que esto lo íbamos a manejar de la mejor manera —Interrumpe mi hermano, llegando a la piscina, intentando calmarlo.

Hace quince días, Imanol había estado en el Passione. La relación con su esposa no está muy bien, deseaba “probar nuevos sabores”, como él mismo dijo; y que mejor que con las carajitas del bar de Tavagnoti. Apenas entró, me narró cuando estuvimos solos, lo que sintió, la sensación fue excitante, las luces, hermosas mujeres por todos lados y los shows. Pero al percatarse bien que quien estaba semidesnuda en el escenario, con un disfraz de gata, era yo, quiso tomarme por los cabellos y bajarme. Aseguró que Tavagnoti no sabía que mi papá ya conocía cuál es mi verdadero trabajo, o por lo menos hasta ese día.

—Sabes, eres mi hermanita, mi muñequita. Tuve ganas hasta de matar a Tavagnoti por tenerte en ese lugar —dice mi hermano.

Imanol, es hijo del primer matrimonio de mi papá. Es veintiocho años mayor que yo. Está casado con una Barbie. Su matrimonio es una cárcel de frivolidad y aburrimiento. Se conocieron cuando Vanessa, su esposa, entró a trabajar como edecán de protocolo en el Ministerio de Vivienda, donde mi hermano era director de seguridad. El flechazo no fue a primera, ni a segunda, ni a tercera, ni siquiera a cuarta vista. Ocurrió cuando ella se enteró que el “negrito de Seguridad”, como lo llamaba, era el hijo del ministro. A partir de ese momento recibió los regalos que mi hermano le daba y se fue interesando en él. Al poco

tiempo de salir juntos, salió embarazada, creyendo que al estarlo, la vida la tendría resuelta y de alguna manera lo logró. Ítalo obligó a Imanol a casarse.

Mi padre vuelve a nuestra conversación, se excusa que tuvo que ausentarse a recibir una llamada de Quiroz, el padrino de Imanol, que viene a proponerle un negocio. El último negocio en el que estuvieron juntos, casi matan a mi mamá, a mí e incluso a él. Salieron ilesos porque asesinaron a los miembros de la otra “compañía”. Escuché decir una noche de tragos entre papá y Tavagnoti, hace algunos años.

—¿Y qué le dijiste? —Pregunta mi hermano preocupado.

—Que debo pensarlo, que estoy bien como estoy, pero no le quiero soltar la mano —responde mi padre, pensativo.

Poco puedo, y quiero, entender acerca de lo que hablan. Pero creo que ésta es una preocupación mayor a la que siente porque yo soy bailarina erótica. Me mira fijamente, sonrío, se percató que soy su niña, la que siempre fui, rebelde y caprichosa.

—Papá, respecto a lo de Catalina en el Passione —interrumpe mi hermano— no te preocupes, esta noche yo me acerco al bar. Veo todo el movimiento, y cualquier cosa rara yo te aviso. —La vigilancia que tendría por parte de mi hermano lo complace.

—Coño, te salvaste que papá supiera en lo que realmente trabajas —advierte.

En su visita, no sólo disfrutó de mi show y el de Mater, sino que se percató, además, que trabajo como escort. Sin embargo, decidió omitir este detalle. Papá

sale, me pide que busque a Tavagnoti, necesita finiquitar unos asuntos con él. El asunto a tratar parecía ser delicado. Voy al estudio en la primera planta de la casa, donde está Mario.

Al entrar lo observo trabajando en su laptop. A pesar de que vengo anonadada por la conversación con mi papá, no puedo resistirme a sorprenderlo. Sigilosamente me acerco, no quiero ser percibida. Está tan concentrado que no despega su mirada de la computadora, piensa que quien ha ingresado al despacho es Virginia, una de las chicas del servicio.

—Virchu, tráeme un cafecito, por favor. Esto está complicado.

Sigo caminando hasta estar tras él, muy cerca de su mejilla, tanto que pueda sentir mi respiración. Levanta la mirada, aún no se percata de mi presencia.

—¿Qué tan complicada está la cosa? —Susurro dulcemente a su oído. Siento como su piel se eriza al sentirme cerca.

Se voltea, sus labios quedan cerca de los míos. Ahora soy yo quien tiembla. Sentirlo hace latir rápidamente mi corazón, mi boca se humedece, al igual que mi vagina. Tavagnoti se levanta, me toma fuerte por la cadera, me carga y sube al escritorio.

—Te lo juro, carajita, que si aquí no existiera peligro de que nos vieran, te haría ahora mismo el amor —susurra. Tomo la parte posterior de su cuello, lo acerco más a mí y nos besamos con pasión. Acaricia mis piernas, hasta subirme con lentitud la falda. Desciendo mis manos acariciando su pecho hasta llegar a la correa de su

pantalón, lo abro con delicadeza, lo bajo. Ya en boxer, su pene está erecto. Retira lentamente con sus dedos mi húmedo tanga, baja su ropa interior y me penetra. —Tengo todo el día deseando hacer esto contigo —susurra con dificultad.

—Yo también —respondo con la misma dificultad. Disfruto su manera de follarme. Posa sus manos en mi escote, bajándolo hasta dejar mis senos libres. Los besa con desesperación.

—¡Mario! —Grita Virginia tocando la puerta— Ven-go con un café ¿puedo pasar?

El picaporte de la puerta comienza a girar. Nos separamos. Intento arreglar mi vestido, él su pantalón. Me bajo del escritorio. Virginia entra, se sorprende por mi presencia. Me ofrece una bebida.

—Tranquila, Virchu, yo voy a la cocina —respondo. Mi cabello aún está alborotado por el instante de placer que acababa de vivir.

Virginia sonrío al verme. Es amiga de Mario desde pequeños jugaban juntos en la planta baja del edificio, en Longaray donde vivían. Hace quince años trabaja para la familia.

—Tavagnoti, mi papá te espera en la piscina —dije con dificultad. La que me dejaba tener el corazón latiendo a millón por haber sido descubiertos.

Salgo. Me escondo cerca de la puerta del estudio, como solía hacer para escuchar las conversaciones.

—Mario, estás jugando con fuego y te vas a quemar ¿Lo sabes, no? —Advierte, Virginia, mientras salen.

—Lo sé, Virchu. Pero es más fuerte que yo —responde Mario.

—Tú sabes cómo es Ítalo con Catalina ¿Y si hubiese sido él quien entra y los descubre? —Llama su atención. Tavagnoti calla, pensativo.

Es cierto, fue arriesgado follar en el estudio de la casa de mi papá. Si nos descubre es capaz de matarlo. Por un momento me detengo a pensar en ello, estoy nerviosa, excitada. Me consigo de nuevo con Virginia, quien viene de la cocina buscándome con una taza de té de durazno en las manos.

—Cata —dice Virginia. Me entrega el té, lo bebo de un sorbo. Aún estoy sobresaltada. Virginia toma mis manos temblorosas.

—Virchu, no vayas a contar nada por favor —suplico.

—Tranquila, Catalina, yo no contaré nada. No vi nada. Cualquier cosa que diga será producto de mi suposición. Pero, deben tener cuidado.

—Gracias —coloco la taza en la mesa cercana y la abrazo.

Nos interrumpe Rosa, otra de las muchachas de servicio, viene a informar que mi papá me necesita.

—¿Qué será lo que quiere?

Me acerco a la sala de estar, cerca de la piscina están mi hermano, papá y Tavagnoti, complacidos hablando. Mario cruza miradas conmigo, me guiña un ojo. Estoy inmóvil.

—Muñeca, siéntate —dice papá. Despierto de mis pensamientos.

El único asiento que está libre es al lado de Tavagnoti, quien sigue con su mirada cada uno de mis movimientos, sin importarle que mi papá nos observa.

—María Catalina, te llamé para informarte que de hoy en adelante estarás bajo la total vigilancia de Tavagnoti. No es una petición, sino una orden—asevera. Lo observo fijamente.

Es un lobo cuidando una corderita. En el rostro de Tavagnoti se dibuja una sonrisa triunfante, de las que estoy acostumbrada a ver cuando algo le sale bien. Esta responsabilidad sobre sus hombros, le asegura que ningún hombre se me acercará, en tanto no lo autorizase. Solo Dios y él saben con cuántos amigos suyos follé. Mi padre, entre tanto, me da un sermón sobre el machismo, que no debía desnudarme delante de todos, seduciéndolos; solo debía hacerlo con el “elegido”. Yo debía escoger a quien amar por encima de los demás, uno que al conocerlo sabría que era para mí.

Veo la hora en mi celular. Son las cuatro de la tarde. Debo arreglarme para ir al Passione. Mi papá se empeña que Mario me lleve y no se separe de mi lado ni un instante. Me visto en mi habitación de la casa paterna.

—Estaré bajo el cuidado de Tavagnoti —cuento en una conversación telefónica a mi mamá— por eso no me llevaré la camioneta. La busco aquí mañana.

—Por algo lo habrá decidido Ítalo, pero no estoy de acuerdo, es zamuro cuidando carne —responde.

—Mamá es como mi hermano —riño.

—¡Jum! Mario está babeado por ti desde hace tiempo —me refuta. Cuando intento responderle la llamada se cae. Me peino y maquillo frente al espejo, no reconozco a la mujer que se refleja. Tengo seis meses construyendo la loba carente de sentimientos que soy ahora.

Cuyo único objetivo es devorar una y otra vez a los hombres. Pinto mis labios de rojo intenso. Entra Tavagnoti al cuarto.

—¿Nos vamos? —Pregunta. Me observa— Me gustan tus ojos —confiesa en una suerte de descubrimiento. A mi me gusta él completo, pienso. No me atrevo a decírselo. Siento vergüenza. Sonríó agradecida.

—¿Nos vamos? —Pregunto.

—Claro.

Me despido de mi papá y de mi hermano, quien promete ir al Passione. Antes de subirme en la camioneta, Tavagnoti me abre la puerta como todo un caballero.

—¿Quieres hacer algo antes de ir al Passione? —Pregunta cortés.

—Sabes perfectamente que no tienes que cuidarme, yo solita lo puedo hacer —respondo con tono molesto. Me gusta mi soledad— No necesito un niño y me cabrea que mi papá me siga tratando como una beba, que se empeñe en que me cuiden —agrego.

—Mi amor, yo sé eso —dice en tono comprensivo. Suelta el volante y acaricia mi largo cabello— Ven acá mi chupetica de ajo. —Me acurruco en su pecho. Me encanta estar allí, aunque nunca lo digo, me siento protegida— Mi vida, tienes que entender que tu papá se preocupa por tí —arrancamos hacia el Passione.

Fue rápido por la autopista, tomó un atajo desconocido para mí. Al llegar me siento en sus piernas. Continúa acariciando mi pelo. Me excita su cercanía, sus caricias, la experiencia inconclusa en el estudio de mi papá. Nuestros labios se funden en besos divinos.

—¿Alguna vez lo has hecho en un carro? —Pregunta lugar común entre dos amantes que se encuentran en esta situación.

—No nunca —miento. Lo hice con Danilo, en la universidad. Otra vez me vi con uno de mis clientes, el Capitán Briceño, en el mirador de Colinas de Bello Monte. Allí nos amamos en su Fortuner negra con vidrios ahumados y blindados. Le mentí a Tavagnoti, no le quitaría la ilusión de “desvirgarme” haciendo el amor en una camioneta, incomoda, pero discreta.

Abro mis piernas. Subiéndome el vestido, él aprovecha esto, para desabrocharse el pantalón, y bajarlo un poco. Tomo la palanca del asiento y lo reclino hacía atrás. Cabalgo sobre él. Es tan excitante que acabo una y otra vez. No nos importa cuidarnos, tenemos ansias de hacer una y otra vez el amor. El deseo es mucho más fuerte que la consciencia. Al acabar nos abrazamos. Sigo prendida a su fornido pecho. Me gusta ver las pocas arrugas de su rostro y las incipientes canas en su cabellera negra.

—¿En qué piensas? —Pregunta a medida que acaricia mi cabello.

—Detallando lo hermoso que eres —respondo acariciando su rostro.

—Soy un viejo para ti, Catalina —dice con tono irónico.

—Lo eres, pero no me importa. Te deseo desde chavalita y ahora que te tengo no te voy a dejar escapar —admito mientras me aferro a él.

—Verga, carajita, eres una droga. Me vuelves loco.

Desde que te probé me he vuelto adicto a ti, a tus besos, tus caricias, tu cuerpo. No me contengo cuando estas cerca —confiesa. Mientras arregla el asiento. Ya es hora de entrar al Passione, de aparentar que nada ocurre entre nosotros.

—¿Quieres que entremos juntos? —Pregunto mientras me peino y vuelvo a maquillarme. Nos bajamos del auto, quiere tomar mi mano, pero la esquivo. Debíamos disimular.

—Tavagnoti —irrumo mientras vamos caminando desde el estacionamiento hasta el local.

—Dime, mi bella.

—Tengo una amiga de la universidad que quiere trabajar aquí. ¿Recuerdas a Veronika, la hija de Samuel, el seguridad de Vivienda? —pregunto.

Me cuenta que la conoce desde que nació. Que esa prueba le costará hacerla

—¿Como a mí? —Pregunto inquiriéndole. Un silencio nos arroja. Me mira fijamente.

—No. Como tú no —responde molesto.

Su rostro refleja decepción, quizás hoy está arrepentido de lo que ha sucedido. Me vuelve a mirar. Se suponía que debía ser como mi hermano, como mi padre, y no como mi amante.

Por primera vez sentimos remordimiento por este desfreno. “Cuidala como si fuese tu hermanita, como a tu hijita. No quiero que ningún tipo se propase con ella, que le haga daño”. Esas fueron las palabras de mi papá que retumban en su mente de Tavagnoti. Me cuenta esto cuando vamos camino al Passione. El mal-

dito grado como familia que estaba comenzando a ensombrecer nuestra relación. Luego estaba mi madre ¿podría él traicionar esa confianza?

—No te diré lo demás que me dijo tu padre, tuvimos una larga conversación sobre tí y sobre mi vida. Por eso creo, Cata, que a partir de hoy no estarás con nadie que yo no autorice. Basta con todas las veces que nos hemos expuesto y te has acostado con algún amigo de tu papá —dice antes de entrar— además, no quiero que ninguno de esos puercos te haga daño y si lo hacen, los mato. Yo no juego Catalina y si algo te pasa soy capaz de matar —advierte.

Entramos, dentro solía tener una sensación de libertad. Tavagnoti se va hacia su oficina y pide a Ivanna, otra escort, reunirse. Mientras, yo me voy hacia un rincón donde está Manuela, sentada, pensativa, tomando una taza con café.

—¿Dónde están tus pensamientos, Manuela? —Pregunto al estar cerca de ella.

—En mi nuevo trabajo, Cata —responde, mientras toma un sorbo de café.

—Bueno, ¿Y qué pasa con eso? —digo animándola. Manuela, además de escort, estudia Comunicación Social. Por las tardes, luego de la universidad, trabaja como pasante en la redacción de un portal web de uno de los programas políticos más importantes. Escribe notas de prensa. Es el trabajo soñado para cualquier estudiante de quinto semestre. Hacía una semana había conocido por primera vez a uno de sus jefes, Fabricio Romero, conocido en el ámbito periodístico como “Tuqueque”.

Me comenta que es de unos treinta y cinco años, encantador, ojos negros y sus manos, gruesas, capaces de sujetar firme su cadera al darle un beso. Su inteligencia y picardía le habían valido para escalar posiciones en su profesión. Es temido por sus verdades tajantes y comentarios directos. Tuqueque es toda una leyenda entre los periodistas jóvenes del país.

Me separo de Manuela. Creo que es prudente dejarla sola con sus pensamientos. Me voy a mi cuarto, debo prepararme para los shows. Me topo con David. Observa con detenimiento a Manuela, pregunta qué le sucede. Le cuento.

—Coño, dile a Manuela que no se haga muchas ilusiones. Ella es puta y Tuqueque es un perro. Ustedes se creen princesas de cuentos de hadas, y son putas —coloca su mano derecha en mi cadera, acercándome a sí. Me zafo— le conseguí ese trabajo por su insistencia, pero no me gusta mucho mezclar los negocios con la amistad. No me gusta verlas cerca de ellos, excepto para complacerlos —advierde David, quien suele ser posesivo con nosotras.

—Pero a mí me lanzaste a los brazos de Tomás —riño.

—No, tú fuiste su regalo, bueno en realidad era Mater. El pajuó se empepó —Responde David. Viéndome a los ojos— yo se lo dije que se dejara de mariqueras, flores y vainas. Te lo repito, Catalina, tú eres una puta. Y lo vas a ser siempre. Esto es como el negocio de la droga, la que entra, queda estigmatizada para siempre. Eres un objeto que vendemos. Otra cosa ¿Y tú crees que mi papá te va a tratar distinta y van a vivir

una historia de amor? Nojoda, Catalina, desde que tengo uso de razón he visto pasar a miles como tú.

—¿A qué te refieres con miles como yo, David? —refuto extrañada— Además, de donde inventas que yo tengo algo con tu papá. Yo no tengo nada con Tavagnoti.

—Catalina, cuando tú vas, ya yo he dado tres vueltas —responde con aire de superioridad.

No entendía por qué su comentario me afecta, pero lo hace en lo más profundo de mi ser. Es cierto, soy puta, y como tal una mercancía. Hace seis meses había decidido venderme a otros. No debían afectarme estas palabras, pero lo hacen. Tanta realidad, me abruma.

—Vengan, chicas —convoca Ivanna. Llamándonos al salón.

Ella es la mayor de nosotras. Una especie de Madame de cuarenta y cinco años, bella, con un cuerpo escultural y trato materno. Viene junto a Tavagnoti, tomados de la mano. Me sorprendo al verlos en esa actitud. Aunque sabía desde hace algún tiempo que ellos salieron, su actitud me crea suspicacia. Manuela me mira fijamente, compadeciéndome, mientras Matter me toma fuerte por la cadera y yo me acerco observándolos. David disimuladamente se acerca a mí.

—Te lo dije —susurra en mi oído.

Hasta ese día no conocía lo que eran los celos. Sentir que el corazón te late rápido, un vacío entre el pecho y el estómago. Tavagnoti me mira, no sé si siente esto cada vez que estoy con un cliente, pero ellos son de a rato, de a vértigo, de emoción. Ivanna no.

—Dos cositas chicas ¡Préstense atención! —grita ante el grupo— Una, a partir de hoy no trabajaré más como escort, Mario —lo mira con ternura, él la ve esquivando mi mirada— me pidió que dejase de trabajar y lo ayude con ustedes como supervisora. Y bueno —toma firme la mano de Tavagnoti. Yo siento que me desmayo al verlos— la otra cosa es que Mario y yo somos oficialmente novios, después de tanto insistir, acepté.

Un frío recorre mi cuerpo al escucharla. Una y mil veces me repetía que no debía quererlo, pero esto es un *shock* para mí. Mater disimuladamente me acaricia la espalda “¿Qué clase de broma es ésta?” pienso. Todas se acercan, la abrazan y la felicitan. Ven en Ivanna el cuento de hadas que desean vivir, ese del príncipe que les dice, “no seas más escort y conviértete en mi novia”. Mario y yo nos vemos, pronuncia un perdón, en sus labios. Esquivo su mirada. Felicito a Ivanna. Me retiro a mi cuarto a llorar. Me siento mal.

Como chocolates acostada en la cama. No me quiero arreglar para el show aún. Si esta mezcla de tristeza con rabia son celos, esos que me estaban llevando a envidiar a Ivanna, a querer ser ella. Recuerdo que hace instantes hicimos el amor en su camioneta. Mater entra en silencio, se acuesta junto a mí. Estamos un rato así, se escuchan mis sollozos. Le ofrezco chocolate. Ella los rechaza.

—Muchachas a prepararnos —dice Manuela interrumpiendo nuestro silencio.

Manuela me abraza. No sé si sabe lo mío con Tavagnoti, pero quiere darme ánimo. Es sensible, cariñosa

y salvaje. Después del problema con el último cliente de ayer, nos confiesa que no quería hacer más tríos, por lo menos no con las esposas de los clientes.

—Bueno, nojoda, sécate esas lágrimas —dice Mater, viéndome— ese viejo no vale la pena —mira a Manuela- y tú deja la pensadora en lo de ayer, en tu jefe y en todos. Arreglémonos.

Los viernes en el Passione son dedicados a los caballeros. Ellos nos veían, escogían. Aunque al final nosotras somos quienes los elegimos. No siento mucho ánimo. Comienzo a maquillarme. Me riño a mí misma, repito mentalmente soy una puta, en mi debe haber placer y no sentimientos.

—Él es como mi familia -pienso en voz alta. Viendo mi reflejo en el espejo de la peinadora.

Las chicas se voltean a verme. Mis ojos vuelven a humedecerse “¿Por qué coño me duele tanto?” Pienso. Es una pareja más de él, una de tantas que he visto desfilar. Había visto tantas novias de Tavagnoti antes, pero ninguna desde nuestras tres noches de pasión, podría decir que ninguna desde hace un año. Siempre cuidándome, aprendiéndome y ahora amándome. ¿Por qué me duele tanto?

—No vayas a comenzar a llorar otra vez —riñe Mater— esos ojos son muy lindos para llorar por un viejo. Tú sabías que esto podía pasar, está solo y necesita compañía, quien más que una de nosotras.

Nuestra conversación es interrumpida por Ivanna. Tomo los lentes y me los coloco, no quiero que me vea llorar.

—Chicas, ya abrimos. Tienen media hora para estar listas —advierde desde la puerta. Se queda viéndome fijamente. Es una zorra vieja, sabe o sospecha lo mío con Tavagnoti— ¿Suced algo, Catalina? —pregunta. —Nada, Ivanna. Peos en la Universidad —responde Mater con tono desenfadado.

—¡Ah, bueno! —Me mira fijamente— ¿Seguro? —Afirmo con la cabeza.

Empieza el show, por decisión unilateral de David primero es el turno de Manuela. Dentro del “público”, entre los clientes, está Tuqueque junto a su compadre Tomás y a otros dos.

Manuela sale sin máscara, Danza al ritmo de *A quién le importa*. Aparece vestida con un traje ceñido a su esbeltez. Segura de sí. Inicia un *striptease* bajando el cierre del enterizo negro de cuero. Realiza tres piruetas en el pole. Se lo quita de un jalón. Lo lanza. Su cuerpo es delegado con muchas curvas, senos y trasero naturalmente grandes. Queda con un sostén y tanga dorados. Baja al público, se monta sobre las piernas de uno de los muchachos del grupo de amigos de David. Los hombres se alborotan por los sensuales movimientos de sus caderas. Tuqueque no deja de observarla. Ella se despoja del sostén, los vitoreos y silbidos son más fuertes. Cuando quiere volver al escenario, la toma por la cadera, está nervioso, se aproxima a sus labios y la besa apasionadamente. Mete un billete de cien dólares en su tanga y da una tarjeta en sus manos. Finaliza su show. Ese beso fue espectacular. Se escucha la voz de éste. Hombre con poca musculatura, ojos verdes y barba. Manuela ama esa barba.

Sale Micaela, ella interpreta *Crazy*, realiza un show netamente en el caño. Ella es maestra de preescolar. Es hermosa, tiene veinticinco años. Mira fijamente a David, quien la sigue también con la mirada. Llevan una semana de chateo y filtreo. Mater está a mi lado maquillando a Manuela, le cuento lo que veo en el escenario, sabe perfectamente todo eso, pero no le importa.

—¡Listo! —mira su creación en el rostro de Manuela— Y cero llanto. Si viene ese Tuqueque a querer cogerte, revuélcalo duro —se voltea y me mira— Tengo ganas que hagamos un show lésbico para dejar boquiabiertos a estos hombres —Propone pícaramente Mater.

—Me encanta la idea, pero las tres —respondo con astucia. Miramos a Manuela, ella sonríe.

—No quiso joderme, que se joda, *Lady Mermelade* con corsét —redobra la apuesta Manuela.

Mientras, nosotras planificamos una pseudo venganza. En el escenario está Patricia, hermosa, rellenita, con curvas, buenas tetas y buen culo, como dice Tavagnoti, “Patu es el diamante del Passione”. Cada noche tiene más clientes que nosotras. Es una maestra en el arte de la seducción y en coger. Se mueve como ninguna. Todas aprendemos de ella.

—Cata, los hombres vienen buscando lo que sus mujeres no le dan: una buena mamada y una buena culeadada —suele decirme.

Desde el día que Patu y Tavagnoti estuvieron juntos, ella trabaja en el Passione, ya van a ser diez años, ha visto toda clase chicas pasar. Tiene cuarenta y parece

de treinta. Es la confidente de Mario y socia minoritaria del bar. Baila con gran ritmo.

Entrego un CD al musicalizador con *Lady Mermelade*, las tres estamos vestidas con nuestros corsets. A lo lejos observó cuando Mario gira una instrucción a Alberto, el DJ se vuelve a acercar a mí.

—Cámbiate, mi linda —dice— el jefe quiere que bailes una balada.

Como pensé que se trataba de una de *Aerosmith*, me pongo un vestido de cuero negro, *straplee*, sin sostén, con cierre a un lado. Explico a las chicas el cambio realizado por Tavagnoti, no era la primera vez que lo hacía.

—Seguro es alguna vaina de *Aerosmith* —digo.

Lentamente empieza una música instrumental, me resulta conocida, sin embargo, no atino a saber cuál es. Mi danza es lenta. El local está en silencio observándome. Comienza la letra en italiano, retumba *Imbranato* de Tiziano Ferro por todo el lugar. Miro a Tavagnoti, cruzamos nuestras miradas, justo cuando Ferro grita “*Ma Ti amo, ti amo, ti amo*”.

Marío habla italiano, sus padres, fallecidos en un accidente de tránsito, vinieron muy jóvenes a Venezuela huyendo de la precaria situación de la postguerra. Unas lágrimas comienzan a rodar por mi mejilla. Trato de distraerme buscando a Tomás, está absorto observando mi danza. No tengo ganas de bajar a bailar en las piernas. Eduardo aún no llega.

Continúa Tiziano escarbando en nuestro pasado, mientras hago acrobacias con el pole. Ambos estamos *Imbranatos* con esta canción, con nuestros pen-

samientos, con nuestro llanto, él también llora. Es consolado por Ivanna, quien desconcertada no sabe lo qué sucede. Ahí me percató que ella es su mujer, la que estaría a su lado, en las buenas, en las malas, en la salud, en la enfermedad, en las verdes y en las maduras. Y yo sería siempre la puta de turno, la carajita con la que disfruta un rato.

Tomo el cierre de mi vestido, lo abro y dejo al descubierto mis senos. En ese instante, se acaba la canción, entro al camerino llorando. Tavagnoti también se retira del público. Es interceptado por mi hermano, ha venido a fiscalizarme y a disfrutar de una noche placentera. Entro corriendo semidesnuda. Soy atajada por Mater.

—¿Qué pasó, chiquita? —Pregunta.

No quiero responder. Tavagnoti está cerca, se aproxima a mi, Ivanna se lo impide. Sale Mater a su show, a ser la dama mermelada, a robarse el escenario y seducirlos a todos. Seco mis lágrimas, debo vestirme y maquillarme, cuando Mater terminase, que no la pude acompañar, nos tocaba salir a la caza de clientes. Aunque ya tenía el mío seguro, quería verme bella para él. Toca la puerta, ya estoy lista, es Ivanna.

—El problema en la universidad debió ser muy fuerte para llorar hasta durante el show —dice irónicamente. Sospecha que no hay tal problema. Prefiero callar. Tiene el poder y yo carezco de ganas de hablar— Tavagnoti quiere hablar contigo.

No quiero hablar con él, sin embargo, voy contra mi voluntad. Toco la puerta, después de respirar profun-

do varias veces ¿Por qué soy tan ridícula que ahora que lo sé ocupado me duele?

—¡Está abierto! —Grita.

Está recostado del escritorio, con la mirada perdida. Se ve guapo con su traje, me encanta un hombre con traje, con uniforme. Nos vemos, aún no salen las palabras, solo nuestra miradas hablan. Nunca había sentido esto por nadie.

—Catalina —interrumpe nuestro silencio. Nos hemos quedado mudos desde que llegamos al Passione y decidió hacer pública su relación con Ivanna— respecto a lo que me comentaste de Verónika ¿Así es que se llama la hija de Samuel, no?

—¿Sí? —pregunto tajantemente.

Estoy nerviosa. Ansiosa por su sola presencia. Se aproxima como imán, sus labios rozan los míos. No importa que me acueste con muchos hombres, sigo temblando al estar cerca de Mario, con la sola posibilidad que me acaricié.

Ahora soy yo quien toma la iniciativa, abrazo su cuello y lo beso apasionadamente. Es un impulso, uno que siempre me ha provocado y que él, desde hace dos días abrió la puerta para hacerlo. Entre un beso y otro nos acostamos en el mueble de cuero negro de su oficina. Me subo sobre él. Me levanto y abro su pantalón. Me inclino en una suerte de picardía y devoro su pene erecto. Disfruta, hasta el punto de gemir. Unos minutos después me toma por la cadera, no suelo usar ropa interior con mis vestidos de cuero ajustado, es excitante mostrar que no había nada que

impidiera follar. Al final, yo estaba para eso, para darles placer. Me levantó. Sube mi vestido. Estoy totalmente húmeda. Tavagnoti tiene este poder. Me siento y cabalgo sobre él. Susurra en mi oído.

—*Sei una droga, Carajita. Mi hai fatto impazzire* —susurra jadeante. Ambos estamos excitados.

Me coge fuerte y suave. Trata de cubrirme la boca ante mis gemidos, no quiere que nos escuchen. Lo disfruto tanto que me olvido del exterior. Ambos explotamos en un éxtasis completo. Luego, me siento en sus piernas, nos abrazamos en silencio. Le gusta acariciar mi espalda, mientras coloca su mejilla entre mis pechos.

—Tavagnoti —digo ahora yo interrumpiendo nuestro silencio.

—Dime, Cata —responde separándose de mi pecho. Nos vemos fijamente. Acerca sus labios a los míos.

—Tú también eres una droga. No puedo contener las ganas de ti —digo.

Nos besamos. Intento levantarme de sus piernas, no quiero hablar con él sobre sentimientos. Sobre cosas más allá de la pasión. Me retiene con sus manos en mi cadera, la toma con firmeza.

—Tí amo, Raggazza. Tí amo da quando sei nato... —confiesa.

Tocan la puerta. Escucho la voz de Ivanna. Está hablando con Micaela. Me levanto rápido. Mi corazón late fuerte. Tavagnoti acomoda su pantalón, yo mi vestido. “Maldición dejé el labial afuera” pienso. Acomodo mi cabello con las manos. Aún tiemblo.

—Entonces la hija de Samuel quiere entrar al Passione ¿Por qué lo quiere hacer? —dice Tavagnoti carraspeando, nervioso.

Entran Micaela e Ivanna hablando de lo lleno que está el local. Estoy muy nerviosa para contestarle a Tavagnoti, quien habla mientras se sirve un trago de whisky.

—¿Aún estás por aquí, Catalina? —Pregunta inquieta Ivanna— ¡Sal que los clientes esperan, niña!

—Mi amor, Cata me comentó una cosa cuando veníamos y está terminando de conversármelo —se excusa, mientras la abraza y le da un beso corto en los labios.

—Sí, ya salgo -respondo titubeante a Ivanna. Apenas me muevo, Tavagnoti me frena.

—No vayas a tirar con quien no autorice, es orden de Ítalo, debo cuidarte.

Tengo que lavarme. Salgo sin esperarlo, sale tras de mí.

—¡Catalina! —Grita. Me volteo— Es en serio lo de cuidarte.

Prefiero no responder. Sigo hacia mi cuarto, cierro la puerta y las lágrimas vuelven a caer por mi mejilla. ¡Qué fastidio el amor! Tengo tres días acostándome con Tavagnoti sin cuidarme, me limpio. Salgo de mi habitación perfectamente vestida, maquillada y peinada. Me asomo hacia un lado y ahí está mi hermano. Cumplió su promesa. Vino a supervisarme. Está plácidamente hablando con Mario. A lo lejos los observo, de repente se me acerca Tomás por detrás, me agarra por la cadera, siento su miembro a través de la ropa en mi trasero.

—Al fin te encuentro, mi Cata bella —susurra en mi oído, mientras desliza sus manos por mi abdomen.

Su voz me recuerda a lo sucedido la noche anterior. Trato de zafarme, pero no me lo permite. Somos observados a lo lejos por Tavagnoti, quien simula que nada está sucediendo. Imanol también nos observa.

—¿Trajiste dinero? —Susurro en el oído de Tomás—
Hoy quiero ser tuya.

—Claro, suficiente para que seas mía toda la noche
—susurra él. Ambos sonreímos.

Tavagnoti continúa hablando con mi hermano sin despegar sus ojos de nosotros. Tomás agarra mi mano y me lleva a la barra, ha dicho que me quiere invitar a un tinto y redimir lo ocurrido el día anterior. Mario invita a mi hermano a un whisky, quien se percata que lo que lo mantiene distraído es mi conversación con Tomás. Van a la barra, se sientan a mi lado. Mi acompañante se levanta a buscar los tragos.

Miro hacia el horizonte, el paisaje es Manuela besándose apasionadamente con Tuqueque. A mi lado viene Mater ¡Bella como siempre! Con ese escote pronunciado de un vestido azul eléctrico que resalta el celeste de sus ojos y el blanco de su piel. A lo lejos los escucho hablando.

—Coño, te estoy viendo, Bro —advierte Imanol.

—Estoy cuidando a Cata, Imanol. Tal como me lo pidió tu papá —responde inmediatamente Tavagnoti. No quiere que por su expresión, Imanol piense lo que es. Los celos lo carcomen y eso me encanta, es perverso despertarlos. Mater llega a mi lado al tiempo que Tomás lo hace, él me pasa una copa de vino tinto, brindamos. Bebo un poco, le doy a Mater. Joga-

mos con nuestras miradas, eso alborota a mi acompañante. Aunque está conmigo es imposible no ver de arriba abajo a mi amiga, quien se separa de nosotros. Mater e Imanol intercambian miradas, se reconocen. Mi hermano sabe que es la yerna de Tavagnoti, han compartido una que otra cena en su casa.

—¿Quieres que estemos las dos contigo? —Propongo pícaramente a Tomás.

—No, quiero estar solo contigo —Me besa tiernamente en los labios. Tavagnoti no controla los celos— tu amiga es hermosa, no te lo voy a negar, pero no me gustan los tríos y menos con la mujer que me encanta —susurra.

—Lo tienes claro con una puta —respondo irónica.

—La vida no es perfecta —dice resignado.

—Tavagnoti, Tavagnoti; controla esos celos, hermano. Mira que yo que soy su hermano no estoy celoso, tú no tienes porque estarlo —nos miran— Mírala, está feliz —Mario cuenta a Imanol lo que pasó la anterior.

—Coño, Tavagnoti, dale el beneficio de la duda. Cualquiera se arrecha si le dicen eso, Bro. Le traje flores, eso es de caballeros —responde mi hermano. Imanol es comprensivo, dice que mientras no me hagan daño y él no vea lágrimas en mis ojos, los hombres se me pueden acercar, coquetearme y hasta follear conmigo.

—Debemos entender que tenemos una hermanita muy atractiva —dice Imanol. Voltea a ver a Mater. Sonríe al escuchar a mi hermano. Estoy a suficiente distancia para oírlo sin ser percibida, pero sí observada. Ma-

ter se acerca a Tavagnoti, hay clientes que quieren estar con ella pero no tienen suficiente dinero para pagar.

—¿Tu yerna, no?— Pregunta mi hermano. Desnuda a Mater con la mirada

—Sí, David no es pendejo. Le gusta Catalina, pero se coge a la mejor del lugar —responde Tavagnoti—
¿Quieres disfrutarla?

—¿Y quién no? —susurra Imanol. Le gusta Mater.

—Tavagnoti ¿podemos hablar? —dice Mater, mientras observa a mi hermano de arriba abajo.

Mario le pide que salude a Imanol, lo hace tensa. Ellos se alejan, le plantea la posibilidad de estar con un cliente que luego terminará de pagar, no quiere pasar la noche sin ningún trabajo. La situación está dura. Tavagnoti se niega, le propone estar con mi hermano que pagará mucho más. Miro frente a mí, Manuela y Tuqueque han desaparecido, lo propio hacen María Teresa e Imanol. Me acerco a Tavagnoti. Nuestras miradas se encuentran.

—Hola mi Carajita bella ¿Qué necesitas? —dice pícaro. Le entrego cinco billetes de cien dólares.

—Dos horas con ese cliente —señalo a Tomás— creo que esto supera mi tarifa.

—Esto es nada —muestra los billetes— al lado de lo que tú mereces.

—Pero eso no fue lo mismo que le dijeron tu hijo y tú ayer —digo irónica.

—Ni siquiera te gustan las rosas —afirma.

—Pero él que las regaló sí —respondo cerca de sus labios— además, estamos conversando mucho y me espera.

—No quiero que te vayas con él, Catalina —toma mi mano, a pesar que nos observan. Vuelvo a sentir un corrientazo con su contacto.

Me zafo, aunque no quiero. Me voy con Tomás, quien se voltea a realizar el saludo militar a Tavagnoti con aire triunfador, como quien ha ganado un trofeo. Guarda el dinero que le he dado. Cuando me dirijo a mi habitación, llega Eduardo. Viene apresurado, arreglando su camisa dentro del pantalón. Al verlo frente a frente mi corazón late rápidamente “Cumplió, vino a comerse la fresita” pienso. Sonrió al verlo, él hace lo mismo.

—¡Vamos! —invita, mientras toma mi mano.

—Tengo otro cliente, pero espérame —susurro, soltando su mano— tomate algo, mientras me esperas.

—Llegué tarde —dice derrotado.

—Nunca es tarde para ti. Espérame.

—Te esperaré siempre, Catalina.

Tomás se acerca, posa su brazo sobre mi hombro y me lleva con él. Conoce el camino a mi habitación. Entramos besándonos. Acaricio su pecho, mientras abro botón a botón su camisa azul rey. Me toma por el trasero y me acuesta en la cama. Se desviste. Sonrió, me incorporo y a gatas lo beso y lo disfruto. Tomás acaricia mi cabello. Gime. Con torpeza retira mi vestido. Mi cuerpo queda desnudo. Vuelve a tomarme por la cadera, me acuesta besándome.

—Vamos despacito —susurro entre jadeos— Tenemos tiempo.

Me besa apasionadamente, mientras se sube sobre mi.

—No aguanto.

Me posee con rudeza, tiene muchas ganas, estoy mojada como la lluvia Se mueve como un perro cogiendo una perra. Aacabo dos veces y quiero más. Tomo impulso aferrándome a su cuerpo y volteándolo. Ahora soy yo quien tiene el control. Hago un suave vaivén sobre él, jugando con mi cabello y colocando sus manos en mis senos.

—Me tienes loco —dice entre jadeos— pero ayer te odiaba, cómo logras eso.

Lo callo con un beso, incorporándome sobre su cuerpo, “está hablando mucho”.

—¡Qué rico, mi vida! —susurro jadeante.

No quiero que se enfrasque en la sentimentalidad. Detesto cuando los clientes se enamoran o se ilusionan con que alguno ellos es el protagonista de *Pretty woman* y pretende sacarme de este mundo.

Cabalgo cada vez más rápido, fricciono su pene con mi vagina. Ama que haga esto y explota dentro del preservativo. Quiere más. Me bajo y busco otro en mi gaveta.

—Hagámoslo sin eso —susurra detrás de mi.

Niego con la cabeza. Me volteo y lo lanzo en la cama de un empujón, sonrío con mi gesto. Su miembro se va bajando, aunque aún tiene ganas.

—Ven acá —toma mi mano, permito que me conduzca para acostarme acurrucada a su lado— ¿Nunca has pensado dejar la prostitución, Cata? —Maldita pregunta— Eres muy jovenc para estar en este mundo sucio ¿No te da asco acostarte con tantos hombres?

—No, no me da —respondo tajante.

Detesto esta clase de preguntas. Es difícil para los hombres entender que yo no estaba buscando uno para que fuese mi príncipe. Bajo y beso su flácido pene, lo excito. Coloco el preservativo. Quiero cortar esa conversación. Me subo sobre su cuerpo. Quiero cabalgar y seguir follando ¡Me gusta este hombre! Su pecho, su torso y cómo me mira. Ahora está desconcertado, me toma por la cadera fuerte y seguro. Me voltea, colocándose debajo de él, sin dejar de follarme.

—¿No entiendes que me dan celos que seas puta? —
Reclama, Penetrándome fuerte. Mi vagina está muy húmeda. Estalla al sentirlo adentro— Te quiero solo para mí, salir todos los días tomados de la mano. Que seas solo mía.

Yo gimo, no quiero discutir. Por un cliente, no declinaría mi decisión de ser prostituta. Gimo con un elevado tono al volver a acabar, quiero callar su discurso, él también grita. Es un volcán. Me acurruco en su pecho. Acaricia mi espalda. Estamos desnudos y sudados. La sesión ha sido intensa y más intenso está su discurso.

—Piénsalo, mi amor. Si es por plata, yo te puedo ayudar. Me fastidia escucharlo.

—No es peo de plata, es peo de gusto, de piel —respondo. Me levanto al baño, tomo mi celular y pido a Tavagnoti que grite que se acabó el turno.

—¡Se acabó el tiempo, Catalina! —Grita Mario, dos minutos después de mi mensaje.

Tomás se molesta, quiere más tiempo. Se viste. Voy a ducharme. Antes nos despedimos con un beso apa-

sionado. Promete venir al día siguiente, sonrió. No me agradan los discursos moralistas. Al salir, Tomás se encuentra con Mario, se asesinan mutuamente con la mirada.

—Este mama güebo no me conoce —dice Tavagnoti molesto al entrar. Está borracho. Me ve fijamente, me toma fuerte por la cadera y amenaza— me sigue mirando así y le voy a dar un susto. Además, tú eres mía y si estos mama güebos no lo entienden, yo sé los explico a mi manera.

No me asusta su rudeza. Tavagnoti en apariencia es un hombre tranquilo, simpático y hasta dulce; pero cuando sus pasiones lo arrebatan es capaz de matar a sangre a fría. Esta valentía la aprendió de mi papá. Acerca su boca a la mía, no bajo la mirada, por el contrario estoy inmóvil, impoluta, fuerte, por dentro también. Soy de temple frío. Me toma más fuerte, besa rudamente.

—Yo soy tuya, como soy de ellos. De a ratitos, por cuenta gotas. Tú no entiendes. Acabas de presentar a tu novia ¿Acaso no te da vergüenza presentarte así delante de ella? —digo en voz baja. A medida que le hablo me va soltando— Dile al cliente que venga.

—Es el viejo —grita borracho. Luego susurra— Te ha esperado, como se nota que no se come nada— ríe a carcajadas.

—Eduardo tiene tu edad y me come a mí, suficiente para él —respondo seria— Pásalo por favor —ya no sonrío. Le duele el hecho de saberse viejo respecto a mí. La racionalidad lo vuelve vulnerable al estar borracho.

—¡David! —Grita— pasa al otro cliente de Catalina. Unos minutos después entra Eduardo. Sonreímos al vernos. Me besa con lujuria.

—La espera me desesperó, mi bella. —susurra. Lo abrazo fuerte. Nos volvemos a besar, a desnudar. Me gusta su cuerpo. Con timidez toca mi trasero. Me acuesta en la cama. Está totalmente erecto— Tengo ganas de tí desde que te vi en la universidad —vuelve a susurrar.

Lo silencio con un beso. Bajo hasta estar frente a su miembro, lo veo, acaricio y coloco el preservativo con la boca como suelo hacerlo. Nos acostamos en la cama, no resiste más. Se olvida de su moral, del amor, del ir despacito. Las ganas lo superan. Abre mis piernas con delicadeza y me penetra, es tan fuerte que suspiro, una y otra vez, y aumenta la rapidez. Lo atrapó con mis piernas por sus caderas. Exploto, Gime. Se viene, se queda un rato inmóvil. Nos vemos a los ojos.

—Cata, yo no soy meloso, ni dulce, sólo tú despiertas eso en mí. ¿Sabes algo?

—¿Sí? —Pregunto incrédula viéndolo fijamente. Seguimos abrazados. Acaricia con la yema de sus dedos mi espalda, sus manos son delicadas.

—No suelo venir a estos lugares, pienso que denigran a las mujeres, pero no sé qué me has hecho. Estoy obsesionado, con ganas de verte día y noche. Hoy no iba a venir, salí tarde de la televisora, pero cuando iba camino a casa, viniste a mis pensamientos, me desvié y aquí estoy.

Lo escucho atenta. Nos besamos. Me gusta cuando habla. Me agrada su compañía. Callo. Solo lo veo, sin hacer ningún gesto. Mis palabras sobran ante su presencia.

—¿En qué piensas, Catalina? —Pregunta viéndome fijamente.

—En tí —respondo detallándolo.

No quiero confesarle que me gusta desde mucho antes, cuando era invisible para él, desde que solo era su estudiante. Acariciamos mutuamente nuestras mejillas. Luego nos besamos, nos abrazamos y sin soltarlo me subo sobre él, quiero volver a sentirlo. A medida que nuestros labios se encuentran, la excitación aparece y en una especie de acto reflejo al sentir su dureza abro mis piernas. Me penetra. Otra vez gemimos. Aferra sus manos a mis caderas y yo a su cuello. Terminamos otra vez y caemos rendidos en la cama.

—Es extraño que no haya llegado tu proxeneta gritando que se acabó el tiempo —dice.

Nos reímos, pues al finalizar esa frase aparece Tavagnoti, gritando que ya el tiempo terminó. Eduardo se levanta, se viste, lo miro con detenimiento, me gusta su piel, su espalda fornida. Voy a bañarme. Eduardo entra al baño a despedirse con un beso.

—En la mesa de noche dejé algo para ti —dice al abrir la puerta de la ducha. Nos damos un tierno beso, acarició su mejilla. Se va como todos. Al salir del baño veo en la mesa una caja de bombones.

Me visto con una minifalda negra y un suéter rojo ajustado. Guardo los chocolates antes de salir del cuarto, con la intención de ver si tenía otro cliente. Para mi sorpresa ya han cerrado el local, y todos estaban sentados alrededor de una mesa tomando toda clase de bebidas.

Tavagnoti y Patricia conversan sobre el Passione, a pesar de su borrachera se siente lucido para plantear ideas innovadoras. Mi hermano conversa con Mater y con David, sin percatarse, este último que Imanol tiene su mano posada sobre el trasero de ella. A su lado está Manuela sentada en las piernas de Tuqueque conversando sobre la vida. Tomás se fue.

América trae una bandeja con regalos de la casa, shots de tequila para todos, adicional hay unas líneas de cocaína para quienes quieran algo más fuerte. Veo todo con detenimiento. Tomo dos shots seguidos. Tavagnoti solo uno, ha bebido mucho esta noche. Mater y mi hermano se acercan a la coca, para ella es la primera vez, él de vez en cuando consume. Lo observo con descreimiento. Inhalan cada uno una línea, sonriendo complacidos. Se besan apasionadamente. Inhalan otra.

David pasa por un lado de ellos, no le gusta la cocaína, toma tres shots. Tavagnoti nunca le permitió acercarse a las drogas, “la única mercancía que se prueba son las mujeres, sin volverse adicto a ellas”, solía decirle desde pequeño, eso me lo contaba durante nuestras conversaciones adolescentes.

Tuqueque siente curiosidad, nunca ha probado el perico; Manuela solo tres veces, dice que le agrada la sensación de excitación y desmemoria que le produce. Pero esta noche, al ser la primera con él, quiere recordar todo, le impide tomarla y lo vuelve a llevar a su cuarto. Tiene ganas de hacer el amor.

Micaela es cauta, no le gusta inventar. David la observa, la redescubre. Realmente es guapa. No quiere

acercarse a las drogas, el amor de su vida murió por una sobredosis de cocaína, me lo contó en medio de una borrachera, a pesar que casi no hablaba conmigo, el trece de julio cumplía un año más que la droga se lo llevó. A partir de ese momento, luego de haber intentado suicidarse varias veces, tomó la decisión de entrar a un mundo tan al límite como el de las drogas, la prostitución.

Ella y David intercambian miradas, después de veintitrés meses de comenzar a trabajar en el Passione, se percataron de la existencia uno del otro. La prueba para ingresar al negocio, como la de todas mis compañeras, la había hecho Tavagnoti. No pueden dejar de verse, es como si una fuerza los atrajera. Se besan. Sus labios son inseparables. Ver este ambiente de besos me hace desear que la situación entre él y yo sea distinta.

Mario me mira, esquivo su mirada. Toca mi brazo. Toma otros shots de tequila, yo hago lo mismo. Mater inhala otra línea y otra, no se contiene. Para mi hermano es suficiente, intenta frenarla la besa y la carga hasta su cuarto. No quiere que se siga drogando.

Patu, por su lado, ha salido, es tarde y su “bebé” está solo en casa. Tiene este trabajo para ganar buen dinero y dejarlo solo el menor tiempo posible, pues es epiléptico. Tavagnoti es el padrino del niño, le compro un auto para que pudiese trasladarse con él, salir y entrar al Passione a la hora de cualquier emergencia. La música se hace presente en nuestra velada, nos hemos quedado solos. Ya no quiero tomar tequila, deseo un copa de vino. El DJ vuelve a colocar *Imbranato* por

petición de Tavagnoti. Solicito a la chica de la barra una copa, al servirla me hace señas que volteo. Está Mario viéndome fijamente, sonrío, me da su mano.

—¿Bailamos? —Pregunta en tono bajo.

—Sí —respondo en el mismo tono de voz.

Me toma sujetándome por la cadera. Me besa tiernamente en la frente. Me abraza fuerte. El DJ baja las luces, le hace señas a la chica de la barra para que se marche. Tavagnoti, toca mi mentón, levanta mi rostro, me besa dulcemente, respondo, no me importa quién nos observe.

—Ti amo, Cata —susurra al oído, acaricia mi cabello. Ya la música ha terminado y ambos seguimos abrazados. Las lágrimas caen por mi rostro. Desde el salón escuchamos el escándalo de Mater, está eufórica. Sus gemidos retumban por todo el lugar. Sonrió.

—Es el Perico que la vuelve loca. Hay que estar pendiente —advierte Tavagnoti.

Me quiero ir a casa, son las cuatro de la madrugada y estoy cansada. Sin embargo, él quiere asegurarse que Mater esté bien, conoce perfectamente los efectos secundarios de la cocaína. No me atrevo a preguntarle por qué lo mandó a servir. Tocamos la puerta de la habitación de Mater, ella está en *high*, eufórica y acelerada, desnuda. No le importa abrir así la puerta. Mi hermano está en el baño. Al verme me abraza y me besa, Tavagnoti nos observa, está preocupado, hace mucho tiempo que no se drogaba tanto. Imanol sale en ropa interior, observa la escena de Mater besándome y yo intentando zafarme.

—¿Ya no te gustan mis besos? —Pregunta alterada, molesta. Sus ojos están rojo alucinante. Mira a Tavagnoti— Claro, princesa, te gustan más los de él ¿Tan rápido lo perdonaste? —Todos la observamos en silencio. Estoy asustada. Siento que ese no es el comportamiento de mi amiga, la que me ha guardado cada secreto. Observa a mi hermano— y tú ¿Sabes que me gustas desde hace años, desde que te conocí en la casa de tu papá? Hay algo que nunca te he dicho —me mira y ríe— Coño, me encanta tu hermano, soñaba con tirar con él.

Imanol propone llevarla a su apartamento para cuidarla. Más de una vez había sido testigo de las miradas hacia mi hermano. Tavagnoti me ve, le pido irnos a casa.

—¿Nos vamos, Bro? —pregunta Tavagnoti a mi hermano, éste último propone llevarme a casa, rechazo su propuesta.

—Quiero ir a casa de mi mamá —respondo abrazando a mi hermano.

—No importa, yo te llevo —vuelve a proponer.

—Tranquilo, yo lo hago —dice Tavagnoti— encárgate tú de esta princesa —dice abrazando a Mater.

—Yo me imagino que ustedes asumirán las consecuencias cuando mi papá se entere que están juntos —advierte Imanol antes que salgamos— sabes que no le va hacer ninguna gracia esto. Te lo advirtió muchas veces, que con Catalina no.

Tavagnoti cierra la puerta, se vuelve taciturno repentinamente. Imanol le recuerda la conversación que sostuvieron ese día. Vamos en silencio. En el camino,

observo los edificios a través de la ventana. Las luces de los postes de la calle contrastan con los árboles de las aceras. A mi mente viene Eduardo, siento que no lo conozco, que más allá de nuestras clases y estos encuentros sexuales, no conozco casi nada de él. Si es casado, soltero o divorciado; qué edad tiene, cuál es su pasatiempo favorito, qué tipo de música le gusta, si sabe bailar, si le gusta el chocolate, cuál es su comida favorita; son tantas las preguntas que vienen a mi mente. Tavagnoti me mira, la oscuridad de la madrugada nos arropa. Hace frío.

La ciudad está tranquila, silenciosa. Sube por Cumbrés hasta llegar a la casa de mi mamá. Se asusta al ver en el garaje la *Fortuner* negra de mi papá. En la entrada están dos de sus fieles guardaespaldas René y Suárez, ambos saludan con mucha camaradería a Tavagnoti, abrazándolo.

—¿Y eso que estás por aquí? —le pregunta René.

—Vengo a traer a la princesa a su castillo —responde señalándome.

Saludo con la mano y una sonrisa. Recojo mis cosas y bajo de la camioneta. Entramos sigilosamente a la casa, todo está en plácida calma. Me quito los tacones para subir las escaleras, tratamos de no hacer ruido. Abro cuidadosamente la puerta del cuarto de mamá, está tendida en su cama *queen size* abrazada al pecho de mi papá, ambos desarropados, desnudos. Los veo con la linterna del celular. Sonrió.

—Vamos —susurra Tavagnoti tras de mí— vamos a amarnos nosotros también —propone en voz baja. Sonrió.

En la habitación nuestros besos se convierten en esas caricias que tanto me excitan y apasionan. Nos volvemos a desnudar. Por tercera vez en un mismo día hacemos el amor. Tavagnoti ignora las amenazas profesadas por Ítalo. No le importa que la casa esté rodeada de guardaespaldas, que le cuenten que estuvo conmigo, que sospechen todos de esta historia de pasión. Hoy soy suya y él, mío. Sumergida en un profundo éxtasis gimo, gimo con tanta fuerza que vuelve a cubrirme la boca.

—Nos van a descubrir, Catalina —susurra jadeante. Es tan excitante que no puedo frenar. Exploto una y otra vez, con pasión incontrolable. La oscuridad de mi cuarto impide que distinga la sombra que se asoma en la puerta. No me importa que nos descubran. Lo abrazo y araño su espalda. Me besa buscando callar mis gemidos. Estamos sumidos en una vorágine de pasión, como en las últimas tres noches.

—Te amo —susurro a su oído en medio del orgasmo.

—Yo también te amo Catalina —susurra dulcemente. Por un instante quedamos en silencio, viéndonos fijamente, en medio del orgasmo. No hubo besos, ni caricias, solo miradas. Tenuemente posa sus dedos en mis labios. El silencio reina. No hacía falta palabras para entendernos. Se despega, colocándose a mi lado. Maldigo en mi pensamiento una y mil veces al amor. Todo es más fácil cuando solo se siente pasión y frenesí. Aquella noche duermo sobre el pecho de Tavagnoti.

Y otra noche para discutir

Mi mamá entra sigilosamente a la habitación, duermo abrazada a Tavagnoti. Se sorprende de vernos. Despierta a Mario.

—¡Tavagnoti, Tavagnoti! —susurra levemente en su oído. Escucho su voz a lo lejos. Ambos estamos desnudos. Abro los ojos lentamente, al verla me cubro con la sábana.

—¡Qué pena, mamá! —Digo avergonzada. Mario me abraza más fuerte, no se ha despertado aún— Tavagnoti, despiértate, aquí está mi mamá.

Lentamente abre los ojos, al verla de pie, cerca de nosotros, se asusta.

—Katiana, yo puedo... —intenta explicar. Hemos sido descubiertos por segunda vez por ella.

—Ítalo supo por Rene que pasaste la noche aquí y quiere hablar contigo, no metas la pata por favor —suplica.

—¿Está arrecho? —Pregunta inquieto.

—No, pero si ve esto se arrecha. Vamos a llevar la fiesta en paz, vístete y sales conmigo. Y tú —me mira a los ojos— sales después. Luego hablamos —advierte.

Mario se viste rápido. Cada día está más guapo. Y a pesar de la advertencia de mi madre, mis pensamientos están en las confesiones del día anterior. Maldigo una vez más al amor por colocar a mi corazón en el borde de un precipicio, maldigo lo que siento por Tavagnoti. Salgo del cuarto, me asomo por las escaleras.

Mi papá y él conversan complacidos. Ve hacia arriba y me descubre. Sonríe.

—¡Muñeca, baja, acompáñanos! —grita papá. Bajo rápido las escaleras.

—Entonces ¿Tavagnoti vas a cuidarla todos los días?

—Pregunta mi papá.

Me quedo en silencio, estoy un poco adormecida, extasiada. Él también guarda silencio. Mamá nos invita a desayunar.

—¿Cata, vas a comer ahorita? —Pregunta. Afirmo con la cabeza, mientras un bostezo se escapa de mi boca.

—¡Claro que va a comer con su papá! —responde Ítalo. Mientras desayunamos, recibo una llamada de Manuela. Tuqueque y ella han pasado la noche fuera del Passione, me invitan a una salida al cine en parejas.

—Amiga, no me puedes decir que no. Tienes que salir hoy con Tomás —dice Manuela por teléfono. Al escuchar su voz pido permiso para levantarme de la mesa.

—¿Entonces? —Pregunta mi papá ligeramente molesto por la interrupción, detesta que reciba llamadas a la hora de la comida. Corto a Manuela, le digo que apenas termine la llamo, y cuelgo— ¿Qué tal el Passione? —Pregunta mi papá.

—Pues no sé, pregúntale a Tavagnoti —respondo con ligereza.

—Muy bien —responde él escueto.

Mi papá casi no le presta atención a esta respuesta, desea conocer más información de mi boca.

—Me comentó Tavagnoti que hay un muchacho por ahí, un periodista que tiene varios días yendo a ver-

te. Tomás es que se llama ¿no? —dice mientras una irónica sonrisa que se dibuja en sus labios. Miro fijamente a Mario.

—Sí, está pendiente —respondo en voz baja, sin despegar mi mirada de Tavagnoti— pero nada lo suficientemente serio como para presentártelo, papi.

Todos entramos en un incómodo silencio. Tavagnoti y yo en un juego de miradas. Toca mi rodilla por debajo de la mesa, tal como el bolero, acariciándola suavemente. Se lo permito, me gusta sentirlo. Ítalo ve su reloj, son las diez de la mañana.

—¡Uy, es tarde! Me tengo que ir —dice apurado— tengo que arreglar unos papeles del negocio ¿Vas conmigo a la reunión esta tarde, Katiana?

—Claro —responde mi mamá. Tocando la mano derecha de Ítalo.

Mi papá responde besándola. Ella sonríe. Se levantan él la acerca hacia si y se abrazan. Salen tomados de la mano.

—¿Por qué le dijiste a mi papá lo de Tomás? —Increpo a Tavagnoti.

—Porque Imanol te vio con él. Porque es un buen distractor para hacer creer a Ítalo que estás saliendo con otra persona —responde con tono irónico, mientras me sigue acariciando las piernas bajo la mesa. Acerco mis labios a los suyos.

—¿Distractor de qué? —susurro cerca de su boca.

—De esto —responde con otro susurro.

Me besa dulcemente en los labios. Me siento en sus piernas. Coloca sus manos en mi cadera, mientras yo acaricio su cabello. Me electrifica. Me humedezco al

sentirlo endurecerse. Cierro los ojos, comienzo a mover mis caderas. Me gusta lo nuestro así, sin ataduras, sin divulgación; somos nosotros donde sea. Baja su mano y la introduce dentro de mi short, toca con su dedo índice mi clítoris. Muerdo mi labio inferior para no gemir.

—¿Te gusta? —susurra. Afirmo con la cabeza.

Bajo mi mano, acariciando su pecho sobre la ropa, al pasar sobre su pantalón, comienzo a abrir con lentitud el cierre. Suena mi celular, es Manuela. La ignoro mientras continuamos nuestra faena. Nos interrumpe la voz de mi mamá que se acerca. Me levanto rápidamente, él se arregla el pantalón. Entra junto a Patricia, una de las encargadas de la limpieza.

—Ya sabe cuál es el cuidado con las orquídeas de Catalina —instruye.

—Claro, señora. Se hará como cada semana —responde ella, mirándome fijamente. Le guiño un ojo.

—Sabes, Cata, aún conservo en mi casa la Orquídea que me regalaste hace cinco años —dice Tavagnoti disimulando su excitación. Intentando concentrarse.

—Si vienes a mi cuarto, te doy otro regalo —digo con picardía.

—¡Catalina! —riñe mi mamá señalando la presencia de Patricia.

—¿Dije algo malo? Le tengo una agenda electrónica que le compre hace días y me había olvidado entregársela —respondo. Me gusta alborotar. Me retiro hacia mi cuarto seguida por Tavagnoti.

—Cuando vengas hablamos, Mario —dice.

—Seguro, Katy —responde feliz.

—No sé qué voy a hacer con esta niña con esa adolescencia prolongada -riñe mi mamá.

Ya en mi cuarto, Tavagnoti me abraza y me besa apasionadamente.

—Ahora sí, solos tú y yo, dame mi regalo, pues —dice mientras me quita la camisa. Acariciando mis senos.

—¡Tavagnoti! —digo mientras intento zafarme de él. Voy a mi clóset y saco una agenda tipo *Ipad*— Toma, este es tu regalo, para que me pienses cada vez que estés es una reunión de trabajo —lo agarra.

—No has debido gastar tu sueldo en mí, mi niña bonita —dice sorprendido.

—¿Sabes algo? —Digo viéndolo a los ojos— Siento que debo retribuirte todo lo que has hecho por mí en estos años de vida. Te has portado muy bien, Tavagnoti. Eres una persona muy especial en mi vida, no por lo que nos está pasando ahora, sino siempre.

Sin mediar palabras, con el carácter circunspecto que ha tenido desde que nos conocemos, me besa con ternura. Detesto las escenas de amor de las películas románticas donde los protagonistas se confesaban su amor, no me gustan las novelas rosas con finales felices y los poemas de amor. Las rosas rojas me producen ganas de vomitar.

—¿Salimos esta tarde al cine o a comer helados? —Propone visiblemente emocionado.

—Tienes novia, Tavagnoti, invítala a ella —respondo fría. Suena el teléfono. Atiendo, mientras él sale, me dice que hablará con mi mamá. Manuela, insiste en la salida de parejas. La rechazó, quiero adelantar algunos

trabajos de la universidad. Al colgar voy hacía el estudio, donde mi mamá y Mario conversan.

En esta habitación, ella suele encerrarse a cerrar algunos negocios. Luego de la muerte del tío Joao, mamá quedó como la única heredera de las panaderías de su abuelo. En este lugar de la casa se suele reunir con algunos inversionistas y con José Gabriel, el encargado, su mano derecha y mejor amigo.

Gabo está profundamente enamorado de ella. A pesar de ser veinte años mayor y en reiteradas ocasiones haberlo rechazado, Gabriel es perseverante, rosas, chocolates, girasoles, libros, poemas, botellas de vino, pan francés, alemán, mensajes de *WhatsApp* tibios y calientes eran solo una muestra de lo que en cinco años él había regalado en busca de un sí. Respuesta vetada por mi madre.

Tavagnoti y mi mamá se encierran para hablar. Los espío desde la habitación contigua al estudio. Es el lugar empleado por ella cuando quiere tranquilidad con alguno de sus amantes.

—Pero ¿Catalina no sabe que nosotros estuvimos juntos? —Pregunta ella inquieta.

—No, Katiana, Cata no sabe nada ¿Estás loca? Lo nuestro jamás se lo voy a contar. No sabe nada de nuestros encuentros. Ni de lo de Nueva York —responde él.

Aunque la razón me insta que no escuchara más esta conversación, el corazón insistía que continuará allí.

—No quiero que se entere de esos encuentros, jamás —dice enfática. Coloca sus manos en el rostro y con-

tinúa— Me daría mucha vergüenza que sepa.

Recuerdo las veces que, durante mi adolescencia, Tavagnoti dormía en la casa. Imagino en cuántas de esas oportunidades, aprovecharon, mientras yo dormía plácidamente, para revolcarse. Quise salir, pero observo cómo él le toma la mano.

—No te preocupes, Katiana, ella no sabe nada. Es arrecho contarle que tiramos cuando estabas embarazada —dice Tavagnoti.

Siento que me mareo, un susto recorre mi ser. Mi cuerpo comienza a temblar en un torbellino, no tengo ganas de seguir escuchando. Siento cómo la rabia y la tristeza se apoderan de mí. La impotencia de haber caído en las redes de este seductor. Supongo que las pocas veces que ha hecho el amor conmigo pensó en mi mamá. Me produce repulsión haber compartido el mismo hombre.

—Júrame, Mario que nunca le vas a contar nada de esto a mi hija.

—No tengo que jurar nada, la amo tanto que eso nunca se lo contaría. Lo último que quiero es hacerle daño —responde.

Ambos se abrazan. En ellos hay complicidad, una que me duele. Presumo que aún ama a mi mamá. Abandono mi escondite. Quizás llegué tarde a la conversación, pero lo poco que escuché fue suficiente para dejarlo, para no permitir que este juego continúe, para expulsarlo de mi corazón, donde poco a poco, y fuera de nuestras aventuras pasionales, se está instalando cómodamente. Lloro de rabia y asco. Me

reprocho cómo pude ser capaz de acostarme con el mismo hombre que lo hizo mi mamá. Maldigo todo. Cada una de nuestras aventuras me produce repulsión. Vuelve a llamar Manuela, insiste que salgamos, aunque ya Tomás no puede asistir, tiene compromisos de trabajo.

—Voy. No importa si no puede Tomás. Necesito distraerme —digo entre sollozos.

—¿Estás bien, amiga? —Pregunta Manuela al escuchar mi voz entrecortada.

—Tranquila, sólo necesito distraerme.

No comprendo porqué ocultarme eso, lo que levanta suspicacia en mí. Me desnudo y entro a la ducha. Quiero relajarme. ¿Podría ser tan fuerte lo que siento por Mario Tavagnoti que pone mi mundo de cabeza? Se suponía que era solo sexo. Imagino a mi madre y a él haciendo el amor, tocándose, acariciándose. Me atormenta la idea de saber cuántas veces habrá sido suya. Vuelvo a sentirme asquerosa por desearlo, por amarlo. Recuerdo nuestras conversaciones, miradas, borracheras. Sus caricias al acostarme en la cama. Yo fingiendo estar dormida. Son tantos obstáculos para un “nosotros”. Pienso en mi papá, en las veces que lo engañaron. Cierro los ojos, mientras el agua caliente recorre mi cuerpo. Mis ojos se siguen nublando. Acaricio mi cuerpo con el jabón. Han sido cuatro días de emociones fuertes, me siento en una montaña rusa de bajadas estrepitosas. En ese instante, siento las manos de Tavagnoti acariciándome, me arde el calor de la ducha, arde mi corazón y mi alma por lo descubierto.

—¿Y es que no me pensabas invitar a bañarme contigo? —susurra Tavagnoti con tono sensual. Muerde levemente mi oreja.

Estoy de espaldas siento sus manos en mi vientre. Un calor me recorre, volteo, abro los ojos, está desnudo. Me toma por la espalda, atrayéndome hacia él, me besa, intento zafarme sin éxito.

—¡Tavagnoti, suéltame! Estoy apurada, voy a salir con Manuela y los muchachos —digo forcejeando. Salgo del baño. Él está desconcertado. Tomo el primer Jean que consigo en el clóset. Me pongo una camiseta blanca ajustada y escotada.

—¿Por qué me tratas así, Catalina? —dice acercándose a mi.

—Voy a pedirle a Rene que me lleve a buscar la camioneta, necesito volver en mi auto.

—Las órdenes de Ítalo fueron expresas, tú andas conmigo.

—Yo sé cuáles son las órdenes de mi papá. Pero voy a salir con mis amigas y quiero tener la libertad de ir y venir sola.

—Vale. No me quieres responder la pregunta, perfecto. Pero no llames a René, yo iré contigo a buscar la camioneta —refuta con la misma frialdad que lo trato. Lo miro mientras se viste, me seduce dejar todo de lado y entregarme una vez más a sus brazos. Cierro los ojos, trato de no verlo, de no olerlo. De no sentir estas inmensas ganas de correr hacia él y entregarme completamente.

—¿Nos vamos, María Catalina? —Pregunta extrayéndome de mis pensamientos. Estoy tan hundida en

ellos que ni siquiera me he percatado que ya se ha vestido.

—Claro, Mario Tavagnoti —contesto en voz baja.

Salgo de la habitación tras él. Lanzando un portazo que hace temblar la casa. Suelo hacerlos cuando estoy molesta.

—¡Catalina, los portazos! —riñe mi mamá desde la sala. Paso a su lado, ignorándola.

Conoce mi delirio, mi gusto por Tavagnoti, sin embargo, nunca me reveló que estaba junto a él, y no frenó mis impulsos. Se enteró de todo un día que recogiendo mi cuarto descubrió mi diario, donde describía detalladamente todas las caricias que deseaba sentir de él, la forma como que quería que su lengua probara mi clítoris, imaginando cómo me poseería. En la escritura de mis diarios era explícita contando todas las fantasías que pretendía hacer con Mario.

—Catalina ¿Para dónde vas? ¿Catalina? Tú y yo tenemos una conversación pendiente —grita mamá.

—Voy con unos amigos al cine —respondo con tono de fastidio desde la puerta.

—¿Con permiso de quién? —pregunta ella con tono de reproche.

—Con el que me dan los casi veintiún años que tengo. Creo que ya no soy una niña para preguntarte dónde ir y dónde no —respondo altanera.

—Tú muy mujer, pero te comportas como una niña. Y mientras vivas bajo mi techo, te adaptas a mis normas y me dices a dónde vas.

—Al cine, Katiana, al cine y luego voy a trabajar —salgo lanzando otro portazo, sin darle un beso de

despedida como suelo hacer, así estemos molestas. Mi ceguera no me permite entender que el pasado amoroso de mi mamá es parte de su intimidad, así como la de Tavagnoti. Ser la de turno no me da derecho a reclamar nada. Pero estoy molesta.

—Tranquila, Katiana. Vamos a casa de Ítalo a buscar su camioneta. Yo la cuido como siempre— dice Tavagnoti. Se despiden con un beso en la mejilla.

En el auto no digo ni una palabra. Voy revisando mis redes sociales en el celular. Vamos a casa de mi papá en la misma urbanización.

—¿Catalina, me puedes explicar qué diablos te pasa?

—Pregunta Tavagnoti. Guardo silencio, no quiero hablarle. Me río por un vídeo que miro en *Instagram*— Catalina, estoy hablando contigo. —No respondo. Dos cuerdas antes de llegar a nuestro destino, Tavagnoti frena el auto— Muy bien, María Catalina, no me voy a mover hasta que me digas ¿Qué coño te pasa, carajita?

—Vale, no se mueva, que yo me bajo. Conozco el camino perfectamente —salgo del auto y camino lentamente, pues tengo tacones altos. Tavagnoti me sigue.

—No seas infantil, Catalina, súbete a la camioneta.

—¿Infantil porque no caigo en tus chantajes? Ya no tengo quince años.

—Súbete. Si no lo haces por mí, hazlo por los tacones, no te vayas a torcer un pie y eso te impida ir al Passione. Además, si viene alguien a propasarse contigo, voy a tener que caerle a coñazos —grita mientras avanza en el auto al ritmo de mi caminar.

—Te lo voy a decir en venezolano, “ni que fuera la primera vez que te caes a coñazos” —respondo.

—Yo sé que no es la primera vez, ni será la última, pero hoy estoy relajado —dice.

—Bueno. Me voy a subir por los tacones. Tienes razón, si me caigo no podré hacer mi show, además, voy tarde al cine.

Sonríe triunfante cuando me subo al auto. Le gusta dominar.

Esquivo su mirada, entramos al estacionamiento.

—¿Ahora sí me vas a decir qué te pasa, por qué ese cambio tan repentino en tu forma de tratarme?

—Voy a llegar tarde, Tavagnoti —suspiro.

—Dime, mi bonita —dice rozando con las yemas de los dedos mis labios— ¿Por qué esa boquita linda no me quiere besar? —Retiro sus dedos. Me bajo.

—Escuché lo que hablaste con mi mamá, Nueva York, tu casa, mi casa. Solo contéstame algo ¿Yo estaba junto a ustedes mientras tiraban, verdad? Es más, seguro me jurabas amor anoche y luego te fuiste a acostar con ella. Por eso sabía que estabas ahí —digo molesta en voz baja.

Camino hacia mi camioneta, cerca está René. Lo saludo con un beso en la mejilla. Escucho los gritos de Tavagnoti llamándome. René me acompaña, me subo y al encenderla, no arranca. La rabia se apodera de mí, a medida que aumentan los intentos de encenderla— ¡René! ¿Qué le pasó a mi camioneta?

—No lo sé, Catalina —responde con una preocupación fingida— déjame chequearla.

Levanta el capó. Voy tarde. Estoy nerviosa. Llamo a Manuela para decirle la razón de mi retraso. Tavagnoti se acerca a ayudar. Ambos tienen una sonrisa burlona. —Era un cable del Alternador, señorita. Ya está listo —dice René. Quien junto a Tavagnoti solucionan el problema. Mario solía hacerme esta clase de bromas para que yo no saliera.

—Gracias, René —digo bajando el vidrio y acercándome en el auto hasta ellos— ¿Cuánto tiempo tienes trabajando aquí?

—Veintitrés años.

—¿Y no crees que ya es momento de divertirse? —Propongo con tono de picardía—. Ven al Bar de Tavagnoti para que pases un rato agradable. Es más, lo que consumas corre por mi cuenta.

René es uno de los fieles guardaespaldas, desde que mi papá era ministro. En su vida todo era color de rosas hasta que Thalía, su esposa se reencontró con quien fue su novio en la adolescencia, un malandro convertido en policía, el Comisario Duarte, mucho mayor que ella. Había logrado zafarse de esa relación a los dieciocho años, sin embargo aquel día tuvo que ir a la consulta del bebé en la clínica La Arboleda donde estaba Duarte realizándose un chequeo. Ella estaba más linda, y juntos comenzaron un romance, mientras René trabajaba. Amorío que duró poco menos de tres meses, cuando a su conciencia llegó el arrepentimiento.

—Duarte, René es muy bueno, conmigo y con el niño. Él me quiere. Lo mejor será dejarlo hasta aquí —le dijo ella.

Se vieron un par de veces más después de eso. Una noche que mi papá solicitó a Rene un trabajo especial. Duarte se coló con otro hombre en el apartamento y mató a Thalía y al bebé. Cada vez que escuchaba ese cuento el miedo me recorría. A ella le dio veinte puñaladas, a pesar que intentó defenderse. Para el bebé la muerte más agónica, abrió el gas, lo cargó en su Moisés y lo colocó en la cocina y lo encerró. Al llegar a su casa René encontró la escena más espeluznante que jamás hubiese imaginado en sus peores pesadillas. El bebé como dormido y su esposa desangrada. “Te dije que no iba a ser fácil librarte de mí” decía un papel escrito con la sangre de ella. Por toda esta historia papá nunca quiso que me acercara a un policía. Decía que un policía enamorado era más peligroso que cien capos. Al tiempo se descubrió que lo de Thalía se trataba de un crimen pasional. René estuvo en tratamiento psiquiátrico. Más de una vez la idea del suicidio le rondó, y según Tavagnoti, aún ronda en su cabeza.

—No lo sé, Cata —responde un poco avergonzado.

—Tú sabes que yo trabajo ahí como bailarina. Puedo pagar lo que consumas. Tómallo como un regalo por salvarme la vida con esto y muchas veces más.

—Bueno iré —responde dubitativo.

—Te veo esta noche —arranco. Paso por un lado de Tavagnoti subiendo el vidrio.

Camino al San Ignacio, pienso en René, en su tristeza oculta tras esa ruda actitud. A mi mente vuelve la conversación entre mi mamá y Tavagnoti. Mi re-

lación con ella debe estar por encima de él. No me debe importar su pasado y si quizás en el presente tienen algo, tampoco es mi problema.

“¿Vas hoy al Passione?” Escribo a Verónica.

“Tengo miedo, pero sí, claro que voy”.

“Tranquila. Depílate y relájate. Te busco como en tres horas. Tráeme algo sabroso de lo que hagas de almuerzo o de postre. Te quiero amiga”.

“Yo también. Te tengo un pedacito de torta que le hice a los niños”.

Llego al Centro Comercial. Me bajo del auto, no sin antes maquillarme y colocarme los lentes de sol. Subo al piso cinco, donde está el cine. Mis amigas y sus acompañantes ya comen cotufas. Manuela está junto a Tuqueque, quien al verme me desnuda con la mirada, me saluda con un abrazo, siento como sus manos ruedan por mi espalda hasta mi cadera. Sé por dónde viene.

—Estás muy linda —dice Tuqueque mientras acaricia mi cabello— lástima que Tomás no está.

Mater se acerca con unos lentes de sol, su rostro que no está rozagante como de costumbre. La saludo con un abrazo, ella está avergonzada, mi hermano le contó esta mañana lo sucedido la noche anterior. Saludo a David, quien viene de la mano de su novia.

—Amiga ¡Qué vergüenza la forma que me puse ayer! Chama, yo que nunca he consumido esa mierda, no joda. Y ahora, los delate frente a Imanol.

—Tranquila, amiga bella.

Entramos a ver *Me bastó chatear contigo para enamorarme*. Una película romántica, acerca de una chica que se enamora de un politólogo, mayor que ella, con él que chatea sobre todos los temas. La historia se desarrolla dentro de sus casas, porque están en confinamiento por un virus mortal que está en las calles.

Al entrar a la sala, me siento en la esquina. Tuqueque a mi lado, al otro lado Manuela. Ella levanta el reposabrazos y se abrazan románticos. Los espío melancólica. No le presto atención a la película, pienso y como chocolate. Mis acompañantes se besan. Ninguno de los cinco hace caso a la película, al otro lado están Mater y David discutiendo en voz baja las actitudes de ambos el día anterior. Tuqueque y Manuela se separan, él me observa extrañado.

—¿Por qué estás tan pensativa, Catalina? —me pregunta en susurro.

—Problemas del corazón, que la razón no entiende, Tuqueque —respondo en susurro. Él sube ahora el reposabrazos que nos separa, me acaricia el cabello y rueda su mano al final de mi espalda.

—Tranquila, Catalina, todo pasa —continúa acariciándome. Estoy absorta en mis pensamientos. Rueda su mano hasta mi trasero, lo aprieta y con la otra mano acaricia un seno de Manuela.

—Tuqueque, estoy triste pero no soy pendeja ¿Por qué coño me tocas el culo? —reclamo.

—Me provoca —susurra, mientras acerca sus labios a los míos— estás buenísima.

—A Manuela no le va a gustar esto —digo retirando su mano.

—Manuela sabe que me gustas, que te deseo —dice. Aproxima sus labios a los míos y nos damos un beso delicioso. Me separo.

—No seas descarado Tuqueque, Manuela está a tu lado —susurro riñendo.

Acerca a Manuela hacía sí y la besa. Sonríe al verlos. Me encantan las muestras de amor entre parejas.

—Vente, para ti también hay —dice.

Separa sus labios de Manuela. Me toma por el cabello y me besa de forma lasciva. Ella se aproxima a nosotros y nos damos un beso de tres, con caricias simultáneas en nuestros cuerpos a través de las ropas. Me sumerjo, no tengo nada que perder y mucho que ganar; pues a pesar que estaba negada a las triadas de pasión, ésta me mostraba una oportunidad de olvidarme por un instante de todo. La película termina, los tres estamos en una especie de éxtasis absoluto.

Manuela y yo vamos al baño. Allí, solas, nos observamos una a la otra, nos acercamos, contrayendo nuestros senos. Le reitero que no me gustan las mujeres pero que esta experiencia de ambas juntas me excita. Propone un trío con Tuqueque esta noche después de los shows. Me fascina tanto la idea, que soy capaz de pagar por esta experiencia. Ella abre con facilidad la bragueta de mi pantalón e introduce su mano dentro de mi tanga. Suspiro al sentir sus dedos.

—Estás mojadita, eso me encanta —dice Manuela al tocarme. Es más experta que los hombres al acariciarme.

—Manu, ya —digo jadeante al sentir sus dedos— esta noche seré toda tuya —sonríe gustosa.

Me ayuda a limpiarme con toallas húmedas. Se lava las manos y salimos. De otra sala vienen tomados de la mano Tavagnoti e Ivanna, riendo y besándose felices. Los detallo, mis ojos se nublan, estoy a punto de llorar.

—No vale la pena, Cata.

—Manu ¿Sabes que Tavagnoti y mi mamá se acostaron mientras ella estaba embarazada? Hoy me enteré y ahora, yo me estoy muriendo, porque no sé si aún están juntos —Estallo a llorar, ella me abraza para consolarme.

Ivanna nos reconoce a lo lejos. Se aproximan y nos saludan cariñosamente. Simulo felicidad, como dice un bolero, cuando lo que me provoca es llorar. Mario me abraza y me da un beso en la mejilla, siento que el corazón detiene en esos instantes. Sentirlo cerca provoca un huracán que remueve mi cuerpo. Se separa.

—¿Están solas? ¿Qué les parece si comemos pizza?

—propone Tavagnoti.

—No —responde Manuela— por allí están Mater, David y Tuqueque, nosotras solo vinimos al baño.

—Bueno, vamos todos a comer pizza ¿Te parece si vamos a lo de Luciano, Cata?

La pizzería de Luciano era un lugar donde me invitaba todos los viernes a comer pizzas con helados y charlar cuando estudiaba bachillerato. Los viernes eran mis días favoritos. Al principio, la pizzería estaba

cerca de la casa de Tavagnoti. David solía dormir en casa de su mamá los fines de semana, por lo que, Tavagnoti y yo dormíamos juntos en su casa. Años más tarde la pizzería se mudó al San Ignacio. David conoce perfectamente a Luciano, es un gran amigo de su hijo Francesco, quien hacía dos años había migrado a Italia junto a su novia.

Al llegar a la pizzería los recuerdos vienen a mi mente, a pesar que no es el mismo local, está decorado igual. Es como si el tiempo no hubiese pasado y estamos los dos sentados en la mesa del rincón tomando refresco y comiendo pizza con helado. Luciano saluda con cariño a Tavagnoti, lo propio hacen David y Mater, a quien ha invitado varias veces a cenar aquí. Marío le presenta a Ivanna como su novia, y a Manuela y Tuqueque como amigos de David.

—Creo que no tengo que decirte quién es ella —me señala.

—¿Cómo está, señor Luciano? —saludo.

—¡Españolita! ma quanto è grande! E bellissima —dice sorprendido— bueno siempre fue bela.

Sonríó ante los halagos del señor Luciano, me da dos besos en la mejilla para saludarme. Es galante con las mujeres

—Los llamé con el pensamiento, Francesco acaba de regresar de viaje. *Francesco, Francesco Vieni qui!*

Aparece un hombre alto, rubio, de contextura fuerte. Saluda con un apretón de mano y un abrazo a Tavagnoti, ambos hablan en italiano. Vuelve a presentarlos a todos. David y él también se abrazan.

—*Ma se non la riconosci di sicuro, Francesco* —dice Tavagnoti, mientras me toma por la cadera. El hijo de Luciano niega con la cabeza, mirándome con sus ojos esmeralda— *Catalina, ragazza spagnola, mia nipote.*

—*Non può essere!* —Exclama. Nos miramos de arriba abajo, sonreímos, me toma entre sus fuertes brazos— *ma quanto sei bella!* —Sus manos recorren mi espalda cariñosamente.

—Bueno, vamos a sentarnos, este reencuentro merece unas cervezas, trae una ronda, Luciano —dice Tavagnoti interrumpiendo mi abrazo con Francesco. Nos sentamos en la mesa. Ivanna junto a Mario, yo frente a ellos, Francesco junto a mí, al otro lado Mater, a quien también al italiano lñe ha llamado la atención. Con las miradas ella y yo nos entendemos. Tavagnoti pide tres pizzas prosciutto familiar y una ronda de cervezas. Cuando el mesonero llega con las bebidas, brindamos. Luciano se sienta con nosotros. Su hijo posa su brazo en mi hombro, me hace preguntas. Respondo con una sonrisa ante los celos de Tavagnoti, quien cuenta nuestras tardes de viernes en el local de Luciano. Brindan y comen encantados.

—Bueno —levanto la jarra con mi segunda cerveza— quiero proponer un brindis —Francesco y Luciano se han levantado de la mesa a solucionar un problema en la cocina— por el amor —veo fijamente a Tavagnoti— porque el amor siempre reine en cada uno de ustedes, los que aún no saben lo que son —miro a Manuela y a Tuqueque— por los que ya casi van a cumplir un aniversario más juntos y me

invitaron a celebrarlo —veo a Mater y a David— y por supuesto a los que inician este maravilloso camino del amor, porque el pasado no les joda la relación —observo fijamente a Tavagnoti— porque el pasado no interfiera en su presente —después del brindis, me levanto de la mesa. Mater va tras de mí. Me abraza al llegar al baño.

—¿Qué pasó mi princesa hermosa? ¿Por qué esas palabras en la mesa? —Pregunta Mater.

—Nada —digo.

Sin embargo, comienzo a revelarle lo que escuché entre Tavagnoti y mi mamá.

—Mi amor ¿Qué pasa? —Pregunta Mario entrando al baño— ¿No te gustó que te trajera para acá?

Salgo sin responderle, Mater me sigue, Mario quiere ir tras de mí, mi amiga se lo impide. Al llegar a la mesa anuncio que me voy, debo solucionar algunas cosas antes de ir al Passione, les digo. La realidad me abrumó demasiado esta tarde. Me despido de Francesco y Luciano.

Rumbo a casa apago el celular. Al llegar no voy a la casa grande sino al anexo. Un apartamento pequeño pero cómodo, con todo lo necesario. Poco a poco mi mamá fue acomodándolo para cualquier imprevisto que tuviese Santiago. Me recuesto en la cama, creo que es momento de romper el cordón umbilical con mis padres, mudarme sola. Veo la hora en el celular, casi las ocho de la noche. Me levanto de la cama. Voy a buscar a Verónika a toda velocidad hasta El Valle. Me espera desde hace una hora. Al llegar se monta

rápidamente, está muy sexy con un vestido azul corto y sandalias altas doradas, su cabello está naturalmente suelto. La piropeo al subir a la camioneta.

—¡Estás hermosa, amiga! Vas a arrasarlo apenas llegues —digo.

La vía está libre, en diez minutos llegamos al *Passione*. Bajamos del auto. Corro con dificultad por los tacones. En la entrada del local hay varios caballeros. Antes de acercarme me pongo lentes de sol. Trato de pasar desapercibida, para mi amiga es más complicado, le silban y emiten toda clase de piropos. Ambas sonreímos.

Ya dentro Ivanna me riñe por llegar tarde. Le presento a Verónika, como mi futuro remplazo.

—No sabía que te ibas del *Passione* —dice extrañada.

—No me voy, tu marido me botó.

—Tranquila, luego hablamos —dice pensativa y da la bienvenida a Verónika.

Pasamos a mi habitación. Le regaló una lencería nueva a mi amiga, una blanca de encajes adornados con detalles brillantes. Visto solo un *baby doll* rojo con un broche entre mis senos y un tanga del mismo color. Salimos. Me pongo un sobretodo negro. Pregunto a una de las chicas de la barra por Tavagnoti, me indica que está en su oficina. Me quito el sobretodo antes de entrar. Sé que está solo porque veo a Ivanna y a David arreglando todo para la apertura del local. Toco la puerta.

—Pasa —dice sentado en el sofá, sosteniendo un trago de whisky. Se levanta. Observa detalladamente a Verónika— ¿La hija de Manuel?

—Sí —miro a mi amiga— Verónika —los presento, estrechan sus manos. Baja su mirada hacía mis senos. Escanea todo mi cuerpo.

—¿Por qué vienes vestida así a mi oficina? —Se olvida que Verónika está con nosotros, se acerca para darme un beso, lo freno y la señalo.

—Está aquí, Veronika ¡Compórtate! — Susurro.

—Bueno, vienes así, me seduces. Cuando yo termine con... —duda sobre el nombre.

—Verónika ¿Pero eres tu quien hará la prueba? Yo...

—titubeo— solo vine a presentártela, a que la saludaras.

—Claro ¿Ves a alguien más aquí? Yo soy el encargado de las pruebas —responde acercándose más a mí. Sin quitarme la mirada de encima. Me alejo.

—Pero tú a mí no me la hiciste, pensé que dejarías que la hiciera David —expreso desilusionada.

—Verónika ¿No? Nena puedes salir un momento que necesito hablar una cosa con Catalina —pide Mario. Mi amiga me mira buscando un gesto de aprobación, desconcertada, asiento con la cabeza. Tavagnoti me toma por la cadera.

—Sabes cuál es la función de cada uno en este local —dice— tienes casi seis meses trabajando aquí. A cada una de las muchachas, las que están y las que se han ido les hice la prueba para ingresar, no entiendo porqué con tu amiga va a ser distinto —asegura mientras me abraza e intenta besar.

—Conmigo fue distinto —reprocho fría intentando zafarme de su abrazo.

—Contigo todo es distinto, Catalina. Por tí no de-

bía sentir algo más de lo que siente un tío por su sobrina, debía verte como parte de mi familia —me besa con ternura. Aunque al principio me resisto termino, como de costumbre, desistiendo. Se separa— ¿Puedes entender que te amo? Que no sé desde hace cuánto me está pasando esto contigo.

—¿Y mi mamá, Tavagnoti? ¿Por mi mamá sientes lo mismo? —Pregunto con lágrimas en los ojos.

—Yo te dije que Katiana es parte de un pasado que dejé atrás cuando se fue a España ¿Me crees? —Pregunta volviendo a aproximarse. Pero justo cuando le iba a contestar entra Ivanna, nos separemos rápidamente.

—¿Qué coño haces tú aquí con esa ropa? —Grita Ivanna.

—Mi amor, Catalina vino a presentarme a la muchacha nueva —explica Mario intentando tranquilizarla.

—Yo no veo a más nadie, solo a ustedes abrazados —grita Ivanna con más fuerza. En ese instante entra Verónika.

—¿Puedo?

—Claro, Bonita —responde Tavagnoti.

Salgo de la oficina buscando el sobretodo antes de correr hacía mi habitación. Ivanna sale tras de mí. Al llegar, me recrimino por haber sucumbido ante los besos de Mario. Estoy nerviosa, triste y confundida. Desde esta mañana no coordino bien mis actos ni mis pensamientos. Vuelvo a maquillarme frente al espejo.

El Passione abre sus puertas y muchos caballeros llenan las mesas. Toca mi puerta, al abrir veo a Manuela. Me recuerda el trato que hicimos en el baño. Son-

río, es imposible olvidarlo. Tras ella, Cleotilde trae un vestido blanco de chiffón.

—Se lo envía el jefe Tavagnoti, que lo use para el show de esta noche. Ya él entregó la canción —Estoy sorprendida por esta ropa— me pidió que lo tomara como una orden expresa de su jefe.

Sabía que se trataba de un chantaje. Miro el vestido, es realmente hermoso, con bellos detalles alrededor del seno. A juego con un tanga blanco.

—Gracias, Cleo —digo.

Si Tavagnoti quiere decidir lo que yo bailaré en mi penúltima noche, perfecto, que lo haga. Al final, éste es su negocio y él manda. Me cambio. La idea de lo que está pasando en su oficina, entre él y Verónika me atormenta.

Salgo con el vestido y unos tacones blancos. He secado varias veces mis lágrimas. Basta de llorar. Afuera se escucha la voz de J Balvin cantando *Otra vez*, es noche de música neo, una ridiculez que había inventado Ivanna. Mi traje desentonaba con el resto de las chicas que estaban en lencería de cuero. Paso cerca de la oficina. Me detengo en la puerta. Escucho a Verónika gemir levemente y a él susurrar cosas que no logro descifrar. Mi mundo se viene abajo, sin embargo, me quedó unos minutos torturándome.

Vuelvo a pasar cerca del escenario, está Manuela danzando al ritmo de *Anoche soñé contigo*, de cuando en cuando guiña un ojo a Tuqueque. Quien la ve fascinado desde una de las mesas. A mi lado está Mater estirando su cuerpo, viste un corsé de encajes negros,

un tanga de la misma tela con y tacones dorados. Me saluda con la mano, hago lo mismo.

—¡Cata, cuñada! —grita. Me hace señas para que me acerque— ¿Estás bien?

Afirmo con la cabeza. Suena *Intuition*, Mater sale como en una especie de pasarela, atrayendo las miradas, se escuchan silbidos cuando se monta en el caño y realiza movimientos en él. Los hombres la vitorean. Definitivamente es la mejor del lugar. Desde un rincón puedo distinguir a René. Me acerco a la barra por detrás, quiero regalarle una botella de whisky. Observa fijamente cada uno de los movimientos de cadera de mi amiga. Pienso que también sería un excelente regalo, una noche de pasión con esta mujer. Escribo una nota y la envío junto con la botella. Me busca a su alrededor, al no verme se sirve un trago y continúa disfrutando del show. Mi amiga termina completamente desnuda en el escenario. Una sonrisa ilumina su rostro. Verónika se acerca a mí.

—¿Qué pasó con la prueba? —pregunto.

—Todo salió perfecto. Mejor de lo que podía esperar —responde.

—Voy a salir a mi show, pero ¿Estás dentro? —Pregunto.

—Totalmente dentro, Tavagnoti me dijo que comenzara hoy mismo —responde con una sonrisa fingida —pero me gustaría hablar contigo.

—¿Te arrepentiste ya? —La increpo.

—No, es sobre otra cosa —responde pensativa.

—¡Catalina, ya es tu turno! —Grita Mater interrumpiendo. Intento salir corriendo, pero ella me detiene,

como costumbre, me besa con pasión como parte de nuestra cábala de buena suerte.

Al entrar suena una música instrumental, era una de las canciones favoritas de Tavagnoti quien está como cada noche de pie frente al escenario, viéndome fijamente. Es *Thinking Out Loud*. Observo panorámicamente a los presentes, evitando su mirada penetrante. Sonrío al observar a Rene. Desde mi visual me percató que ni Eduardo, ni Tomás han venido. Comienzo a realizar acrobacias en el caño. Los hombres me vito-rean. Tavagnoti y yo cruzamos miradas. Sonríe triunfante. Ed Sheeran interpreta *Take me into your loving arms, kiss me under the light of the thousand stars, place your head on my beating heart*. Abro mi sujetador, cae todo mi vestido de chiffon blanco y mis senos están al aire libre. Escucho más gritos de satisfacción. Vuelvo a jugar con el caño. Hago mil piruetas para no verlo. Se acerca al escenario, justo cuando estoy en la punta realizando movimientos de cadera. Dobla un billete de cien euros y lo coloca en mi tanga. Rozar su mano sobre mi piel, me erizó. Lo miro con picardía, bajo y me poso en las piernas de Tuqueque, quien toma un billete de cincuenta dólares y lo mete en la parte delantera de mi tanga, tocando levemente mi intimidad con sus dedos.

—Esta noche las quiero en mi cama —susurra.

Guiño un ojo en señal de aprobación, ya la canción está por terminar. Muchos hombres han lanzado dólares al escenario, así que decido brindar mi esplendor, quito mi tanga con unos broches que tiene a los

lados. Todos aplauden. Tavagnoti se molesta por mi osadía. Me retiro del escenario seguida por aplausos y por la inquietante mirada de uno de los hombres que está llegando al Passione, uno que a lo lejos me parece conocido. Ingreso del escenario. Verónika está absorta de ver mi show.

—Amiga, debes darme un curso de esa seguridad en escena.

—Esa la vas adquiriendo con el tiempo —sonríó— pero ahora mismo no podemos hablar, tengo un cliente. Busca a un cliente que te guste y lo revuelcas. Me despedí prometiéndole hablar al final de la noche. Tavagnoti le había asignado ya una habitación.

Entro al cuarto de Manuela, solo llevo el sobretodo. No podía perder más tiempo. Adentro soy recibida por ella completamente desnuda. Siempre me ha parecido muy sexy. Desabrocha uno a uno los botones de mi abrigo. Me desnuda con una delicadeza que jamás había sentido. Con la yema de sus dedos dibuja mis senos. Se acerca y me besa apasionadamente. Se nos aproxima Tuqueque, totalmente desnudo y excitado toma con sus manos nuestros traseros, los acaricia levemente. Ambas lo tumbamos en la cama, y con nuestros labios acariciamos su pecho. Sigo lo que hace Manuela. Nos encontramos frente a su duro miembro, es una piedra deliciosa. Entre las dos lo besamos, él gime ante la excitación que le producen las caricias de nuestros labios. Alternamos esta práctica con besos entre nosotras. Tuqueque se sienta y me toma ligeramente por las muñecas, me acuesta. Manuela abre mis

piernas, ante ella se presenta mi flor más húmeda que nunca. Toca con su dedo índice mi clítoris, mientras él besa mis senos. Gimo de placer. Luego juega con la punta de su lengua, lo lame, me muevo en forma circular. No aguanto y exploto en su boca.

—Eres deliciosa -susurra ella, limpiando sus labios. Tuqueque se levanta.

Aprovecha la postura de Manuela para embestirla, tomándola por la cadera, mientras ella no deja de besar mi vagina y regalarme deliciosos orgasmos. Agarro delicadamente su cabeza y la separo de mí.

—Ahora yo te quiero probar, Manuela, nunca he probado un coño y me voy a inaugurar con el tuyo —se acuesta a mi lado, me coloco a gatas frente a su flor. Tuqueque ahora posee mi húmeda intimidad, me derramo sobre él del placer que me produce probar por primera vez una vagina ¡y qué vagina! Dulce, bella, rosada, depilada. Y ser embestida por un miembro grande y duro como el de Tuqueque. Tardo poco en acabar de nuevo, al igual que Manuela. Él me da unas nalgadas. Es la primera vez que siento todo el esplendor de jugos vaginales en mi boca y me encanta. Me encanta tanto que me aterra la idea de enviciarme con ellos. Me levanto.

—Quiero hacer algo que he visto en películas y me genera curiosidad —digo entre gemidos.

Me subo a la cama y encajo mi vagina a la de Manuela. Nuestros clítoris rozan una y otra vez, disfrutamos, nos venimos. Tuqueque retira el preservativo. Coloca su miembro en la boca de Manuela, que nos brinda

placer a ambos. Nos venimos otra vez en un fuerte orgasmo. Uno que nos hace gemir a los tres. Los veo. Ambos se besan. Están felices de haber cumplido una fantasía. Me levanto, voy al baño a lavarme, la noche es joven y quizás aún hayan clientes que complacer. Salgo con sigilo, mientras ellos comienzan otra tanda de placer. No quiero interrumpirlos. Afuera me encuentro con Tavagnoti, David e Ivanna.

—Menos mal que te veo, Mario, yo quiero regalarle a René una noche con Mater. Claro si a David no le importa.

—No importa, tranquila. Su trabajo es brindar placer —responde sonriendo.

—Bueno, ya te voy a pagar eso. Espero que María Teresa no esté ocupada. Voy a buscar el dinero.

—Ya lo vas a buscar. Quiero saber ¿Quién carajo te dio permiso para hacer un trío con Manuela y su cliente? Niña, nos haces perder dinero, los tríos se cobran caros, coño. Había un cliente, se fue —ríñe Ivanna. La miro asombrada cuando intento explicar, continúa la catarata de regaños— ahora quieres hacernos perder más dinero con el amiguito de tu hermano, por Dios ¿Coño, es que no entiendes?

—¡Basta, Ivanna! No grites —susurra molesto— aquí quien tiene que decir algo a Cata soy yo.

Me retiro, saco de mi ganancia quinientos dólares, trescientos para pagar el regalo para René y doscientos para reparar mi travesura con Manuela. Me cambio de ropa a un conjunto de cuero rojo, pinto mi boca y calzo unos tacones del mismo color. Al tiempo que salgo de mi habitación. Tavagnoti se acerca.

—Tenemos que hablar —dice con cara de preocupación.

—¿Qué pasó? —pregunto, mientras le entrego el dinero, toma con fuerza mi mano. Me estremezco.

—Hay un cliente, Cata —dice sin soltar mi mano— es el jefe del Comando Operacional de la Fuerza Armada, por eso hay tantos guardaespaldas alrededor del Passione. El Almirante Benavides ¿Te suena?

—No. Benavides no me suena —miento.

—Pues es él y quiere que le hagas un show privado —dice Tavagnoti— está dispuesto a pagar mil dólares, seguro quiere algo más. Tienes prohibido acostarte con él —afirmo con la cabeza, de todos modos llevo un preservativo dentro de mi tanga.

—Allí está —dice Tavagnoti. Me asomo al reservado, observo a un hombre fornido, vestido de negro. Cómodamente sentado en el sillón— ¿Lo reconoces? A pesar de la oscuridad del lugar, alumbrado por pequeñas luces rojas reconozco que es uno de los amigos de mi papá. Lo había visto en un par de fiestas.

—Recuerda que no te vas a acostar con él —advierte Tavagnoti.

Entro al reservado, coloco en el equipo de sonido *Otra vez*. Comienzo a bailar acercándome poco a poco a él, veo fijamente sus ojos color oliva. Mientras muevo mi cadera al son del reggaetón y juego con mi cabello. Me hace señas que me acerque más. Llego hasta él, me volteo, siento sobre sus piernas y me muevo en forma circular, toca mi vulva por encima del tanga. Volteo, abro las piernas. Continúo los

vaivenes al ritmo de la música. Tomo el broche del sostén y lo abro, frente a sus ojos mis senos se brindan en libertad. Arqueo mi espalda intentando despegar mi pecho de él y mover mi abdomen como una culebra. Me levanto. Voy hacía el caño, hago un par de piruetas. Tomo los broches laterales de mi tanga, juego entre abrirlos y cerrarlos. Benavides agarra su miembro, está excitado. Vuelvo a acercarme jugando con mi tanga. Lo suelto, al caer lo toma y huele.

—Divino, Cata —dice gustoso.

Cubro sus labios con la yema de mis dedos. Los besa delicadamente. Vuelvo a mover las caderas sobre él. Su pene está excitado a través del pantalón. Toma mi trasero, lo aprieta. Me siento de nuevo en sus piernas, estoy húmeda. Agarra mi cadera e intenta llevarme el ritmo. Nos damos un par de besos. Aparta mi cabello con sus dedos y besa mi cuello. Con su otra mano me pellizca levemente un pezón. Suspiro.

—¿Quiere acostarse conmigo, Almirante? —susurro con tono dulce a su oído.

—Sí —responde jadeante.

—Pero tengo prohibido hacerlo — digo, mientras abro uno a uno los botones de su camisa y acaricio su pecho— porque usted es muy chismoso. Entonces, le ofrezco un trato, Benavides.

—Lo que tú quieras, Catalina Villafañe —dice encendido por la excitación.

—Yo —conduzco su mano hacía mi parte íntima. Roza su dedo en mi clítoris. Vuelvo a suspirar— voy a ser completamente tuya, si tú —toco sus labios con

mis dedos— no le dices nada a mi papá. No divulgas que te acostaste con la hija del respetable General Villafañe. Porque sino, la hija de Villafañe armará un escándalo. Mira Benavides —digo acariciando su pecho— yo tengo impresos los chat que tú me enviabas cuando tenía quince años ¿Recuerdas? —lo beso en el cuello y susurro a su oído con tono sensual. En su rostro se dibuja una sonrisa perversa — a mi no se me olvida la forma cómo usted me acarició en la cena que celebrábamos el cumpleaños de mi hermano ¿Te gustan las carajitas, cierto?

—Me encantas, Catalina —responde él absorto por mi danza.

—Tú a mí también. Pero ¿Tenemos un trato, Benavides?

—Lo tenemos —dice viéndome con picardía— Yo lo que quiero es cogerte desde hace años, Catalina. Dime, ¿Cuánto más debo darle a Tavagnoti? Toma —saca quinientos dólares de su cartera y me los entrega. Se los devuelvo.

—Yo solo quiero tu silencio con lo que suceda esta noche.

—Lo tienes, Catalina.

Nos besamos como animales, termino de arrancarle la camisa. Se desabotona el pantalón. Está desesperado. Saca su miembro del interior. Lo agarro fuerte, juego con él, lo masturbo. Acaricia mis senos, roza su lengua en forma circular sobre mis pezones. Me encanta cómo lo hace. Me acuesta en el mueble. Disfruto de los besos por todo mi cuerpo. Mientras con sus dedos

acaricia mi vulva, suavemente los introduce uno a uno. Me humedezco cada vez más. La excitación me absorbe. Coloca su pene en mi boca. Lo beso como quien besa apasionadamente unos labios deseados.

—Divino, Cata, sigue así —dice gimiendo.

Me levanto a buscar el preservativo. Se lo coloco con la boca. Subo a sus piernas y cabalgo cual potra salvaje. Sus ojos muestran el disfrute.

—Coño, te deseo tanto —me carga— Te quiero someter, Catalina —propone en medio de su éxtasis.

Me baja, voltea y a gatas me embiste por detrás. Con su mano sujeta mi cabello, lo hala con fuerza. Aunque me duele un poco la forma en la que me penetra, disfruto ese dolor. Retira el preservativo de su miembro y acaba como una fuente sobre mí. Doy la vuelta y lo observó. Se levanta con dificultad, toma su ropa y se viste. Me toma por la cadera mientras recojo la mía.

—Gracias, Catalina no te imaginas cuanto deseaba esto.

—Y yo, Benavides —digo mientras frota su pene con mi trasero

—Me gustas Catalina Villafañe. Te deseo desde carajita. Pero superaste mis expectativas —al decir esto último toma mi vulva con sus manos y la aprieta fuerte. Muerdo mi labio inferior al sentirlo.

Salimos del reservado. No hay ningún testigo. Al despedirnos coloca otros dólares en mi sujetador y se va. Regreso a mi cuarto para asearme. Todo está en orden. Guardo el dinero y me desnudo pensando en lo que acaba de suceder. En toda la pasión contenida por este hombre. Recuerdo sus caricias deliciosas. Es

tan rudo al poseerme que me encanta. Tengo ganas de más. “Necesito otro cliente” pienso. Luego Vero viene a mi mente, con todo esto del show privado a Benavides se me olvidó.

Me pongo una falda muy corta, una blusa sin mangas con un escote pronunciado y salgo en busca de otro cliente. En la barra está Manuela tomando complacida, charla con otro cliente, Tuqueque se ha ido. Al otro lado Mater disfruta por segunda noche consecutiva de la compañía de mi hermano. Ambos ríen, mientras conversan y toman whisky.

Me fijo que dentro del grupo de chicas que están a la “caza” de clientes no está Verónika, le pregunto a Tamara, una mesonera, me comenta que la vio por ahí, supone que está en su habitación. Cleo escucha mi pregunta y responde haberla visto con “un amigo del señor Tavagnoti”. Imagino que se trata de René. Al entrar al pasillo de la habitación asignada a mi amiga veo a Francesco. Su mirada color cielo me devora poco a poco, viene sonriendo complacido.

—Españolita. No sabía que trabajabas aquí —dice sorprendido. En su poco castellano.

—Sí, sono una signora compiacente — afirmo pícaramente.

Ambos soltamos una carcajada. Vuelve a echarme un vistazo.

—Se avessi saputo che avrei richiesto i tuoi servizi di compiacimento -respondo, mientras lo desvisto con la mirada. Es atlético y caballeroso. Toma mi mano para despedirse y la besa. Sonríe. Lo sujeto por la es-

palda, lo acerco hacía mí y lo beso devorándolo.

—Da quando ti ho visto in pizzeria volevo farlo, se vuoi, posso accontentarti adesso?

—Mi piacerebbe ma non posso. È già tardi e devo lavorare presto. Ma se vengo domani sera di sicuro —afirmo con la cabeza. Lo tomo otra vez y nos fundimos en otro apasionado beso y sonreímos.

Me voy complacida a comentar con Vero su primera experiencia dentro del Passione. Camino a la habitación de mi amiga, me encuentro con Mario. Me mira como si quisiera matarme, yo también lo fulmino con la mirada. —¿Tienes algún cliente? —Pregunta con tono desafiante.

—Si no lo sabes tú —respondo.

Está molesto y yo también. Me derrito al verlo así, deja al descubierto todo el esplendor de su *sexappeal*. Sus ojos se tornan con un verde claro y sus labios son rojo intenso. La rudeza de sus expresiones hace que quiera que me coja en ese instante.

—David —voltea a hablar con él, quien ha llegado de imprevisto— si viene algún cliente preguntando por Cata, que lo atienda la nueva. —Me mira a los ojos— Nosotros tenemos que hablar, y que nadie nos interrumpa. Nadie. Ni siquiera una llamada de Ítalo, de Ivanna o de Katiana. David sale. Nos vamos a su oficina, cierra la puerta.

—¿Catalina, qué te dije respecto a Benavides? —Pregunta.

—Que no me acostara con él —dije.

—¿Y qué coño hiciste, carajita? —Pregunta alterado.

—Follármelo —respondo con desfachatez.

—Detesto que me desobedezcan, María Catalina Villafañe. Y lo sabes —grita— Te lo advertí. Tú no entiendes, niña, que por tu inmaduro proceder me pones en riesgo —se acerca a mi oído, molesto, me toma por el cuello. Siento que me ahorca— entiendes lo que te digo, coño, carajita —me suelta brusco. Se separa— Ítalo me va a matar si se entera de esto. Coño, me lo advirtió ayer. Han sido seis meses de sobresaltos, de simular, de extorsiones para no revelar quién eres, para que tú la cagues ahora.

—Yo no la cagué, Mario Tavagnoti. Era una deuda que teníamos del pasado. Entiéndelo. Hay cosas de mi vida que tú no conoces —reprocho.

—Cosas ¿Cómo qué, niña? —se acerca a la mesa donde está el remanente su botella de Buckhanam, sirve un trago seco, lo toma fondo blanco. Cuando está angustiado por algún problema del negocio hace esto— ni siquiera lo reconociste ¿Qué cuentas puedes tener del pasado con él? ¿Crees que esto es por celos? Niña, te conozco desde antes que nacieras y no hay nada de ti. Ninguna parte de ese cuerpo y de esa mente que yo no conozca.

—Claro que me conoces desde que nací, —reprocho— no eres el amante de mi mamá.

—No lo soy, Cata —aproxima sus labios a los míos— soy tu amante —me atrae hacia sí. Acaricia el centro de mi espalda— eres mi mujer, y cuando yo te diga no te acuestes con alguien. Debes obedecerme —dice cerca, tanto que siento su aliento. Tiemblo, simulo frialdad. Se separa— ¿Qué cuenta pendiente tienes tú con el desgraciado ese?

—Una del pasado ¿Por qué? ¿Te interesa mucho?

—A mí me interesa todo de tí, Catalina — responde acercando sus labios a los míos.

—El Almirante Benavides y yo tuvimos algo cuando nosotras recién llegamos de España. Todo comenzó en la fiesta de Imanol —escucha atentamente— ese día solo me veía. Pero tú no te percataste, porque estabas pendiente de ir a cogerte a mi mamá. Sin embargo, él me veía con una penetrante mirada, me vigilaba, hasta que me cachó sola en uno de los pasillos, me hizo unas preguntas tontas de la casa y me aduló. —Ese día estabas muy bella, como siempre.

—Comenzó a halagarme. Lo que esperaba que me dijeras tú, lo hizo él y se acercó, pero por más que me resistí, logró besarme. Intercambiamos números telefónicos. —Narro con una lasciva sonrisa en mis labios— Para hacerte el cuento corto nuestros chateos calientes donde describía cómo me iba a coger, los pasé de mi celular a la computadora y los imprimí. Más de una vez en casa de mi papá me tocaba los senos, el coño, las piernas —Tengo la mirada perdida, muerdo mis labios recordando los toqueteos de Benavides. Cierra el puño a medida que cuento— Cuando iba a visitar a papá, me pedía que me sentara en sus piernas con su polla afuera y que bajaría mis pantalones, rozaba su polla contra mi culo. Me encantaban estas caricias de Benavides —golpea la mesa tres veces.

—Ese mal nacido, lo voy a matar ¡Nojoda! Es un desgraciado. Tú eras una niña.

—Una que deseaba que esas caricias vinieran de tu parte —reprocho— soñaba todos los días que tu lo hicieras. Quería cuando dormíamos juntos en tu casa que me cogieras.

—¡No, coño! —Grita— Tú eras una bebé y ahora lo premiaste por violarte —dice con tono irónico— ¡No joda! Lo que no logró en ese momento, se lo diste hoy. Sabe cómo es Ítalo contigo. No he debido permitir que tú le hicieras un show a ese maldito.

— Si él es un maldito ¿Qué eres tú?

—Yo esperé a que crecieras, a estar seguro. Me arriesgo cada vez que estoy contigo, pero me encanta. Pero ese malparido, lo que te hizo —grita— tú eras una princesa que a esa edad merecías flores, amor, cariño. No que te intentaran coger.

—No me cogió. Sólo me tocó. Tenía quince y luego dieciséis, Tavagnoti —digo con desfachatez.

—¿Lo deseabas?

—No tanto como a tí, pero sí. Era nuestra cuenta pendiente. Él no contará nada, déjame actuar a mí. Yo tengo pruebas para que se refunda en una cárcel por pedófilo.

—Soy un pajúo porque no me percate para haberlo matado al momento —dice con crueldad. Su mirada está inundada por el fuego de la ira— pero yo lo mato, tarde o temprano lo mato —amenaza.

—Tú no vas a matar a nadie. Él no va a abrir su boca, sabe que está amenazado. Soy hija de Villafañe, y heredé sus mañas. Era una espinita.

David abre repentinamente la puerta de la oficina. Tavagnoti le grita. Nos informa que ha llegado un

cliente que no quiere acostarse con la nueva, ha puesto como condición acostarse solo conmigo. Mario se niega, no quiere cortar la conversación.

—Es el viejo —dice David.

—Que se acueste con la nueva y sino que se largue —grita Mario.

Miro a Tavagnoti, ha encontrado la excusa perfecta para alejarme de Eduardo. Sin embargo, lo interrumpo para proponerle que lo atiendo y luego continuamos la conversación. Necesito un respiro. Nunca lo había visto tan molesto, y me asusta ser, por primera vez, la causa de su ira.

—Vas y vienes. Tienes media hora para atender a ese viejo —grita— ¡Y qué pague completo!

Corro a encontrarme con Eduardo. Sonríe al verme. Me toma entre sus brazos, me acurruco en su pecho. Siento ternura entre ambos.

—No me quiero acostar con otra —dice mientras besa mi frente.

Lo abrazo con fuerza. Mi corazón late rápido. Está bien lograr las cosas con astucia; pero esto de matar a sangre fría me aterra. Me toma de la mano, vamos a mi habitación. Dentro lo beso con pasión absoluta.

—Tengo todo el día deseando este momento —asegura. Arranco su ropa con brusquedad. Él hace lo mismo con la mía. Sin dejar de besarnos. Baja sus labios hacia mi cuello. Lo muerde levemente. Disfruto. Besa mi pecho, mi abdomen.

—Eduardo —digo con dificultad por la excitación— déjame buscar el preservativo —arrodillada, lo colo-

co en su pene con mis labios. Me toma por la barbilla. Me acuesto en la cama— ¿Quieres jugar un poco? Tomo un pañuelo de la gaveta de mi mesa de noche, que tengo reservado para él, cubro sus ojos. Beso cada parte de su cuerpo, desde las cejas hasta los pies. Gime. Está completamente excitado. Me coloco sobre él, cual amazona montando su semental. Cabalgo en la llanura de nuestra excitación, me toma por la cadera fuerte para no separarme de él. Fricciono una y otra vez su miembro con todo mi ser.

—Lo haces tan divino, Catalina— dice jadeante.

Lo miro con picardía. Me recuesto sobre su pecho y continuamos nuestro vaivén. Nos venimos en una fuente de fluidos separados por el preservativo. Me levanto. Descubre sus ojos. Lo detallo desnudo. En silencio sonrío. Intercambiamos suspiros. Me acuesto a su lado, me llama con la mirada, me besa con dulzura en la frente. Acaricia mi espalda de arriba abajo.

—¡Catalina! —escucho los gritos de Tavagnoti.

—Me tengo que ir —digo con tono de resignación.

—¿El proxeneta? —Pregunta resignado. Afirmo con la cabeza— Te juro que es lo único que no me gusta de estar contigo, que él controla cuándo comienza y cuándo termina.

Entramos a la ducha, besándonos apasionadamente. Vuelve a excitarse.

Salimos del baño. Me acuesta en la cama, me posee nuevamente. No sin antes volverle a colocar un condón. No me permitía dejar de cuidarme con algún cliente. Al terminar, me aseo de nuevo y me visto.

Nos despedimos con un amoroso beso. Salimos. Llego a la oficina de Tavagnoti. Sigue tomando whisky, viendo hacía el horizonte.

—Aquí estoy —digo suavemente.

—¿Es cierto que querías mis caricias cuando eras adolescente?

—Claro ¿Nunca te diste cuenta? Buscaba un roce de tu piel, tu pecho contra el mío —digo con tono sensual.

—Sí, me percaté, me asusté. Desde chiquita me intimidan esos ojitos verdes.

—Son herencia de Katiana, por eso te gustan —digo. Me mira en silencio, no quiere discutir— pensé que sería David quien haría la prueba de Verónika.

—Soy el jefe.

—No lo fuiste durante mi entrada.

—¿Quieres que hablemos de nosotros? Perfecto, Carajita —se toma el trago de whisky fondo blanco— Te deseo desde que tienes quince años. De bolas que sentía tus caricias y tus abrazos. El día de la prueba, no te la hice, porque me daba pánico, no joda, que me gustase tanto como ahora. Luego, estaba tu mirada, tus abrazos, tu cariño. Estabas tú tan adelantada para tu edad, hablando de temas de adultos. Me tienes loco, Catalina. Pero Ítalo siempre me martiriza asomando la posibilidad de matarme si me acuesto contigo, y ahora te prostituyo. Ítalo sabe lo que siento por tí, me lo ha dicho, me conoce.

—¿Y mi mamá? —pregunto, poniendo en duda su confesión.

—Lo de tu mamá es otro tema —dice con tono de fastidio. Da un golpe a la mesa— son tantas las malditas cosas que nos separan, Catalina ¿Puedes entender que no es fácil?

— Y tú qué crees, Mario —me sirvo un trago de whisky— que para mí es fácil amarte.

—Catalina, cada día que estoy cerca de ti es una sentencia de muerte.

—Entonces —tomo el trago— dejémoslo hasta aquí. Mañana termino de trabajar en el Passione y seremos solo familia. Tú haces vida con tu mujer y yo por ahí.

—Tú eres mi mujer, Catalina. A mí no me importa que todos lo sepan, a mi me importa tenerte. Estar contigo —grita con furia.

—¿Así como estamos?

—No, estando siempre contigo. Olvida a Katiana, a Ivanna, olvídalas a todas. Solo tú y yo. Estoy dispuesto a olvidar tus clientes, nuestro pasado. Las amenazas de tu papá ¿Qué dices?

Guardo silencio unos instantes. Salgo llorando de la oficina. Voy a mi cuarto para buscar las cosas me topo con Verónika, también está lista para irse. Acuerdo llevarla hasta su casa. No me importa la madrugada, su soledad, la inseguridad. Tavagnoti viene tras de mí con sus ojos enrojecidos. Ofrece acompañarme, por lo menos a llevar a mi amiga a su casa. Acepto.

Los tres vamos en mi camioneta, en silencio, serios. Vero se duerme en el asiento trasero, Mario conduce sin despegar los ojos de la vía, veo la calle, las luces de la autopista. Saco un chocolate de la cartera, tomo

un trozo y le ofrezco sin hablar. Lo acepta. Llegamos a casa de Verónika. Se baja del auto. Al despedirse me dice que tenemos que hablar urgente y a solas. La invito a venir al día siguiente a mi casa, antes de ir al Passione..

Seguimos camino a casa de mi mamá sin hablar, sin abrazarnos. Ignorándonos. Al llegar, está David esperándolo en su camioneta. Me despido agradeciendo haberme traído a casa. Hago una seña para decirle adiós a mi primo y entro. Al entrar a mi cuarto rompo a llorar.

Una noche para perdonar

Despierto sin ánimos, con los ojos rojos e hinchados. El otro lado de mi cama está vacío. Han sido cuatro noches intensas junto a Mario. Voy al baño. Estoy destruida. Pienso en él. Tomo una ducha. Mis ojos siguen apagados.

—Catalina ¿Puedo entrar?

—Claro, mamá, ya estás dentro —digo con voz de cansancio. Me siento muy triste para pelear— ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?

—Hablar, mi niña.

—No estoy de ánimo para pelear. Quiero disculparme contigo por mi actitud de ayer —digo saliendo de la ducha y envolviéndome en una toalla.

—Por aquí estuvo Tavagnoti. Dejó esto —me entrega una caja de bombones italianos— y me contó todo ¡Ay, Catalina! Quiero que aclaremos lo que escuchaste ayer —Me pide que conozca su versión, que no me vaya de bruces a juzgarlos. Acepto— Catalina —se sienta en la cama, me vuelvo a acostar, colocando mi cabeza entre sus piernas. Acaricia mi cabello— yo quiero contarte, así como un día te narré mi historia de amor con tu papá, mi historia con Tavagnoti. Quiero que sepas lo qué estábamos hablando, pues llegaste tarde a nuestra conversación y malinterpretaste todo.

—Mamá basta —digo con tono cortante.

—No, basta no, yo quiero contarte —toca mi sien— yo quiero que esa cabecita deje de pensar cosas que

no son. Conocí a Tavagnoti el mismo día que vi a tu papá. Estábamos en una marcha, yo iba bailando y riendo en la cajuela de una Tundra del ministerio donde trabajaba. En ese instante, me volteeé y lo miré fijamente ¿Quién podía resistirse a ese encanto italiano? Con ese cuerpo y esos ojazos. —Dice. Al escucharla, en mis labios se dibuja una sonrisa fingida— Estuvimos unos instantes viéndonos fijamente. Hasta que se apareció tu papá en mi campo visual y bueno quedé prendada de él. Luego nos encontramos en el ministerio donde trabajaba, Mario se comportó como un idiota conmigo, por unas absurdas reglas de cómo tratar a Villafañe. Pero después su actitud cambió, fue respetuoso y cariñoso. Yo sabía que le gustaba. Nos convertimos en amigos, en cómplices —confiesa mi mamá— por eso nunca dudé que algún día íbamos a estar íntimamente juntos. Nuestros besos, abrazos, caricias; no eran más que un anticipo de lo que sucedió en Nueva York. Bebé, ese fue el único momento que estuvimos íntimamente juntos. Además, yo me sentía sola cuando estaba embarazada y él fue mi única compañía.

—¿Solo esa vez? —pregunto levantándome de sus piernas. Mirándola fijamente, como quien busca la certeza en sus palabras.

—Esa vez, no me acosté más con Tavagnoti. Amo demasiado a Ítalo para hacerle eso.

—¿Seguro?

—Jamás ha sido, ni es mi amante. Cata, hasta ayer en el desayuno no me había percatado del brillo en

la mirada de Tavagnoti cuando apareces o habla de tí los ojos se le iluminan con un brillo especial. La forma en que te mira, los nervios que provocas en él cuando estás cerca. La admiración que te tiene. No, Cata, ese no es el Tavagnoti que yo conozco. No sé qué pasará con ustedes, esa es tu decisión; pero, durante nuestra conversación de ayer, admitió que está enamorado de ti.

Veo a mi mamá con incredulidad y desconcierto.

—Mamá, quiero estar sola ¿Puedes salir? Y disculpa, pero necesito pensar.

Sale del cuarto, no sin antes abrazarnos. Vuelvo a acostarme. Cierro los ojos y entro en un sueño inducido, uno que dura pocos minutos, por la llegada de Santiago.

—¿Se puede? —pregunta al abrir pausadamente la puerta de mi cuarto— ¿Cómo estás?

—Agotada y confundida —respondo mientras me siento en la cama.

—¿Qué ocurre? —Pregunta, mientras se sienta en la cama

—Estoy triste —respondo, doblando mis rodillas hacia mi pecho.

Narro la conversación que escuché el día anterior, la que sostuve con Tavagnoti y la de minutos antes con mi mamá. Él sonríe, como quien conoce esas historias.

—¿Tavagnoti y tú tienen algo?

—Él dio el primer paso, es solo sexo, *papa*. Ahí no hay más nada —afirmo con tono tajante.

—¿Estás segura que no hay nada más? ¿Él así te lo ha dicho? —pregunta, entretanto se acerca a mí. Encojo los hombros. —. Vine a contarte que mañana regreso a Madrid.

Sorprendida pregunto el porqué de esta abrupta decisión.

—Venezuela no me ofrece más nada, mi peque. Ya tú eres una mujer y Katy no va a volver conmigo. Ya nada me ata a este país. Las razones por las que vine se han desvanecido.

—¿Me vas a dejar?

—Nunca, mi niña, es solo que ya mi lugar no está aquí. —responde. Lo miro fijamente. Nos abrazamos y lloro, no sé si es la tristeza de la despedida o lo sensible que he quedado— No llores. Sabes que esté donde esté podéis contar conmigo. Me voy a mi casa, a retomar mi vida —nos despedimos otra vez con un fuerte abrazo.

Pienso en cuándo voy a enrumbar yo la mía. Creí que al entrar al Passione la tendría resuelta. Pero ha sido todo lo contrario, cada vez concibo menos calma y más tormenta. Fue mi salvación y mi perdición. Veo la hora en el reloj despertador de mi mesita de noche. Ya es la una, y como cada domingo, he quedado de almorzar con mi papá.

Al levantarme me asomo a la ventana, veo a mi madre abrazada con Santiago, se despiden después de veinte años de compañerismo; aunque hace seis no son pareja.

Luego de arreglarme salgo, sin voluntad, no sin antes

comentar en la sala con mi madre la intempestiva partida de Santiago. Ambas estamos tristes. Otra vez solas.

—Catalina, piensa en lo que te dije de Tavagnoti. La decisión es tuya y sea cuál sea, la respetaré —dice mi mamá con tono comprensivo.

—Tranquila mamá. No lo defiendas más —respondo. Nos despedimos.

Camino a la casa de mi padre pienso en Tavagnoti, en todos los años que estando tras él, nunca me dio ni una mirada insinuante. Tomás tenía razón en sus discursos, soy demasiado joven para ser prostituta. En realidad, debo y quiero vivir experiencias nuevas, volar, conocer, quizás no sea el momento de atar mi vida a alguien. Deseo conocer el mundo. Explorar cada lugar, cada cultura. He tomado una decisión, no sé si víctima del apremio, pero quiero vivir, conocer otros placeres, además de las delicias del sexo.

Al llegar me topo con René, me agradece el regalo en el Passione, sonrió y pregunto inmediatamente por mi papá

—Ítalo está reunido con él en el estudio. Te están esperando —responde.

Imagino a Mario contándole la verdad a mi papá. Corro al estudio, los conozco a ambos, sé que sus discusiones pueden terminar en golpes o disparos, ya lo he vivido. Al abrir la puerta, los veo conversando de forma amena.

—Bebé ¿cómo estás? —Saluda alegre mi papá.

—Bien, papi ¿y tú? —Lo abrazo fuerte. Él sonríe, yo hago lo mismo.

Con cada gesto me demuestra que soy la niña consentida, su princesa.

Veo a Tavagnoti, guapo como siempre. Han sido cuatro noches de placer, discusión y confesiones.

—Hola Mario —saludo simulando una sonrisa, dándole a entender a Ítalo que entre Tavagnoti y yo no existe nada.

—Hola Catalina —responde a mi saludo con desdén, también con una sonrisa fingida en el rostro.

Ambos nos observamos con detenimiento, con cautela; para no ser descubiertos por la perspicaz mirada de mi padre, quien detenidamente se ha percatado de nuestras cómplices miradas.

—¿Algo pasa aquí que yo deba conocer María Catalina? —Pregunta con perspicacia. Mira ahora a Tavagnoti— ¿Mario?

—No pasa nada, Ítalo —afirma él con tono de desenfado. Mirándolo a los ojos

—Es raro que no lo abras al saludarlo —me mira. Obligada por la circunstancia, me acerco y nos damos un cálido abrazo, me sostiene por un instante. Su perfume a *Swiss Army*, se mezcla con su sexappeal, para brindarme un aroma excitante. Cierro los ojos para percibirlo mejor.

—Bueno, ya, tampoco es para que se queden pegados —dice, al tiempo que ambos nos separamos — Mario ¿Comerás con nosotros?

—No, gracias, General —me mira— voy a comer con Ivanna.

—La novia. Me alegra mucho que después de tan-

to tiempo te hayas decidido a tener una mujer como Dios manda ¿Verdad, María Catalina?

—Será —respondo evasiva. Pero pienso, cuánto daría por ser yo esa mujer, que esté junto a él cada noche y cada mañana.

—¿Y ya viven juntos? Mira que eso es lo único que quieren las mujeres, bueno, menos mis fieras —dice haciendo señas a Tavagnoti con sus ojos, señalándome— Katiana y María Catalina son indomables.

—No soy indomable, papá, pero no creo en el matrimonio, depender de un hombre para ser feliz —respondo tajante, mirando a Tavagnoti— de celarlo hasta de su sombra. Creo que el amor debe ser libertad.

—¿Viste cómo es indomable mi bebita? —dice con orgullo.

—Salió a ustedes —responde irónico Tavagnoti.

Mi papá sale un momento llamando a Mayra, mi madrastra, para comer juntos.

—¿Por qué le dijiste a mi mamá que me amas, si es mentira? —pregunto con un susurro acusador.

—Porque te amo, Catalina. Ayer te lo dije y hoy te lo reafirmo: Te amo, Catalina Villafañe —susurra. Se acerca— amo tu cabello —lo acaricia— tus ojos que me matan. Tus labios seductores que cada vez que me besan, hacen que quiera hacerlo más y más —roza sus labios con los míos— ¡Tu rostro angelical. Tu cuello —se acerca y lo besa. Estoy nerviosa, inmóvil— tus senos —los acaricia por el pequeño escote que tiene mi blusa— tus brazos, tus manos que me devuelven la vida con sus caricias. Tu espalda. —la recorre con sus

dedos por encima de la ropa. Sigue el recorrido de sus manos hasta mi cadera— 'Tu cadera, María Catalina, amo prenderme en ella y jamás quisiera soltarme — me toma por la cadera, me aferra hacía sí y me besa, no pongo resistencia, y respondo a ese beso. Hace conmigo lo que quiere—. Me encanta tu trasero, —lo sujeta con firmeza. Suspiro al sentirlo— tu vagina, Cata, es el paraíso donde quiero estar cada noche, cada amanecer —estoy absorta ante sus caricias, sus besos y sus palabras. Me carga y sube sobre el escritorio— 'Tus piernas me fascinan, carajita; tus pies. 'Te amo completa —susurra a mi odio. Suspiro— ¿Puedes entenderlo? Te quiero para mí —besa mi cuello de nuevo.

—Aquí no, por favor —atino a decir entre jadeos y alucinaciones.

Mi piel está erizada, mi vagina, húmeda y mi corazón late veloz. Sucumbo otra vez ante sus besos. Pero en ese instante nos interrumpe el grito de mi padre, quien desde el pasillo me llama. No entra, pero conoce lo que sucede dentro de su estudio. Me bajo del escritorio. Nos separamos. Temblamos. Tavagnoti se despide y sale. Al salir ya Ítalo no está allí. Mi corazón sigue latiendo con una taquicardia sin freno.

El almuerzo transcurre en paz. Papá nos comenta que dentro de una semana tiene un viaje planificado junto a Tavagnoti, por negocios, a Nueva York, me ofrece acompañarlos, me niego. Tomo un poco de vino, luego de un brindis, para contarle mis decisiones.

—Quiero viajar, papi. Conocer mundo —digo con tono soñador.

—Por eso, ven con nosotros, mi niña y conoces la Gran Manzana. Tavagnoti me dio la idea y me pareció buena —dice mientras toma mi mano.

—No papá —afirmo observándolo molesta— prefiero ir sola, vivir mis propias experiencias, cometer mis propios errores.

Un silencio reina luego de mis palabras. Las chicas de la cocina traen el postre, torta Selva Negra, la disfrutamos en silencio. Mi papá se muestra desagradado por mi decisión, detesta que le lleve la contraria y haga mi voluntad.

—Bueno, María Catalina, ya eres mayor y sabes qué hacer. Pero mi oferta sigue en pie —dice tajante.

Guardo silencio. Mi corazón se quisiera ir junto a ellos, pero debía ser firme con cada una de mis decisiones. Al despedirme de mi papá nos damos un abrazo fuerte, como quizás nunca se lo dí. Me voy en silencio. Sigo planificando sigilosamente mi futuro, mientras voy de regreso a casa. Sin embargo, un *Whatsapp* de Verónika me extrae de mis pensamientos.

“Nos vamos a ver hoy. De pana, necesito hablar contigo antes de llegar al Passione”.

“Sí, ahora mismo estoy regresando a casa ¿Te parece si te busco en veinte minutos y vamos a alguna cafetería o prefieres venir?”

“Ok, perfecto. En una cafetería está bien. Llevaré galletas”.

“Vale”.

Al bloquear el teléfono, respiro profundo. La duda me asalta de qué importante será eso que quiere hablar conmigo que no puede esperar hasta llegar al trabajo. Cierro los ojos y pienso en Tavagnoti recorriendo mi cuerpo, en sus palabras, sus besos. Mis pensamientos son detenidos por un toque del vidrio del copiloto. Es mi mamá.

—¿Me puedes llevar hasta La Noria, mi linda? —pregunta, apenas bajo el vidrio.

—Claro, mamá, súbete —respondo.

La Noria es una de las panaderías heredadas de su abuelo. Me comenta que Gabo la llamó, parece que hay irregularidades con una de las cajas. Ella va contando, yo pensando en lo sucedido. De repente, cambia de tema, dice que mi papá le comentó mi decisión de viajar y mi rechazo a su propuesta de ir a Nueva York.

—No puedo creer que mi papá ya te haya llamado para eso.

—Claro que sí, una cosa como esa me la tiene que comunicar inmediatamente. Tú sabes que tu papá me cuenta todo.

—Mamá, quiero viajar sola, experimentar. Además, tú misma sabes cómo son los negocios de mi papá y Tavagnoti en esos viajes. Y yo no me quiero ver involucrada.

Ella guarda silencio, perfectamente conoce lo que sucedió hace veintiún años en Nueva York.

—¿Y cuándo te irías a recorrer el mundo? —Pregunta.

—No lo sé, debo arreglar muchas cosas.

—¿Pensaste lo de Tavagnoti, te irías con él?

—No, iré sola —digo con tono firme—. Hoy nos besamos en el estudio de la casa de mi papá —confieso con picardía.

—¿Y entonces? —pregunta ella inquieta.

—Nada —respondo resignada.

—¿Y qué tal? —pregunta. Solo sonrío. Hemos llegado a La Noria. No le quiero contar a mi mamá lo que siento, pero mi sonrisa y mi mirada expresan el agrado y la satisfacción. —Tavagnoti no es un santo. Pero por dentro tiene los más puros sentimientos. Y yo sé que con él eres feliz. Piénsalo.

—¡Mamá, ya! — Exclamo con tono firme— No lo defiendas más. Quedamos que yo decidía ¿No? Bueno. Me ofrece comer algo en la panadería, tomar un café y continuar la conversación. Le digo que he quedado con Verónika para conversar, la buscaré y regreso. Al recoger a mi amiga, regresamos a La Noria. Nos sentamos en una mesa apartada. Ella saca de su bolso las galletas de chocolate, yo pido dos Moka.

—Vas a necesitar mucho dulce para lo que te voy a contar —dice pícaramente.

—Como me conoces, guapa ¿Qué eso tan urgente que necesitas hablar conmigo que no puede esperar llegar al Passione? Cuéntame.

—Lo primero es reclamarte, amiga ¿Cómo es que no me comentaste que tienes algo con Tavagnoti? Ojo, no te voy a formar un peo por eso, pero, verga, Cata, eso se avisa —reclama Vero.

La conozco desde bachillerato, no hay cosas de mi vida que no sepa Nuestra amistad ha sido transparente, pero nunca le conté mis fantasías con Mario.

—¡Ay, tía! Para contarte eso debo retroceder a mi adolescencia. Porque bueno, es un cuento largo. Pero para hacerte el cuento corto, Tavagnoti siempre me ha encantado, nuestra relación ha sido muy estrecha de familia, como sabes. Siempre pensé que solo se quedaría en un delirio amoroso. Pero desde hace cuatro noches nos hemos convertido en amantes. Y tú dirás, joder, cómo desde hace cuatro noches ésta se ha flechado tanto, pero sí lo he hecho con amor y temblor —confieso mientras devoro una galleta.

—Catalina, se han flechado. Ese hombre mínimo te desea, te ama. La prueba fue un desastre —ríe— mana, primero el tipo pone una música sensual, me enredé para quitarme las pantys, de vaina y no me caigo por los tacones —ambas nos reímos. Somos atendidas por Gabo, el asistente de mi mamá, quien al traernos los cafés, me guiña un ojo.

—Está muy divertido el cuento ¿Cierto? —interrumpe mientras me observa de arriba abajo.

—Pues sí, Gabo —respondo con jugando con el removedor del café con mi boca— pero nos gustaría seguir hablando solitas —digo acariciado con la punta de mis dedos su moreno brazo.

—Catalina, Catalina, deja la vaina. Mira que yo puedo, y quiero, ser tu padrastro —responde y se retira.

—Bueno, amiga, entonces cuando vamos a la segunda parte de la prueba. A tirar, pues resulta que el hombre lo

primero que hace es tomar a fondo blanco como cinco tragos de Whisky. Me da vaina contarte —se avergüenza. —Que no te de vaina y cuéntame. Yo estoy clara que él es el dueño del burdel —me enserio— y continuará acostándose con varias por trabajo o por placer.

—Catalina, nunca me besó. Nos quitamos la ropa me pidió que me acostara en el mueble. Su miembro a mi lado. Lo chupé, le gustó cómo trabajaba con mi boca. Se le paró, pues. Luego, me hizo el sexo oral a mí, es un maestro. Y bueno, desde ese momento, chama me dijo Catalina todo el tiempo. Susurró tu nombre, con los ojos cerrados. Es la primera vez que un tipo, de los pocos con los que he estado, me llama por otro nombre —comenta.

Lloro mientras la escucho. Se acerca y me seca con sus dedos.

— Amiga, ese hombre se imaginó que estaba contigo para poder hacerme la prueba. Lo de ustedes es muy fuerte ¿Verdad? No es de cuatro noches.

—¿Se cuidaron? —pregunto entre sollozos.

—Sí —dice seria— me comentó que con todas se cuida al hacer la prueba. Me recalcó que con todos los clientes debía cuidarme. Que si me enfermo, él corre con los gastos pero que no voy a poder continuar trabajando en el Passione. No puede exponer ni a los clientes, ni a las otras chicas.

—Conmigo no se cuida —digo— y así como lo hace conmigo, lo puede hacer con cualquiera.

—Catalina, tú eres su mujer, contigo de bolas que el trato va a ser distinto.

—Su mujer es Ivanna —interrumpo.

—No seas necia, Villafañe —dice con tono de fastidio— hasta me pidió disculpas y me dijo “Bueno ya tú sabes lo que pasa con Catalina”.

—No entiendo porque lo defienden tanto ¿Eso era lo que me ibas a decir? Perfecto, gracias por tu anécdota —digo molesta.

—Catalina, no te arreches ¿Viste como te pones al hablar de él?

Refuto que no estoy molesta, solo quiero estar sola antes de ir al bullicio del Passione. Ofrezco llevarla a su casa. Al levantarnos de la mesa; le planteo lo mismo a mi mamá. Durante el camino Vero hace preguntas tontas sobre los shows y los clientes. Las respondo sin ánimos, casi con monosílabos. Antes de tomar la Intercomunal del Valle.

—O sea que tú vas a estar arrecha conmigo toda la tarde por lo que te conté ¿Qué te arrecha? Que Tavagnoti me haya hecho la prueba —irrumpe mis monosílabos.

—Que lo defiendas, tú, mi mamá, hasta mi papá me ofrece irme con ellos a Nueva York. Que todos me mientan. Él no me ama, se quiso acostar conmigo, listo —grito— ¡Tavagnti no me ama! ¿Lo entiendes? No porque diga mi nombre mientras tira con otra, el amor es otra cosa.

—Ya Catalina, cálmate. No te hablo más del tema. Nos vemos más tarde ¿Me buscarás? —dice ella calmándose.

—Claro que te buscaré, tía —nos despedimos con un abrazo.

Salgo a toda velocidad aprovechando que la avenida está sola. Tengo el impulso de buscar a Tavagnoti, reclamarle algo, pero no sé qué. Antes de subir a su casa, en el Pedregal, me detengo por el Centro Comercial San Ignacio, para comprar unas cosas. De la tienda, paso por la pizzería de Luciano. Desde el vidrio de la entrada observo a Francesco. Al verme se acerca y como me atrae mucho, pienso que al estar con él me vengaré de Mario.

—*Ciao bella mia. Come stai?* —saluda, dándome dos besos en las mejillas. Sonríó al verlo.

—*Ciao bello. Sto bene, e tu? E ora molto meglio vederti Hai tempo per me? Usciamo e divertiamoci* —propongo.

—*Mi piacerebbe, mia principessa, ma devo restare qui. Mio padre è uscito per risolvere alcuni problemi e io mi occupo della pizzeria* —responde

Olvido el plan de visitar a Mario. Me voy a mi casa. Al entrar todo está en silencio. Entro a mi cuarto, recojo parte de mi ropa y la guardo en dos maletas. Mi viaje podía darse en cualquier momento. Espero la respuesta de la agencia que visité en el San Ignacio. Me recuesto en la cama. Pienso que mi madre es lo único que me ata a Caracas, pero sé que estará bien cuando yo me tome este tiempo para mí. Mientras hago las maletas, recuerdo la confesión de Tavagnoti, sus caricias, su cuerpo, en la risa que produce en mí, en nuestras conversaciones y miradas.

Viene Eduardo a mi mente, su ternura, los abrazos y su manera de poseerme. Ese “no quiero estar con nadie más, solo contigo”. Una puta no puede tener

la libertad de enamorarse. En la moralidad que dejé hace seis meses a un lado por sentirme deseada. En lo qué buscaba y lo qué encontré en el Passione.

Me arreglo para ir al trabajo, procuro no vestirme sexy para no llamar la atención, sin embargo, esa, al ser mi última noche, quise hacerlo muy sensual. Una blusa negra con escote en V sin mangas, con transparencias y un pantalón negro ajustado. Llevo una maleta pequeña para guardar mis seis meses de historia en el Passione. La melancolía se apodera de mí al pensar que ésta es mi última noche en ese lugar que tanta alegría, tristeza, ventura y desventura me había traído. En ese donde muchas veces toqué el cielo con la mano y otras tantas bajé al infierno.

Voy taciturna, concentrada, en la vía a buscar a Verónica. Está en la puerta de su casa con un vestido blanco que hace algunos años le regalé por su cumpleaños. Su delicada tez morena destaca con ese atuendo. —La que te regaló ese vestido, tía, tenía un gusto de puta madre —bromeo.

—Tú siempre has tenido un gusto de puta madre para todo —bromea. Se sube en la camioneta— ¿Ya no estás molesta conmigo, verdad amiga?

—No, maja, nunca estuve molesta contigo. Hoy estoy triste y melancólica. Para mí viene un cambio de vida. Me voy del Passione.

—Cierto —dice ella queda pensativa y yo concentrada en la vía. Cuando estamos pasando Chacao, me pide que nos detengamos en una panadería de la zona. Tiene antojo de una torta alemana de chocola-

te—chama, en esta panadería hacen los mejores postres alemanes y el mejor pan estilo alemán. Se llama como tú, Catalina —dice ella, ignorando que es un negocio de mi familia.

Al entrar todos me saludan cariñosamente. La Catalina, tenía un significado muy especial. Se inauguró cuando mi abuela falleció en un accidente de tránsito. Por mi abuelo soy fanática de la cultura y gastronomía alemana. —¿Cómo es que todos te conocen aquí? —Pregunta Verónika.

—Porque ésta es una de las panaderías de la familia. Se llama Catalina como mi abuela —respondo sonriente. Compramos tres *German chocolate cake* y nos vamos hacía el Passione. Ella va saboreando su antojo, mientras conversamos trivialidades.

—Ayer el profe Eduardo no se quiso acostar conmigo —comenta.

—Sí, estuve con él —respondo y vuelvo a abstraerme. Llegamos al Passione a las siete de la noche. Al ser domingo el lugar está vacío, en la puerta esperan unos veinte caballeros. Pasamos entre ellos, otra vez escuchando piropos, respondemos con sonrisas. Entramos. Busco a Ivanna, quiero recordarle que ésta es mi última noche. Me encuentro con Mater, nos saludamos con un abrazo. Pregunto por Ivanna.

—Hoy su marido le dio el día libre —responde Mater— tiene dos días como jefa y ya quiero que se vaya. —Soltamos una carcajada.

—Guapa, hoy es mi última noche en el Passione —cuento, abrazada a ella— ¿Me acompañan a mi cuar-

to? —Señalo la maleta— debo recoger mis cosas y quiero regalarle algunas a ustedes.

—¿Es definitivo? —pregunta Mater triste.

—Definitivo, no me siento con la voluntad de seguir en este trabajo y menos junto a Tavagnoti —respondo con melancolía. Han sido seis meses hermosos.

Recojo la ropa de mis shows, regalo algunos trajes a las chicas, otros los guardo en la maleta. Mis máscaras de gata las guardo una a una, buscando que no se deterioren. Lloro de melancolía, Mater me abraza por detrás. Acaricio su brazo y lo beso.

—Nunca me regalaste una noche —reprende Mater con tono insinuante.

—No me estoy muriendo, María Teresa —respondo— aún podemos estar tú y yo juntas, sin hombres. No soy una experta, pero lo que probé ayer con Manuela me encantó —digo rozando sus senos con mis dedos.

—Bueno, pero ya las cosas no serán iguales.

Les cuento cuáles son mis planes futuros y les hago jurar que no le dirán nada a nadie, y menos a Tavagnoti. Mis padres conocen una parte, pero solo ellas saben todo lo que realmente estoy decidida a hacer. A pesar que ninguna de las dos está de acuerdo, aceptan mi decisión. Luego de esta confesión, ambas salen de mi habitación, no solo debo recoger todas mis cosas, sino que me dispongo a cambiarme para mi último show.

Guardo las tortas en la nevera de mi habitación. Comienzo a desnudarme, cuando Tavagnoti repentinamente entra.

—¿Interrumpo? —Pregunta desde la puerta. Cubro mis senos con parte de la blusa.

—No, me estoy preparando para el show —respondo.

—No te cambies, por favor. Te quiero invitar esta noche a cenar fuera del Passione —propone.

—¿Dónde? —pregunto, mientras arreglo mi blusa.

—A un lugar donde tú y yo fuimos siempre muy felices —responde.

—Vale —contesto resignada— iremos donde tú quieras —lo miro fijamente. Sonríe como quien ha ganado una batalla.

—Te espero afuera.

—¿Nos vamos ahora mismo? —pregunto inquieta. Él afirma— Entonces, yo me voy en mi camioneta. Dime ¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa, sígueme y nos vamos. Quiero que pasemos la noche juntos, quiero demostrarte que no son palabras lo que siento por tí. Júrame que no te desviarás, que esta noche serás solo mía —se aproxima a mí a medida que va hablando. Me siento acorralada por sus palabras.

—Debo llevar a Verónika a su casa cuando termine de trabajar —cuestiono cerrando los ojos, al sentir sus dedos en mi mejilla.

—David se encarga — toma mi cadera y me besa con dulzura en los labios— te espero afuera, mi bella. Recojo rápidamente los chocolates y los preservativos, ya todo lo demás está adentro de la maleta. Saco las tortas y me las llevo. Tranco la puerta del cuarto, cerrando un capítulo en mi vida. Uno que si lo tuviese que volver a abrir sería a través de otra puerta. Salgo de la mano de Tavgnoti por la parte trasera del

local, por donde ninguna de nosotras tenía acceso, las llaves solo las tiene él. En el camino de salida veo a Mater que va a iniciar su Show, me acerco a ella y la beso apasionadamente. Como cada noche de los últimos seis meses, luego de nuestro beso retoca mi pintalabios y yo el de ella. Abrazo a Vero.

—Lo harás muy bien hoy —susurro— hablamos mañana. Te quiero mucho.

Vuelvo a agarrar la mano de Tavagnoti. Caballerosamente lleva mi maleta. Me subo a mi camioneta, él a la suya, monta mi maleta en su auto para asegurar que lo seguiré. No hace falta el chantaje cuando perseguirás al ser amado sin importarte las consecuencias. Cuando eres una mariposa en busca de la luz a pesar de saber que vas a morir. Llegamos a su casa, esa donde fuimos felices hace seis años, durmiendo juntos todos los viernes. Me bajo del auto, le pido pasar la maleta a mi camioneta, accede. Entramos de la mano.

—Éstas son una *German Chocolate Cake* que compré con Verónika en la Catalina —entrego la caja.

—Perfecto, será el postre. Hice la *pasta al pesto* que tanto te gustaba almorzar los sábados en la tarde —dice. Toma la caja y se dirige a la cocina. Me quedo en la sala detallando cada una de las fotos, esas que conocía de memoria. Sin embargo, entre los retratos de sus difuntos padres, veo uno mío, que le regalé cuando tenía diecisiete años, antes de entrar a la universidad. Nunca lo había colocado en un portaretratos. En algún momento pensé que lo había botado, pero ahora estaba ahí. Sale de la cocina con dos copas de vino

tinto. Me entrega una, tengo mi foto en las manos.
—¿Y esto? ¿No crees que Ivanna se moleste por esta foto en tu sala?

—Ivanna no tiene nada qué decir. Nosotros somos novios, no estamos casados y dudo que lo hagamos —dice. Brindamos mirándonos a los ojos.

—Pensé que la habías botado —aseguro.

—Bonita, jamás botaría algo que me hayas regalado tú. Vuelvo a colocarlo junto a los otros. Me invita a pasar a la piscina, está adornada con velas que alumbran la noche de luna nueva. Las nubes han dado paso a las estrellas. Miro el cielo, como un nuevo descubrimiento. He visto miles de noches estrelladas pero ninguna como esta.

La piscina está rodeada por tumbonas, muebles de ratán y una cama con mosquitero. Me siento en un mueble para detallar mejor la noche. Tavagnoti sirve la comida junto con Tayana, su empleada confianza. La saludo con una sonrisa y un gesto con la mano. Tomo lento el trago, tengo ganas de disfrutarlo. Sirven la comida en la mesa de un salón contiguo.

Nos sentamos, la empleada se retira. La despido igual con una seña con la mano. Mario cuadra unas cosas con ella antes de retirarse.

—Bueno, al fin solos ¿Comemos? —Propone. Acepto con la cabeza.

Disfrutamos de una pasta deliciosa. Durante la cena conversamos sobre nuestro presente, me pregunta por el trío que había realizado el día anterior con Tuqueque y Manuela. Le confieso que es una de las experiencias más excitantes de mi vida.

—Sabía que te iban a gustar los tríos —afirma.

—Sí, pero solo con una amiga y alguien tan guapo como Tuqueque —aclaro.

Le narro todo lo que hicimos. Tavagnoti había hecho muchos como esos. Sin embargo, cuando le cuento, me mira con ternura, con interés; como si lo que estoy narrando es algo novedoso para él.

—Me encanta cuando te brillan los ojos ¿Te he dicho que me fascinan tus ojos?—Dice con tono encantador. Me ruborizo como si fuese la primera vez que me lo dijera.

—Lo has dicho muchas veces, Mario —expreso ruborizada, aunque un poco fastidiada por este halago trillado.

—Pues nunca serán suficientes las veces para decirte algo con tanta certeza —afirma.

Es un Don Juan me envuelve con sus palabras y yo me había convertido en una experta en seducción como para creerle. Tomamos el postre en la piscina, dos pedazos de torta servidos elegantemente en platos de porcelana. Comemos en silencio. Disfrutando de nuestras miradas y sonrisas. Lo sentía como una primera cita. En el rato que llevábamos en su casa, Mario no había intentado besarme o acariciarme. Mi corazón estaba feliz, disfrutando de su compañía. Al terminar de comer va a lavar todo.

—Coloca música, si quieres —sugiere.

Enciendo el equipo de sonido que está cerca del mueble donde estoy sentada. La primera canción que aparece es *Imbranato*. La escucho mirando al oscuro

cielo, recordando nuestras noches a la orilla de esta piscina cantando y bailando. Siento el impulso de sentarme al borde. Me quito los tacones y subo hasta la rodilla la bota de mi pantalón. El agua está caliente. Al volver me observa pensativa, jugando con el agua entre mis pies. Se sienta a mi lado posando su brazo sobre mis hombros. Recuesto mi cabeza en su pecho. Acaricia con sus dedos mis mejillas. La canción cambia ahora suena *Quien Fuera* de Silvio Rodríguez.

Regresamos al silencio. A nuestro abrazo. Acaricia mi cabello. Las lágrimas me brotan otra vez. Siento que el corazón se me detiene. Sus latidos son rápidos. Besa dulcemente mi frente. Seco las lágrimas sin despegarme de su pecho. Con cada acorde mi alma se entenece. Pierdo la batalla contra la frialdad. Soy una mariposa devorada por la luz.

Me levanta. Al estar frente a frente toma mi mejilla. Nos vemos cruzando el verdor de nuestros ojos. Nuestros labios se unen en un beso que jamás había sentido con un hombre, ni siquiera con él. La mariposa había caído muerta al suelo. Un te amo se dibuja en mis labios y en los suyos otro en un susurro, tan cerca, que es un grito directo a mi corazón.

Nos alejamos de la piscina. Vuelve a abrazarme. Ahora acompañados por *Ojalá*. Es el disparo de nieve, la luz cegadora y poco a poco la muerte me lleva. Siento mi cuerpo inerte, dominado por Mario. Continuamos besándonos con pasión, con locura, con amor. Comprendo que en la orilla de esa piscina, por primera vez en casi veintiún años de vida estoy conociendo el

amor. Era eso, estar abrazados escuchando nuestros latidos. Era ser solo nosotros, sin clientes, sin mujeres, sin Ítalo, sin Katiana, sin pasado, sin presente. Solo nosotros. Es esa sensación de seguridad, el estar uno junto al otro.

Entre beso y beso solo soy capaz de pronunciar un “Te amo, Mario Tavagnoti”, respondido por un “Te amo, Catalina Villafañe”. Nuestra catarata de besos nos lleva a la cama. Pero no era una cualquiera, no eran unos besos que anteceden al sexo. Es un momento donde el alma se desnuda, despojándonos de nuestra piel. Nos reconocemos uno al otro a través de nuestros labios. Por primera vez nos entregamos, nos amamos, nos sentimos. No son sus manos las que me tocan, son nuestras almas que se enlazan, creando un cuerpo. Hacemos el amor una y otra vez aquella noche estrellada. Hasta caer rendidos en un sueño profundo. Narcotizados.

El alba llega. Los primeros rayos del sol acarician mi piel. Los siento tocarme. Abro los ojos. Pienso que esto era lo que tanto buscaba, el amor, el sentirme querida, acompañada, comprendida. Observo a Tavagnoti dormir plácidamente a mi lado. Por un instante me retracto de mi decisión, si esto era lo que estaba buscando por qué negarme a vivirlo. Acaricio su cabello tratando de darle realidad a esta alucinación. De repente, su celular vibra, es Tatiana. lo tomo y contesto sin hablar.

—Mario me quedé esperándote. Te olvidaste que quedamos que después que llevaras a Catalina a su

casa, íbamos a jugar un rato rico en el Passione ¡Mario! ¡Mario!

Comprendí que por más amor que nos tengamos, yo seguiré siendo Catalina, la escort, la puta y él, el dueño del prostíbulo, el proxeneta, en busca de la pasión con cada flor. El amor no nos haría cambiar. Dejo su celular a un lado de la cama. Me levanto pausadamente para no despertarlo, me visto y me voy en silencio.

Manuela Zhuk

Contenido

Una noche para descubrir tu piel	5
Otra noche para procurar ser fiel	26
Otra noche para conocer la droga de tus besos	51
Y otra noche para discutir	97
Una noche para perdonar	141

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 13 días del mes de abril de 2022, el mismo día del año 1905 en que nace Antonio Angulo, artista zuliano de vanguardia, que realizó cuadros abstractos geométricos en la década del treinta y principios de los cuarenta, incluyendo el célebre plafond y la lámpara del teatro Baralt.